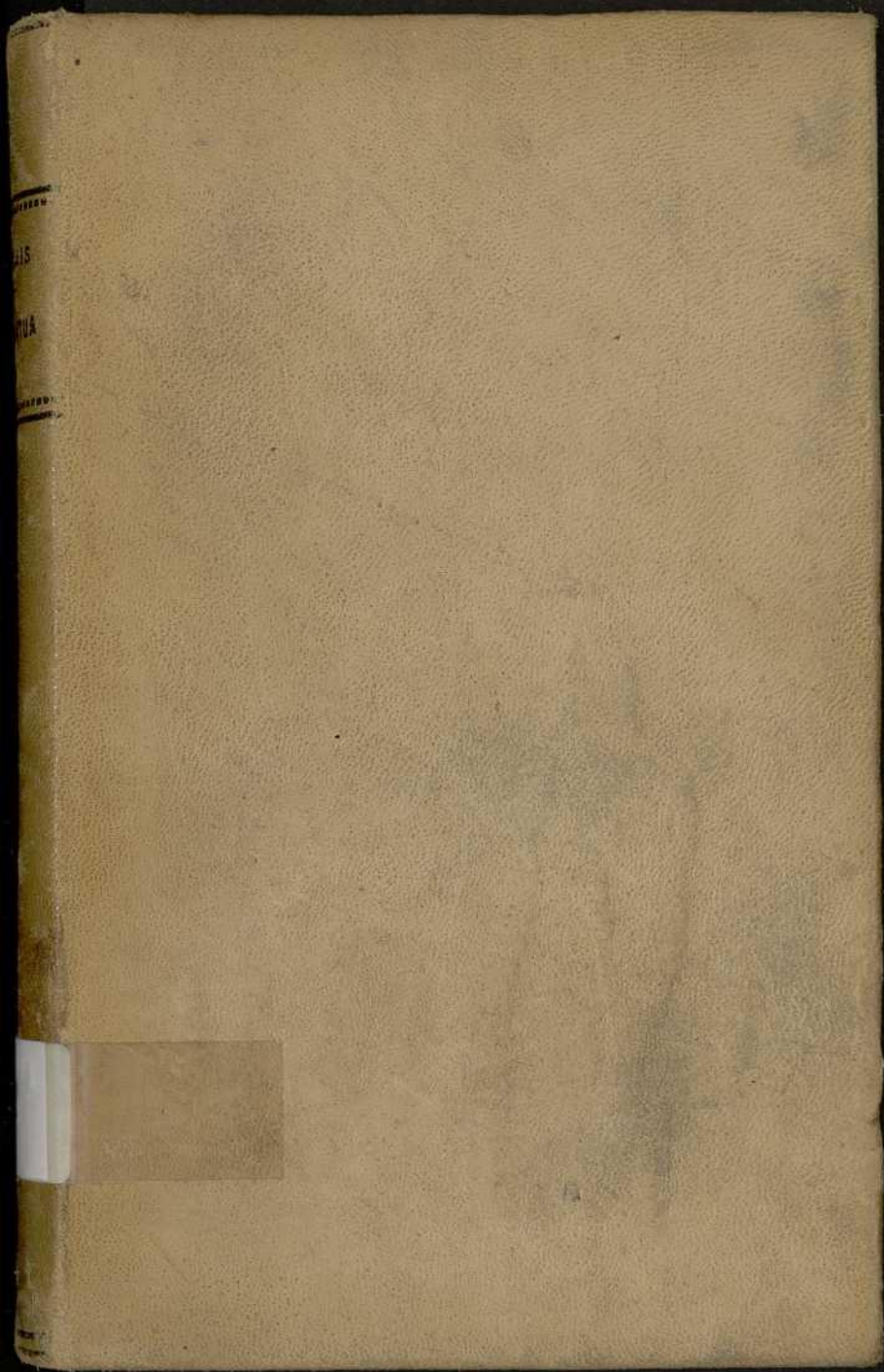
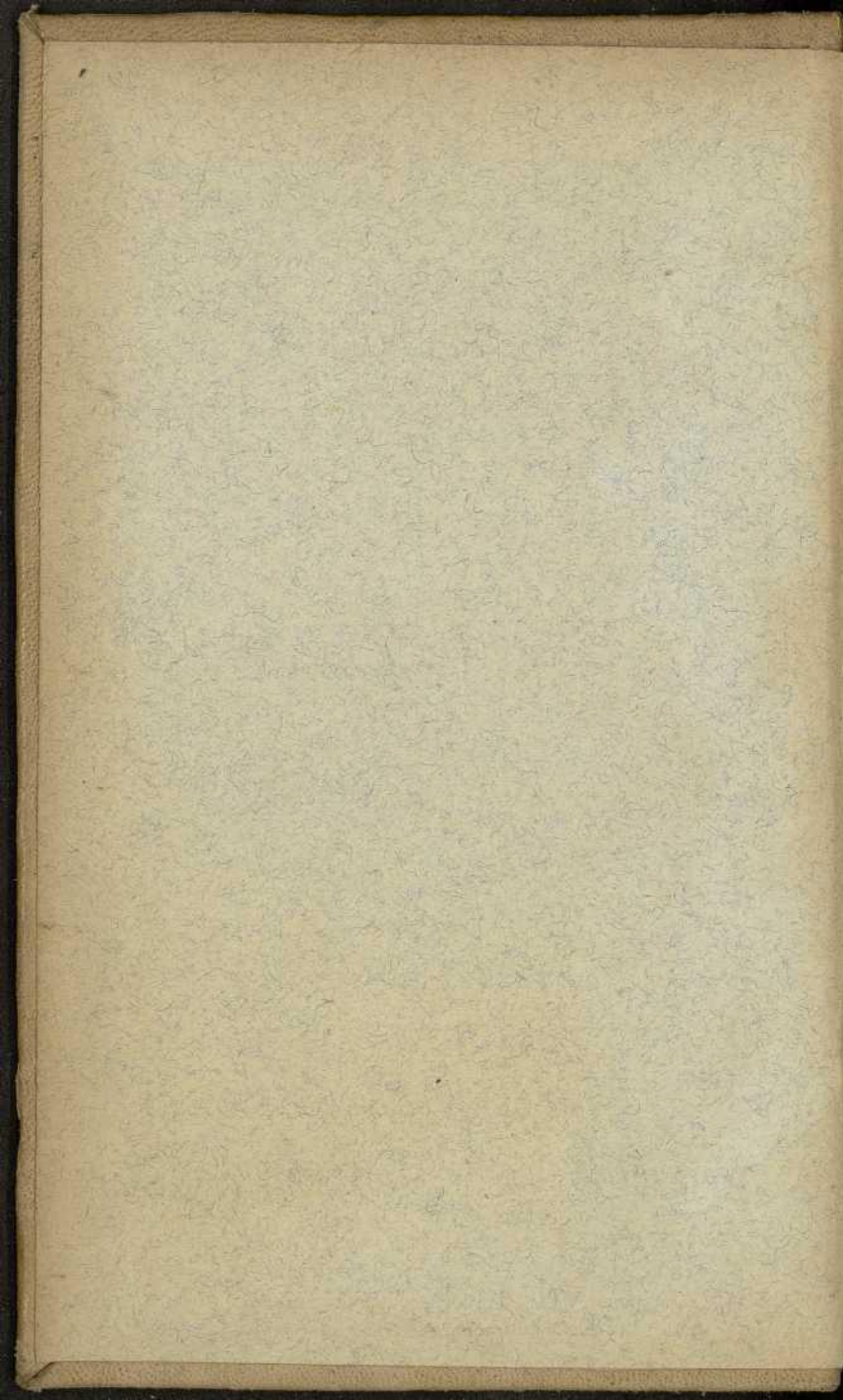






SP-1

H 67

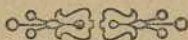
FRANCISCO RABELAIS

GARGANTUA

VERSIÓN CASTELLANA

POR

E. BARRIOBERO HERRAN



1910
Imp. Gutenberg.—Castro y Compañía.
Travesía Trujillos, 2.
MADRID



R. 8293

INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

GARGANTUA

LA VIDA TERRORÍFICA

DEL GRAN

GARGANTUA

PADRE DE PANTAGRUEL

Compuesta en la antigüedad por M. Alcofribas

EXTRACTOR DE QUINTAS ESENCIAS

A LOS LECTORES:

Lectores amigos: Antes de abrir este libro, despojaos de toda preocupación y no os escandalicéis al leerlo, pues no contiene males infecciosos.

No encontraréis en él grandes cosas que aprender; pero reiréis al menos; á mejor argumento no puedo apelar para defenderlo; el dolor nos mina y nos consume, y por esto es mejor escribir de risa que de lágrimas, reir es más propio de hombres.

PROLOGO DEL AUTOR

Ilustres bebedores, preciosísimos galicosos, porque á vosotros solos dedico mis escritos: Alcibiades, en el diálogo de Platón titulado *El banquete*, alabando á su preceptor Sócrates, príncipe, sin discusión, de todos los filósofos, entre otras cosas, dice que era muy parecido á las *silenas*. Las *silenas* eran unas cajitas por el estilo de las que hoy vemos en las estanterías de los boticarios, adornadas por encima con figurillas alegres y frívolas, de harpías, sátiros, ocas embridadas, liebres con cuernos, perros albardados, buques volantes y otras pinturas contrahechas á placer para excitar la risa, que tomaban su nombre genérico de Sileno, maestro del buen Baco; pero en su interior se guardaban las drogas más finas como bálsamo, ámbar gris, almizcle, pedrerías y otras cosas delicadas. Así decía que era Sócrates, porque viéndolo por encima y apreciándolo por su aspecto exterior, se le hubiera tenido en muy poco, tan feo era de cuerpo y tan ridículo en su porte; la nariz puntiaguda, la mirada de toro, la cara de loco, sencillo en sus costumbres, rústico en su vestido, pobre de

fortuna, desdeñado por las mujeres, inepto para desempeñar los oficios de la república, siempre riendo, siempre bebiendo en compañía de alguno, siempre burlándose y siempre disimulando su divino saber; pero al abrir la caja se encontraba en su interior una preciosa é inestimable droga: entendimiento más que humano, virtud maravillosa, valor indomable, sobriedad incomparable, conformidad cierta, seguridad perfecta, desprendimiento increíble de todo lo que á los humanos induce á vigilar, correr, trabajar, navegar y batallar.

¿A qué propósito os parece que puede obedecer este preludio y ensayo? A que vosotros, mis buenos discípulos, y algunos otros locos desocupados leyendo los alegres títulos de algunos libros de nuestra invención, como *Gargantua, Pantagruel, Fessepinthe, La Dignité des braguetes, Poys au lard cum comento, etc.*, no juzguéis ligeramente que sólo tratan de burlas, locuras y mentiras alegres, visto que el signo exterior, esto es, el título, sin averiguar más, se suele recibir con irrisión y chocarería. No conviene apreciar las obras humanas con esta ligereza, porque como vosotros mismos decís, el hábito no hace al monje, pues hay quien lleva el hábito monacal y es todo menos monje, y quien lleva capa española, y su valor en nada recuerda la España. He aquí por qué es preciso abrir el libro y examinar cuidadosamente lo que contiene. Así comprobaréis que la droga puesta

en su interior es de una calidad muy distinta de la que significaba la caja, es decir, que las materias aquí tratadas no son las locuras que de su título pretendíais deducir.

Y supuesto el caso de que en el sentido literal encontréis asuntos alegres y bien relacionados con el nombre, no os dejéis seducir como por el canto de las sirenas, porque hay un sentido que apreciar en todo esto que se dice por casualidad en cordial alegría. ¿Descorchasteis alguna vez botellas? Recordad la continencia que tuvisteis. ¿Observasteis alguna vez al perro que encuentra un hueso medular? El perro es, como dice Platón (Lib. II, de *Rep*), la bestia más filósofa, si le habéis observado habréis podido notar con qué devoción lo lame, con qué cuidado lo guarda, con qué fervor lo retiene, con qué prudencia lo esconde, con qué cariño lo abraza y con qué diligencia se lo lleva. ¿Quién le induce á hacer esto? ¿Qué espera de su estudio? ¿Qué bien pretende? El más delicioso de todos, porque la medula es alimento á perfección elaborado por la naturaleza, como dice Galeno, (*III. Facult. nat. XI de usu partium.*)

Al ejemplo de aquél, os conviene ser sabios, para florecer, conocer y estimar esos bellos libros, preciadas minas, que son ligeros á primera vista y profundos cuando se miran con detenimiento. Después, para curiosa lección y meditación frecuente, detenerse en ellos y sacar la sustanciosa

medula—esto es, lo que se entiende por símbolos pitagóricos—, con esperanza cierta de ser circunspectos y avisados por efecto de la lectura, porque en ella encontraréis otro gusto y doctrina más provechosa que os revelará altos principios y misterios, tanto en lo que concierne á nuestra religión, como al estado político y á la vida económica.

¿Creéis por vuestra fe que Homero al escribir la *Iliada* y la *Odisea* pensaba las alegorías que de él han recabado Plutarco, Heráclides, Pontico y los demás á quienes Polittian ha desarropado? Si lo creéis así, no os acercáis ni por los pies, ni por las manos, á mi opinión, pues creo que aquéllas tanto pudieron ser soñadas por Homero ó por Ovidio en sus *Metamorfosis*, como los sacramentos por el Evangelio, según se afanaba en probar cierto *hermano* humorista y pedigüeño, si por ventura encontraba gente tan loca como él, cobertera digna de la caldera, como dice el proverbio.

Si no lo creéis, ¿por qué causas no he de hacer estas gozosas y nuevas crónicas? Bien que al dictarlas no pensaba en otra cosa sino en lo que vosotros pensais, ya que con seguridad beberéis como yo bebo, pues en la composición de este libro señorial no he perdido ni empleado más tiempo que el que tenía destinado á mi refacción corporal, esto es, para beber y comer. Esta es la verdadera hora de escribir sobre altas materias y ciencias profundas.

Esto sabían hacerlo muy bien Homero, parangón de todos los filósofos; Ennio, padre de los poetas latinos, y Horacio, por lo que un desastrado ha dicho que sus versos olían más á vino que á aceite.

Otro tanto ha dicho de mis libros un pobre diablo; pero mierda para él. El olor del vino es mucho más goloso, risueño, sugestivo, celestial y delicioso que el del aceite, y tendré á tanta gloria que se diga de mí que he consumido más vino que aceite, como tuvo Demóstenes el que de él se dijera que había consumido más aceite que vino. Para mí no es sino gloria y honor el ser reputado de buen bebedor y buen compañero; en esta inteligencia soy muy bien recibido en todas las compañías *pantagruevistas*. Interpretad, pues, todos mis hechos y dichos con arreglo á lo manifestado; tened en recompensa el cerebro caseiforme, que se alimente de bellas naderías, y haced lo que podais para tenerme siempre alegre.

Divertíos, pues, amigos míos, y leed para recreo y provecho vuestro.

CAPITULO PRIMERO

De la genealogía y antigüedad de Gargantua.

Os remito á la gran crónica Pantagruelina (1) para conocer la antigüedad y genealogía de donde nos viene GARGANTUA. En ella veréis detalladamente cómo llegan los grandes á este mundo y cómo de ellos, por línea directa, nació Gargantua, padre de Pantagruel; no os enfadará el que ahora me aparte de este asunto, que muchas veces he de recordar y otras tantas ha de agradar á vuestras señorías, si sois del parecer de Platón en *Philebo et Gorgia* y de Flaco, quien dice que hay cosas, como estas sin duda, que tanto más agradan cuanto más veces se repiten.

Quiso Dios conservar y distinguir su genealogía, tan larga como desde Noé hasta nosotros. Yo creo que algunos que son hoy emperadores, reyes, príncipes y papas en la tierra, descienden de traperos y gañanes, como á *contrapelo* sucede que muchos mendigos de hostería, ladronzuelos y miserables, vienen por sangre y línea de grandes.

(1) Véase en el tomo VI nuestro *Glosario*.

reyes y emperadores; ved la transposición admirable de los imperios y los reinos.

De los asirios á los medos;
de los medos á los persas;
de los persas á los macedonios;
de los macedonios á los romanos;
de los romanos á los griegos;
de los griegos á los franceses.

En cuanto á mí, creo que desciendo de algún opulento rey ó príncipe de los pasados tiempos, porque no habréis conocido hombre que sienta mayor afición que yo á ser rey y rico, para que me engordara el rostro, no trabajar, vivir sin cuidados y enriquecer á mis amigos y á todos los hombres de bien y de saber; pero me conformo con que he de serlo en el otro mundo, más grande que éste, aún cuando por ahora no quiero pasar á habitarlo. Vosotros, que tendréis igual ó más alto pensamiento, consolaos de vuestra desgracia y bebed vino fresco siempre que podais.

Volviendo á nuestros carneros, os diré que por don celestial y soberano se ha conservado la genealogía de Gargantua más entera que ninguna otra, excepto la del Mesías, de la cual no hablo porque no me toca y porque además los diablos (estos son los calumniadores y los hipócritas) habrían de oponerse.

Fué encontrada por Juan Andeau en un prado que tenía más allá de Guauleau, más abajo de L'Olive, en dirección á Narsay. Habiendo hecho Juan practicar excavaciones, los cavadores tocaron con sus azadas una gran tumba de bronce, larga, sin medida, porque nunca encontraron el extremo, que llegaba más allá de las exclusas del Vienne. Abriéronla por cierto sitio señalado debajo de un cubilete, alrededor del cual había escrito con letras etruscas: *hic bibitur*, (1) y encontraron nueve frascos, colocados en la misma forma que colocan los bolos en Gascuña; el que estaba en medio cubría un librito grueso, graso, grande, gris, bonito, pequeño y enmohecido, que olía poco más ó menos como las rosas. En él fué hallada dicha genealogía escrita en largas letras cancellerescas, no en papel, ni en pergamino, ni en cera, sino en agallas de olmo, tan mal tratadas por el tiempo, que apenas se conocían sus rasgos.

Yo (conviene que lo diga) fuí llamado allí, y con gran repuesto de anteojos, deteniéndome mucho en donde debían estar las letras no aparentes, conforme á lo que indica Aristóteles, lo interpreté, como podréis ver, después de pantagruelizar (2), este es, beber á discrección. Al fin del libro había un tratadito titulado *Los Fanfieluches antídotos* (3).

(1) Aquí se bebe.

(2) Véase en el tomo VI nuestro *Glosario*.

(3) Véase en el tomo VI nuestro *Glosario*.

Las ratas, los topos y, para no mentir, otras malignas bestias, habian roído el principio; el resto lo he traducido y lo adjunto por reverencia á su antigüedad.

CAPITULO II

Los Fanfreluches antidotos encontrados en el monumento antiguo.

O ¡? enviado el gran domador de los cimbros
: : santo, por el aire, del miedo del fuego
=su venida llenó los timbales
:!. de manteca de vacas, cayendo por una sacudida
:.... cuando la abuela se vió rociada,
gritó muy alto: Señor, por favor pagadla,
porque su barba estaba toda embadurnada,
ó por lo menos echadla en una escudilla.

Algunos decían que quitarle su pantufla
era mejor que ganar las indulgencias;
pero apareció un taimado patán
que salió de los sótanos en donde conservamos el pescado
y dijo: Señores: guardémonos por Dios;
la anguila está allí, en el estanque corrompido
que encontraréis, si miráis con precaución,
al gran málvado bajo su muceta.

Cuando llegó la hora de asistir al capítulo
no encontró allí más que los cuernos de un ternero;
yo, dijo: siento bajo el fondo de mi mitra
cierto frío que me constipa el cerebro.

Se lo calentaron con perfume de nabos,
se vió contento de tener hogares
y dispuso que se regalara un platón de limonero
á todos los que son adustos.

La conversación fué de si la cueva de San Patricio,
la de Gibraltar y mil otras cuevas
se podrían cicatrizar
de tal manera que no tuvieran tos.
Visto que él, les parecía impertinente á todos
y mirándolos bostezar con todos los vientos
dijo: ¡Si por ventura estuvieran colgados
ó los pudiera ofrecer como rehenes!

Entonces fué la clueca pelada
por Hércules que venía de Lybia.
¿Por qué—dijo Minos—no soy yo llamado?
Excepto yo, todo el mundo lo sabe.
Y después se quiere que pase mi enojo
regalándome ostras y granadas.
Al diablo se la doy, en caso de que mi vida
tomada gratis le sirva para venderla á cuenta de rucas.

Para matarlos, llega Q. B. que cojea
al compás de mixtas cancioncillas.
El tamizador, sobrino del gran Cyclope,
los asesinó. Cada uno con la mosca en la nariz;
en este barbecho pocos albigenses son narigudos,
que no hay mantas sobre los molinos de casca.
Marchad allí todos y tocad á rebato
y conseguiréis lo que no conseguísteis antes.

Poco después, el pájaro de Júpiter
determinó perecer en el fuego;
pero al verlos desesperarse tan fuertemente
gritó que aquél necio y bajo juego daba mate al imperio.
Y prefirió el fuego del cielo empíreo
al del tronco encantado al que dirigían sus arengas,
pues el aire sereno contra quien conspiraban
depuraría los dichos de aquellos *masoretas*.

Todo acabado, marchó con mano armada
á despecho de éste, la de las piernas de garza,
que allí se sentó: viendo á Pentasilea
en sus postreros años tomada por vendedora ambulante,
todos gritaron: ¡Villana carbonera!
¿Tienes derecho á husmear en los caminos?
Tú robaste la romana bandera
que, muy despacio, se había hecho de pergamino.

No murió Juno, que, bajo el arco celeste
con su guía caminaba hacia el engaño,
y fué conducida á una elevada torre
que por todas partes estaba ruinosa.
Lo sucedido fué que á mordiscos
adquirió los dos huevos de Proserpina
y si jamás estuvo allí encerrada,
la llevaron sin embargo, atada, al monte de Albaespina

Veintidós años después
aquél que antiguamente aniquiló Cartago,
cortésmente se metió entre las dos
requiriéndolas á que le dieran su herencia

ó la partieran con justicia;
según la ley que la tira á cordel
distribuyeron un poco de ropa
á los palurdos que hicieron el diploma.

Pero el año vendrá, señalado por un arco turco,
cinco husos y tres culos de marmita
en el que la espalda de un rey muy poco cortés
se ocultará bajo un hábito de eremita.
¡Oh la piedad! Por un mogigato,
¿os dejáis engañar tan tontamente?
Cesad, cesad: esa máscara á nadie engaña.
Retiraos donde el hermano de las serpientes.

Pasado este año, el que está allí reinará
pacíficamente con sus buenos amigos;
ni brusco ni agrio los dominará;
toda buena voluntad será tomada en cuenta
y el descanso que antiguamente fué prometido
á las gentes, del cielo vendrá para su regalo,
y las yeguas que estaban aturdidas
triunfarán en real palafrén.

Y durará este tiempo de pasa, pasa,
hasta tanto que Marte coja las riendas.
Después vendrá otro que será para todos
delicioso, agradable, placentero, sin medida.

Levantad vuestros corazones, venid á esta comida
todos mis fieles, porque cuando pase,
es seguro que jamás ha de volver
y será inútilmente clamado por todos el pasado tiempo.

Finalmente, aquél que está hecho de cera,
será alojado con los goznes de la estatua de hierro.
Ya no será llamado: ¡Cirol! ¡Cirol!
el lujurioso que tiene empuñado su miembro.
¡Quién pudiera sacar la espada bastardal
Todo quedaría en paz. Los motines acabados
y se podría entonces con cabos de maroma,
hilvanar también el almacén.

CAPITULO III

Cómo Gargantua estuvo once meses en el vientre
de su madre.

Grandgousier (1) fué muy bromista en su tiempo, amigo de beber bien tanto como el primero que para ello hubiera en el mundo y comiese para este efecto salmuera.

A tal fin tenía siempre buen repuesto de jamones de Maguncia y de Bayona, muchas lenguas de vaca ahumadas, abundancia de morcillas curadas y repuesto de cecina, provisión de huevas de pescado en vinagre y salchichas, no de Bolonia, porque temía á los salchicheros lombardos, sino de Bigorre, Longuaultnay, Brena y Ronargue.

En su edad viril se casó con Gargamella (2) hija del rey de los Parpaillos (3) de trato agradable y

(1) Véase en el tomo VI nuestro *Glosario*.

(2) Idem.

(3) Idem.

hermoso rostro. Los dos, una vez juntos, se gozaron con glotonería haciendo la bestia de dos espaldas hasta que ella engrosó con el embarazo de su hermoso hijo que llevó en su vientre hasta el undécimo mes.

Aquel largo abultamiento, podía ser indicio para la madre de que su seno guardaba una obra maestra, un personaje que en su tiempo debía realizar grandes proezas, á juzgar por lo que dice Homero, que el niño del cual Neptuno embarazó á la ninfa, no nació hasta que estuvo completamente aderezado, y esto fué á los doce meses, porque (como dice también Aulo Gelio, lib. III), tan largo tiempo convenía á la majestad de Neptuno á fin de que durante él, su hijo fuese formado á la perfección. Por una razón parecida Júpiter hizo durar cuarenta y ocho horas la noche que se acostó con Alumena, puesto que en menos tiempo no hubiese podido forjar á Hércules que limpió el mundo de monstruos y tiranos.

Antiguos y respetables Pantagruelistas, han confirmado lo que yo digo y han declarado no sólo posible, sino legítimo, el hijo nacido de la mujer en el undécimo mes posterior á la muerte de su marido.

Hipócrates, lib. *de Alimento*.

Plinio, lib. VII, cap. V.

Plauto en *Cistellaria*.

Marco Varro en la sátira llamada *El Testamento*, alegando además la autoridad de Aristóteles.

Censorino; libro de *Die natali*.

Aristóteles, lib. II, caps. III y IV *De Natura animilium*.

Gelio, lib. III, cap. XVI; Servius in *Eccl*, citando este verso de Virgilio: *Matri longa decem*, etc.

Y mil otros locos cuyo número han aumentado los legistas *H. de suís, et legil l. intestato, fin. In authent. de restitut, et ea quæ parit in undécimo mense*.

Además con esto han embrollado también la estrafularia ley *Gallus H. de lib et postum. et l. septimo H. de stat homin*, y algunas otras que no quiero citar por ahora.

Con estas leyes las viudas pueden libremente jugar todos los envites y todos los restos contra la continencia, hasta dos meses después de muertos sus maridos.

Yo os pido por favor, mis queridos pícaros, que si las encontráis en estas condiciones y valen, soltéis vuestra bragueta y montéis encima, porque si al tercer mes están embarazadas, su fruto será heredero del difunto.

Conocido el embarazo, pueden ya entregarse á otros y bogar la galera hasta que su panza quede plana.

Julia, hija del emperador Octavio, no se abandonaba á los soldados hasta que se sentía embarazada, como la nave no recibe á su piloto sino cuando ya está calafateada y cargada.

Y si alguien las reconviene por entregarse á los placeres sexuales después del embarazo, cosa que jamás hacen las bestias, responderán, que las bestias son bestias, pero ellas son mujeres y tienen los hermosos y agradables derechos de superfetación, como se dice que respondió Publia, según el trabajo de *Macrobio*, lib. II *Saturnal*. Si el diablo no quiere que ellas engruesen, será preciso acudir al tonel y clavarle la boca.

CAPITULO IV

De cómo Gargamella, estando embarazada de Gargantua, comió una gran cantidad de tripas.

He aquí la manera como Gargamella parió, y si no lo creéis que el *fundamento* se os escape. A ella se le escapó por una disentería el tercer día de Febrero, efecto de haber comido muchas tripas grasientas de vacas cebadas en el pesebre y en prados de succulenta hierba. De estas vacas cebadas, habían hecho matar trescientas setenta y siete mil y catorce, para ponerlas en sal antes del *Martes graso* (1) á fin de que en la primavera tuviesen esta salazón abundante para el principio de las comidas, á las que servirían de aperitivo, y para pasar mejor el vino.

Las tripas fueron muchas como comprenderéis,

(1) Véase en el tomo VI nuestro *Glosario*.

y tan apetitosas estaban que todos les echaron mano. La gran diablería de cuatro personajes (1) dictaminó que no se podían reservar mucho tiempo, porque podía ocurrir que se pudrieran, y esto era repugnante. Así, pues, se determinó que habrían de comérselas ávidamente, sin pérdida de tiempo. A este acto debían concurrir todos los ciudadanos de Sainuais, Suille, la Rocheclermud, Montpensier, Guè de Vede y otras poblaciones, todos buenos bebedores, buenos compañeros y buenos jugadores de bolos. El excelente Grandgousier, tuvo una satisfacción muy grande y recomendó que todos acudiesen con escudillas. Dijo muchas veces á su esposa que comiera poco, visto que ya se acercaba el término de su embarazo, y que aquella *tripada* no era comida muy ligera. Esta mujer (decía él) es capaz de comer mierda con tal de llenar la tripa. No obstante las reconvencciones, se comió diez y seis moyos, dos cubos y seis pots. ¡Qué hermosa materia fecal debía de hacerse en su interior!

Después de comer todos, se fueron marchando al plantío de sauces, y allí, sobre la hierba tierna, bailaron al son de las alegres flautas y de las dulces cornamusas, tan asnalmente, que era celestial pasatiempo verlos retozar y divertirse.

(1) Véase nuestro *Glosario*.

CAPITULO V

La conversación de los bebedores.

Después determinaron comer otra vez en el mismo sitio; estaban flácidos de andar, roncós de trotar, baldados de saltar, locos de tocar: tira, baila, torna, enreda, quita de mí el agua, así amigo mío, pégame con ese vaso galantemente, provéeme de clarete hasta que mi vaso se vierta. Trásudadas de sed; tienes así como fiebre, ¿no te marcharás? Por mi fe, comadre, no puedo con este lebrillo. Vos, querida, estáis resfriada. Bebed. ¡Por el vientre de San Quenet, hablemos de beber! Yo no bebo más que á mis horas, como la mula del Papa. Yo no bebo más que en mi breviario (1) como un buen padre guardián. ¿Quién viene primero, la sed ó la bebida? La sed, porque no se bebe sin sed más que en el tiempo de la inocencia. La bebida, porque *privatio presupponit habitum*. Yo soy clérigo *Fecundi cálices quem non fécere disertum?* Nosotros inocentes bebemos mucho sin sed. No; yo pecador, cuando no tengo sed no bebo para el presente, sino para el mes futuro; hago provisión, como comprenderéis. Yo bebo por la sed del porvenir. Yo bebo eternamente. Es mi eternidad beber y beber eternamente. Cantemos, bebamos,

(1) Véase nuestro *Glosario*.

entonemos un motete. ¿En dónde está mi entonador? ¿No he de beber yo sino bajo tutela?

¿Os mojáis para secaros, ú os secáis para mojaros? Yo no entiendo de teorías; en la práctica soy más perito. Basta. Yo me mojo, me humedezco y bebo; todo por miedo á morir; bebed siempre y jamás moriréis. Si yo no bebo, me quedo seco y heme aquí muerto. Mi alma se me escapará á cualquier criadero de ranas; á parte seca jamás. ¡Soñadores y creadores de nuevas formas! Dejadme á mí olvidado bebiendo, bebiendo. Eterno enrojecimiento de nuestros rostros nerviosos y secos. Para no beber más, dejad de sentir. Para llevar orines en las venas, es mejor no llevar nada. Quiero lavar las tripas de la vaca que aderecé esta mañana. Tengo bien lustrado mi estómago. Si el papel de mis pagarés bebiera como yo, mis acreedores olerían bien á vino cuando vinieran á presentármelos. Con esta mano voy á despegaros la nariz. Arroyo en donde el vado es pequeño es para romperse el pecho. Este se llama atrapa frascos. ¿Qué diferencia hay entre un frasco y una botella? Grande; la botella se cierra con un tapón y el frasco á tornillo. Muy bien. Nuestros padres bebían bien y vaciaron las ollas. Está bien, defeca, canta, bebamos. ¿Tienes que mandar algo para la ribera? ¿Es allí á donde tú vas á lavar las tripas? Yo bebo como una esponja. Yo como un templario (1). Yo tan

(1) Véase nuestro *Glosario*.

quam sponsus. Yo sicut terra sine aqua Una cosa sinónima del jamón es una rodadera de toneles; por ella baja el vino á la cueva; por el jamón al estómago. ¿Vamos al arroyo? Venga el arroyo acá. No hay ya más carga. *Respice personam, pone pro duo: bus non est in usu.* Si yo montara tan bien como bebo...

Así se hizo Jacobo Corazón, rico,
así fecundizan los arroyos el yermo,
así conquistó Baco la India.
Así es la Filosofía de Melinda (1).

La lluvia débil aplaca el viento fuerte; largas lluvias evitan el rayo. ¿Y si mi concubina meara, querrías beber su orina? Yo me reservo para después. Diviértete, baila, te cedo mi nombre y mi turno.

Sorbe, Guillot.
que todavía tengo una olla.

Yo me dedico á llamar la sed como antes. Diviértete, toma de hecho mi nombre. ¡Este roñoso! Yo suelo siempre beber de todo hasta que no queda nada. No nos hartemos y acumulemos mucho de todo. He aquí las tripas del juego, las morcillas desnudas de la vaca, leonada con raya negra. ¡Oh, por Dios! extraigamos lo provechoso de lo que se traga. Bebed ó yo os... No, no bebáis, yo os lo

(1) Véase nuestro *Glosario*.

ruego. Los pajarillos no comen más que lo que cogen con sus picos. Yo no bebo más que lo que me agrada.

Lagona edetera. No hay gazapera en todo mi cuerpo donde este vino no me excite la sed. También á mí me la enciende bien. Pues á mí me la destierra por completo. Toquemos la cornamusa aquí junto á los frascos y las botellas, que cuando alguno haya perdido la sed no tenga que ir muy lejos á buscarla. Grandes encellas de bebida nos harán ver cerca lo que está lejos. El gran Dios hace los planetas y nosotros los platos llenos. (1)

Yo tengo en la boca la palabra de Dios. *Sitio.* La piedra llamada *abs-estos* no es tan inextinguible como la sed de mi paternidad. El apetito viene comiendo, decía Angeston; pero la sed se va bebiendo. ¿Remedio contra la sed? Lo contrario que contra la mordedura del perro; corred siempre detrás del perro y nunca os morderá. Bebed siempre que tengáis sed y ésta no os atormentará. Os cojo la palabra. Yo os replico: Sueño eterno, tú harás que dejemos de soñar. Argos tenía cien ojos para ver mejor. Cien manos eran precisas á un soñador para mejor escanciar, como las tenía Briareo. Mojémonos, que luego es grato secarse. De lo blanco; vierte todo, vierte por el diablo. La lengua me arde. Compañero, choca el vaso. A tí,

(1) Véase nuestro *Glosario*.

compañero, vaya, vaya. La, la, la, este está resfriado. ¡*Oh lágrima Chisti!* Esto es de la Divinidad. Este es vino tinto. ¡Oh el gentil vino blanco! Y para mi alma que esto no es más que tafetán. No, no es una caperuza bien forrada y de buena lana. Compañero, ánimo. En este sitio ya no robaremos más, porque ya hicimos nuestra recolección. *Ex hoc in hoc*. No haya desencantos. Todos lo veis. Yo soy maestro viejo. Yo no sé lo que digo, me engaño, soy presbítero, canónigo. ¡Oh, los bebedores! Dejadlos en paz. Diviértete, amigo mío, levántate aquí y corona el vino, y yo te lo ruego. Como los cardenales. *Natura abhorret vacuum*. ¿Dirías que una mosca se lo ha bebido? A la moda de Bretaña. Limpio, limpio es este vino. Dejad las hierbas en el valle.

CAPITULO VI

De cómo Gargantua nació de una manera muy extraña.

Mientras ellos sostenían esta banal conversación acerca de la bebida, Gargamella comenzó á sentir dolores en sus órganos genitales; entonces Grandgousier se levantó de la hierba y la socorrió honestamente, temiendo que esto fuera señal de un mal parto; aconsejóle que sesteara en la saucera y le anunció que en breve sería madre (1). En

(1) Véase nuestro *Glosario*.

cuanto á él era preciso armarse de valor para asistir al advenimiento de su angelón; bien es cierto que el dolor le causaba poco fastidio; cuando fuera ella madre, el gozo que este había de traer consigo disiparía todas las penas, de modo que sólo habría de preocuparles á los dos el nuevo acontecimiento. Yo lo pruebo, decía: Nuestro salvador habla así en el evangelio de San Juan, XVI: «La mujer en la hora del parto está triste; pero cuando ya ha parido no conserva recuerdo de su angustia.» ¡Ah!, exclamó ella, decís muy bien y mucho me agradan estos pasajes del evangelio; me alivian bastante más que oír la vida de Santa Margarita ó cualquier necedad.

—¡Bravuras de rebaño! Callad de esto y ocupémonos todos en otra cosa.—¡Ah!—dijo ella.—Vosotros los hombres siempre habláis á vuestro gusto; está muy bien; yo me contendré, pues que así lo queréis; pero permita el cielo que os lo encontréis cortado.—¿El qué?—preguntó Grandgousier.—¡Ah! No sois tonto y me entenderéis bien.—¿Mi miembro? ¡Sangre de las cabras! Si os parece podéis traer un cuchillo.—¡Oh! ¡Dios no lo quiera! ¡Dios me perdone! No lo dije de corazón, no hagáis caso de mis palabras. Bastantes trabajos tendré hoy si Dios no me ayuda, y todo por vuestro miembro, que guardéis con buen cuidado.

—¡Animo, valor, no os abandonéis al final, dejad obrar á la Naturaleza! Yo, mientras tanto, me voy

á beber otro trago. Si os sobreviene cualquier mal, aquí estaré. Llamadme con una palmada y volveré al punto junto á vos.

Poco tiempo después comenzó ella á suspirar, lamentarse y gritar. De pronto salieron comadronas de todas partes; tocándole alrededor de la vulva encontraron repugnantes envoltorios de piel y pensaron que aquello era el niño; pero era el sieso que se le escapaba por reblandecimiento del intestino recto, vulgarmente llamado morcilla cular, efecto del atracón de tripas de que hemos hablado.

Entonces una vieja antipática de la reunión, que tenía fama de gran médica y había venido de Brisepaille, más allá de Saint Genou, hacía sesenta años, la restregó horriblemente, haciéndole arrojar aquellas pieles con grandes dolores; abrió una enorme boca, enseñando sus largos dientes, que daba miedo mirarlos, y agarró con ellos el *bergamino*.

Por este medio se aflojaron las orejas de la matriz, por las cuales salió el niño; pero no al exterior; tomando su camino por debajo del diafragma y por las espaldas, subió hasta salir por la oreja izquierda. Cuando nació no gritó como los demás niños, ¡ay! ¡ma! ¡ba!, sino que en alta voz dijo: ¡A beber! ¡A beber! ¡A beber!, invitando á beber á todo el mundo, como si acabara de llegar del país de Beurre ó de Bibaroys.

Temo que no creais tan extrañas noticias; si no las creéis no me inquieto; pero un hombre de bien, un hombre de buen sentido, debe creer siempre cuanto se le dice y cuanto encuentra escrito. ¿No dice Salomón *Proverbiorum XIV: Inocens credit omni verbo*, etc? Y San Pablo *prim. Corinthior XIII, Charitas omnia credit*. ¿Por qué no habéis de creerme vosotros? Porque, diréis, eso no tiene ni aun apariencia de verdad. Yo os digo que por esta sola causa lo debíais creer á pie juntillas, porque los *sorbonistas* dicen que la fe es argumento á favor de las cosas que no tienen apariencia de verdad.

¿Es esto contra nuestra ley, nuestra fe, nuestra razón ó contra la Sagrada Escritura? Por mi parte, no encuentro escrito en las Biblias santas nada que hable contra todo esto. Y si Dios hubiera querido, ¿no hubiera podido hacerlo? Por favor, no nubléis nunca vuestro espíritu con vanos pensamientos, porque os advierto que para Dios nada hay imposible y bien podía haber dispuesto que las hembras desembucharan sus hijos por las orejas. ¿Baco no fué engendrado por el muslo de Júpiter? ¿Rocatallada no nació por el talón de su madre? Croquemouche por la pantufla de su nodriza? ¿Minerva por la oreja de Júpiter? ¿Adonis por la descortezadura de un árbol de mirra? ¿Cástor y Pollux del cascarón de un huevo, puesto y empollado por Leda? Bien pronto habíais de quedaros sorprendi-

dos y estupefactos si transcribiera aquí todo el capítulo de Plinio, en donde se habla de los partos extraños y contra natura; ya que yo no soy un mentor tan asesorado como él, leed el prontuario de su *Historia natural*, cap. III, y no me molestéis más.

CAPITULO VII

De cómo le fué impuesto el nombre á Gargantua
y cómo bebió vino.

El bueno de Grandgousier bebiendo y regodeándose con los otros, oyó el grito horrible con el que su hijo hizo su entrada en la luz de este mundo, cuando gruñó como un cerdo, exclamando: ¡A beber! ¡A beber! ¡A beber! Entonces dijo: ¡*Grande es la tuya!* (1), (suple garganta). Cuando esto oyeron todos, dijeron que verdaderamente debía llevar el nombre de *Gargantua*, porque tal había sido la primera palabra de su padre después del nacimiento, imitando así el ejemplo de los antiguos hebreos, á lo cual condescendió él y agradó mucho á su madre. Para aplacar al recién nacido le dieron á beber á tragantadas; después fué trasladado á la fuente y bautizado allí como los cristianos.

Le fueron dispuestas 17.913 vacas de Pautille y

(1) Véase nuestro *Glosario*.

de Brehemont para lactarlo ordinariamente, porque encontrar suficientes nodrizas en todo el país era imposible, si se considera la gran cantidad de leche necesaria para alimentarlo. Bien es cierto que algunos doctores scotistas (1) afirmaron que su madre debía lactarlo, pues podría sacar de sus pechos 1.402 pipas y nueve potes de leche cada vez; pero esto no es verosímil, y tal proposición ha sido declarada por la Soborna altamente ofensiva para el pudor de los pechos, lesiva para los oídos delicados y sentativa de gran herejía.

Así las cosas, transcurrieron un año y diez meses; en este tiempo, por prescripción facultativa, comenzaron á moverlo; á cuyo fin se construyó una carreta de bueyes, invención de Juan Denyan, dentro de la cual se le paseó por aquí y por allá, gozosamente. Se le exhibía bien, porque su tipo era bueno; tenía diez y ocho sotabarbas y gritaba poco. Se acostaba de continuo, porque era maravillosamente flemático de las asentaderas, tanto por su complexión natural, como por una indisposición accidental que le había sobrevenido, al beber con exceso del mosto septembrino. Pero ni una gota bebía sin causa que lo justificara, porque si estaba enfadado, disgustado, irritado, manido; si gemía, gruñía, ó lloraba, le daban de beber á discrección y al punto se tornaba risueño y alegre.

(1) Véase nuestro *Glosario*.

Una de sus ayas me dijo, jurándolo por su fe, que estaba tan acostumbrado á esto, que sólo al escuchar el ruido de las cubas y los frascos se regodeaba como si gozara las delicias del Paraíso, y considerando divina esta estratagema, para conservarlo siempre alegre, hacían delante de él sonar los vasos vacíos con un cuchillo, los frascos, vacíos también, con sus tapones, y los toneles, también vacíos, con sus tapas: á ese sonido, salvajeaba, se estremecía, y él solo se cuneaba, moviendo la cabeza, agitando los dedos vivamente, como si tecleara, y empinando el cogote.

CAPITULO VIII

Como fué vestido Gargantua.

Estando en esta edad, su padre ordenó que se le hiciesen vestidos de los colores de su librea, que era blanca y azul. Encargóse la obra y fueron confeccionados, cortados y cosidos, según la moda corriente por entonces. Por antiguos documentos que hay en los archivos de los condes de Montsoreau, he sabido que fué vestido como sigue:

Para su camisa se trajeron 700 varas de tela de Chastelleraud y 200 para las mangas; no las hicieron fruncidas, porque el fruncimiento de las camisas no se inventó hasta después de establecidas

las lencerías. Cuando se les rompían las puntas de las agujas, trabajaban con el extremo opuesto.

Para el jubón se compraron 813 varas de satén blanco, y para la esclavina 1.509 pieles y media de perro. Después comenzaron las costureras á atacar las calzas al jubón y no el jubón á las calzas, porque es cosa contra natura como ha declarado Ockam en los *Exponibles* de *M. Hautechaussade*.

Para sus calzas se compraron 1.105 varas y una tercia de estambre blanco y le fueron arrolladas en forma de columnas estriadas y dentadas en la terminación para que no le lastimaran los riñones. Por entre la envoltura se veían las franjas de damasco azul y estaba hecha cuidadosamente. Téngase en cuenta que tenía unas piernas muy hermosas y bien proporcionadas á su estatura.

Para la bragueta se emplearon 16 varas y una cuarta de la misma tela y se hizo de la forma de un arco botarel, bien y lujosamente atacada con dos hermosas hebillas de oro que pendían de dos broches de esmalte, en cada uno de los cuales, había engarzada una gran esmeralda del tamaño de un gajo de naranja, porque esta piedra (según dice Orpheo *libro de lapidibus*, y Plinio, *libro último*) tiene virtud erectiva y confortativa del miembro viril. Le fué colocada como las calzas; el damasco azul flotante como en ellas. Pero fijémonos en sus bellos bordados de oro y en las graciosas

lazadas de orfebrería guarnecidas de finos diamantes, finos rubíes, finas turquesas, finas esmeraldas y engarces pérsicos que la presentan comparable á uno de esos cuernos de la abundancia como los que admiráis en las antiguallas y como el que regaló Rhea á las dos ninfas Adrestea é Ida, nodrizas de Júpiter.

Siempre elegante, rolliza, ardorosa, siempre lozana, floreciente, fructificante, llena de humores, llena de flores, llena de fruto, llena de todas las delicias, por Dios os aseguro que daba gozo ver aquella bragueta.

Mas de esto os diré en otro lugar, en un libro que he hecho acerca de la *Dignidad de las braguetas*. Debo, sin embargo, advertiros que si ésta era muy larga y muy ancha, si estaba bien guarnecida y bien ataviada por fuera, en nada se parecía á las hipocríticas braguetas de los afeminados que no están llenas más que de viento, con gran perjuicio del sexo femenino.

Para sus zapatos se compraron 406 varas de terciopelo azul carmesí y fueron acuchilladas á barba de cangrejo (1), minuciosamente, en franjas paralelas y líneas uniformes. Para los chanclos se emplearon 1.100 pieles de vaca morena, cortadas en picos de dos puntas.

Para su sayo se tomaron 1.800 varas de tercio-

(1) Véase nuestro *Glosario*.

pelo azul carmesí, bordado alrededor con bellas viñetas y por en medio con lentejuelas de plata, separadas por varillas de oro que llevaban perlas engarzadas.

Su cinturón fueron trescientas varas y media de sarga de seda, mitad blanca y mitad azul, si yo no estoy trascordado.

¶ Su espada no fué valenciana ni su puñal zara- gozano (1) porque su padre odiaba á todos los hidalgos borrachones y descendientes de los moros como los diablos; pero tuvo su buena espada de madera y su puñal de cuero hervido, plateados y dorados divinamente.

Su bolsa fué hecha de una oriflama que le había regalado Pracontal, procónsul de Libia.

Para su röpilla se compraron 9.600 varas menos dos tercias de terciopelo, azul como lo demás, perfilado de oro en forma diagonal, por lo que su perspectiva era de un color indefinido, así como el de las tórtolas que halagaba maravillosamente la vista de los espectadores.

Para su bonete se emplearon 302 varas y una cuarta de terciopelo blanco, y se hizo de forma alta y redonda ajustada á la frente, porque su padre dijo que los bonetes á la turca, á modo de crestas, traerían cualquier día algún mal para los trasquilados. Para plumero, se trajo una pluma

(1) Véase nuestro *Glosario*.

grande y bella de un onocrátolo de la Hircania salvaje y le fué colocada graciosamente, cayendo sobre la oreja derecha.

A manera de dije llevaba, en una platina de oro de 68 marcos de peso, una hermosa figura de esmalte que representaba un cuerpo humano con dos cabezas, mirando á lados opuestos, cuatro brazos, cuatro pies y dos traseros; tal, como dice Platón, que era la Naturaleza humana en su comienzo místico (*Simposio*). Alrededor tenía esta inscripción en letras jónicas: AGAPE ON ZETEI TA EAUTES. (*La caridad nunca conoce su provecho, Pablo á los Corintios* I, 13).

Para llevarla al cuello tenía una cadena de oro que pesaba 25.063 marcos, tallada en forma de gruesas bayas, en las que había engastados trozos de jaspe verde con dragones labrados y rodeados de rayos y chispas, como los llevaba, según se dice, el rey Nicepsos. Le bajaba hasta la boca del estómago, en donde toda su vida llevó el *reparo*, (1) que aconsejan los médicos griegos.

Para sus guantes fueron trabajadas 16 pieles de lobezno y tres de lobo grande para los remates; se hicieron de tal materia por disposición de los cabalistas de Sainlovant.

Por anillos (los cuales quiso su padre que ostentara para renovar el signo antiguo de la noble-

(1) Véase nuestro *Glosario*.

za) llevaba, en el dedo índice de su mano izquierda, un diamante grueso como un huevo de avestruz engarzado delicadamente en oro de Sheraphis (Egipto).

En el dedo *cirujano* de la misma mano tenía un anillo de cuatro metales, de la hechura más preciosa que jamás se ha visto, sin que en él dejaran de brillar el oro y la plata.

Le hicieron estos regalos el capitán Chappuis y su bienhechor Alcofribas. En el dedo cirujano de la derecha tenía un anillo en forma espiral, en el que estaban engastados un rubí color violeta, un diamante tallado en punta y una esmeralda de Pyson, de precio inestimable. Hans Caruel, gran lapidario del rey de Melinda, estimaba su valor en 69.894.018 carneros de buena lana; en lo mismo lo apreciaron los joyeros de Ausburgo.

CAPÍTULO IX

Los colores y la librea de Gargantua.

Los colores de Gargantua, como queda dicho, fueron blanco y azul. Por ellos quería el padre dar á entender que su hijo era la alegría del cielo; lo blanco significaba gozo, placer, delicia y regocijo, y lo azul, cosas celestiales.

Los que leyendo estas líneas os burléis del viejo bebedor, reputéis la exposición amanerada y anti-

pática y digáis que blanco significa fe y azul firmeza, sin alteraros, agriaros, molestaros ni disgustaros, porque el tiempo es calamitoso, atendedme si os parece. Con violencia no osaría yo llevaros á donde otros están. Solamente os diría una palabra de la botella.

¿Quién os confunde? ¿Quién os engaña? ¿Quién os dice que blanco significa fe y azul firmeza? Un libro, diréis, muy poco leído que venden los quinquilleros y baratijeros, titulado *El emblema de los colores*. ¿Quién lo ha escrito?

Cualquiera que sea, ha estado prudente al no poner en él su nombre. Por lo demás, yo no sé lo que en él he de admirar primero, si el desahogo ó la bestialidad.

Su desahogo, porque sin razón, sin causa y sin experiencia, ha osado prescribir con su autoridad particular, las cosas que los colores denotan; esta es la usanza de los tiranos, para quienes su arbitrio ocupa el lugar de la razón, no de los sabios y eruditos que con razones manifiestas conquistan á los lectores.

Su bestialidad, porque ha estimado que sin demostraciones ni argumentos de valor, el mundo regularía sus divisas por sus imposiciones bobas. De hecho ha encontrado algunos garrapatos del tiempo de los altos bonetes (1), pues los escritos

(1) Véase nuestro *Glosorio*.

de aquellos hombres hicieron fe, y según se dice ellos mismos fueron los que tallaron apotegmas y refranes, encabestraron sus mulas, vistieron sus pajes, acuartelaron sus escudos, bordaron sus guantes, franjearon sus lechos, puntualizaron sus insignias, compusieron canciones y, lo que es peor, arrojaron clandestinamente imposturas y manchas sobre las púdicas matronas.

En tinieblas parecidas se pierden las glorias de la corte y los trastrocadores de nombres; cuando quieren en sus divisas significar esperanza, la representan con una esfera; dulces penas con cuchillos, melancolía con flores, la luna de dos cuernos por vivir atormentados, un banco roto por bancarrota (esto no), un corchete de hierro por hábito, un lecho sin techo por licencia, las cuales son homónimias tan ineptas, tan insípidas, tan rústicas y bárbaras que merecían se atara al cuello una cola de zorro y se colocara una máscara de buche de vaca á cada uno de los que quieren usarlas en Francia, después de la restauración de las buenas letras.

Por estas razones (sirazones se les debe de llamar y no necedades), debía yo colgar á cualquiera un cuchillo para denotar que me hace penar y un bote de mostaza á mi parecer al que tarda mucho; un orinal es un oficiante, mis chanclos el vaso de mis pies y mi bragueta la escribanía de los decretos.

Otra cosa bien distinta hacían los sabios de

Egipto cuando escribían las letras llamadas gero-glíficas, que no las entendía quien no fuera entendido, y el que lo fuera, por aquellas figuras conocía la virtud, propiedad y naturaleza de las cosas. De esto Orus Apollón ha compuesto en griego dos libros y Polivio en el *Sueño de amor* ha dicho bastante. En Francia tenéis algún trasunto de esto en el blasón de Mr. Admiral, que quien primero lo tuvo fué Octavio Augusto.

Pero otra vez ha de arrumbar mi esqui-fe á estos pantanos y charcos desagradables. De vuelta haré escala en el puerto donde nací.

Tengo esperanza de escribir cualquier día más ampliamente sobre este punto y demostrar, tanto con razones filosóficas, como por citas de autoridades conocidas y aprobadas de gran antigüedad, cuáles y cuántos colores hay en la Naturaleza y lo que cada uno puede significar; así lo haré si Dios me conserva la cabeza, esto es, el jarro de vino, como decía mi abuela.

CAPÍTULO X

De lo que significan los colores blanco y azul.

Lo blanco, pues, significa gozo, solaz, regocijo; no se ha torcido su interpretación; es la más derecha y justa. Esto podréis comprobarlo, si en ello tenéis interés, atendiendo á lo que voy á deciros.

Aristóteles afirma que, suponiendo dos cosas contrarias en cada especie, como bien y mal, virtud y vicio, frío y calor, blanco y negro, voluptuosidad y dolor, gozo y pena y otras por este orden, si las combinais en tal forma que una negativa de una especie, convenga razonablemente con la negativa de otra, como consecuencia convendrán también las positivas. Ejemplo: virtud y vicio, contrarias en una especie; bien y mal, contrarias en otra; si una de las dos contrarias conviene con la otra, como virtud y bien (porque es seguro que la virtud es un bien) convendrán las dos restantes, vicio y mal, porque el vicio es seguramente un mal.

Sentada esta regla de lógica, poned frente al gozo y la tristeza lo blanco y lo negro, contrarios también físicamente; si lo negro corresponde con la tristeza, lo blanco significará gozo.

Y no obedece este significado á imposición humana instintiva, sino constituída por el consentimiento de todo el mundo, que los filósofos llaman *jus gentium*, derecho universal, válido para todos y en todas partes.

Como sabéis demasiado, todos los pueblos y todas las naciones (excepto los antiguos siracusanos y algunos argives) para expresar la tristeza han vestido de negro. Este convenio universal está hecho por la naturaleza, sin basarlo en razones ni argumentos que algunos no podrían comprender si

alguien no se lo enseñaba. Esto es lo que llamamos *derecho natural*.

Para lo blanco hay las mismas instituciones de la Naturaleza, y en él todos han visto gozo, regocijo, solaz, placer y delectación.

En tiempos pasados los trhacios y los cretenses señalaban los días afortunados y alegres con piedras blancas, y los desgraciados y tristes con piedras negras. ¿La noche no es funesta, triste y melancólica? Pues es negra y oscura por la privación de luz. ¿No regocija la claridad á toda la Naturaleza? Pues es blanca como lo más blanco.

Para confirmar esto os remitiría al libro de Laurens Valle contra Bartolo; pero más os agradará el testimonio evangélico: *Mat. 17*, dice que en la Transfiguración del Señor, *vestimenta eius facta sunt alba sicut lux*; «sus vestidos se hicieron blancos como la luz»; por cuya blancura luminosa dió á entender á sus apóstoles la idea y figura de los goces eternos. La claridad es el eje de todo lo humano. ¿Qué es lo que más quisieras? le dijeron á una vieja que no tenía dientes en la boca, y contestó ella: *Bona lux*. Tobías, cuando había perdido la vista y le saludó Rafael, respondió: «¡Qué gozo podré yo tener si nunca he de ver la luz del cielo! y (Cap. 5). En el mismo color blanco, significaron los ángeles el gozo del Universo por la resurrección del Salvador (*Juan 20*) y su ascensión (*Actos 1*). De igual manera vió San Juan evangelista

(*Apoc.* 4 y 7) á los fieles vestidos en la celestial y beatífica Jerusalén.

Leed las historias antiguas, tanto griegas como romanas, y veréis que la ciudad de Alba (primera de Roma) fué así llamada y construída por la aparición de una loba blanca.

Veréis también que si alguno después de haber obtenido victoria sobre los enemigos volvía triunfante á Roma, entraba en un carro tirado por caballos blancos á recibir la ovación, porque ni por signo ni color más acertados que el blanco podían expresar la alegría de la victoria.

Asimismo veréis que Pericles, general de los atenienses, dispuso que cierta parte de sus soldados, á quienes la suerte les designara *habas blancas*, pasaran toda la jornada en reposo y alegría, mientras batallaban los demás.

Pudiera citar mil otros casos y ejemplos; pero no es éste el lugar á propósito.

Mediante esta observación podéis resolver un problema que Alejandro Aphrodisio ha reputado insoluble: ¿Por qué el león, cuyo rugido espanta á todos los animales, respeta, teme y reverencia al gallo blanco? Porque, como dice Proclus en su libro *De sacrificio et magia*, la presencia de la virtud del sol que es órgano y resumen de toda la luz terrestre y sideral, está patente y simbolizada en el gallo blanco por este color y por su propiedad y orden específico. Añade que se han presen-

tado diablos en figura leonina, y á la presencia de un gallo blanco han desaparecido súbitamente.

Por esta causa los *galos* (esto es, los franceses, así llamados, porque son naturalmente blancos como leche, llamada *gala* en griego) voluntarios llevan plumas blancas en sus bonetes, y son genuinamente alegres, graciosos, cándidos y robustos; por insignia y símbolo tienen la flor más blanca de todas: la flor de lis.

Si me preguntáis por qué la naturaleza nos induce á ver en el color blanco la alegría y el gozo, os responderé que la analogía y la conformidad es perfecta, porque como lo blanco exteriormente disgrega y esparce la vista repartiendo manifiestamente la potencia visiva, según opinión de Aristóteles en sus *Problemas* de perspectiva (y vedlo por experiencia: cuando pasáis por un monte cubierto de nieve os quejáis de no poder ver bien, como escribe Xenofonte que ocurrió á sus gentes y como Galeno expone ampliamente en el libro 10 de *Usu partium*), así el corazón por el gozo intenso se esparce interiormente y expansiona los espíritus vitales, lo cual puede llegar hasta el extremo de que el corazón salga de su sitio, rompa el pericardio y con ello cese la vida, como dice Galeno, libro 12. *Method*, libro 5, de *locis affectis* y libro 2 de *symptomaton causis*, y como en tiempos sucedió, según testimonio de Marco, Tulio libro 1, *question Tuscul*. Verius, Aristóteles y Tito Livio, des-

pués de la batalla de Cannas. Plinio, libro VII, capítulos 32 y 53. A. Gelio, libros 3, 15 y otros; Diágoras, Rodhien, Chilon, Sóphocles, Dionisio, tirano de Sicilia. Philiphides, Philemon, Policrates, Philistion, M. Juventino y otros que murieron de gozo. Como dice Aviečna en el cánon 2, libro *De viribus cordis*, el azafrán tiene la propiedad de ensanchar el corazón hasta concluir la vida cuando se toma con exceso. Ved también al efecto en Alej. Aphrodisio el *Libro primo problemarum*, capítulo 19... pero ¿para qué? He avanzado en esta materia más que lo que en un principio me propuse; así, pues, callaré queridos míos, guardando el resto para el libro en donde trataré de esto extensamente. Os diré para terminar que el azul significa el cielo y las cosas celestes por los mismos símbolos que lo blanco significa gozo y placer.

CAPITULO XI

De la adolescencia de Gargantua,

Gargantua desde los tres á los cinco años fué alimentado y educado con toda la disciplina conveniente por disposición de su padre; aquel tiempo lo pasó como los niños de su país, esto es, bebiendo, comiendo y durmiendo, comiendo, durmiendo y bebiendo, durmiendo, bebiendo y comiendo.

Continuamente se revolcaba en los charcos, se

tiznaba la nariz, se churreteaba la cara, se enfangaba los zapatos, resbalaba siguiendo á los moscardones y corría voluntarioso detrás de las mariposas, de las cuales su padre tenía el imperio. Se meaba en sus zapatos, se ensuciaba en su camisa, mostraba sus manchas, metía las manos en la sopa, chapoteaba por todas partes, bebía en su zapatilla y ordinariamente se rascaba la tripa en el cesto del pan. Se aguzaba los dientes en un zueco; se lavaba las manos en el caldo, se peinaba con un haz de leña, se sentaba en la tierra entre dos sillas, se cubría con un saco almohadillado, bebía al comer la sopa, comía la grasa sin pan, mordía riendo, reía mordiendo, pedía fuerte, meaba contra el sol, se refugiaba en el agua contra la lluvia, desafiaba el frío, abría hoyos, se hacía el mandria, vomitaba, decía el padrenuestro tergiversado, volvía á sus carneros, cambiaba contra sí mismo la catapulta, azuzaba al perro frente al león, colocaba la carreta delante de los bueyes, se metía en donde nadie le llamaba, arrancaba á la fuerza los secretos; muy embarazado y poco comprimido, comía su pan blanco antes que nadie, se estaba con la boca abierta, se cosquilleaba para hacerse reir, se tiznaba de hollín en la cocina, hacía y colocaba gavillas de paja en todas partes, pedía que le cantaran el *magnificat* á la hora de maitines y lo encontraba muy á propósito, comía coles y tronchos podridos, distinguía lo blanco de lo negro,

les cortaba las patas á las moscas, roía el papel, calentaba el pergamino, saltaba en un pie, tiraba del carretón, cometía imprevisiones, golpeaba los bojes sin coger los pájaros, creía que las nueces eran píldoras de alquimia y que las vejigas eran linternas; hacía de un saco dos monteras; rebuznaba para hacer gracia, de su puño hacía un martillo, cogía las grullas de un salto, quería hacer las corracillas golpe á golpe, les miraba con reparo el ojo á los caballos regalados, saltaba del gallo al burro, mezclaba entre las crudas las maduras, cavaba en la tierra su fosa y guardaba la luna de los lobos (1).

Si bajaban las nubes, esperaba á coger las alondras enlodadas; hacía de necesidad virtud y del pan ajeno sopas; tan poco cuidado le daban los reyes como los tonsurados. Todas las mañanas vomitaba, comían en su escudilla los perrillos de su padre y él comía con ellos, les mordía las orejas y le roían la nariz, les soplaban en el culo y le lamían los morros.

¿Queréis saber más, amigos míos? ¿Qué mal vino os trastorna? Pues sabed que este livianzuelo perseguía á sus gobernantas y las traía encima, debajo, delante y detrás, arre borrica, porque ya comenzaba á funcionar su bragueta.

Ellas mismas un día se la adornaron con bellos

(1) Véase nuestro *Glosario*.

ramilletes, bellas cintas, bellas flores y bellas verdijas y pasaban el tiempo agitándola entre sus manos como si fuera un cilindro de hacer ungüento. Después se desclavijaban de risa cuando *levantaba las orejas* como si el juego les hubiese gustado. Una la llamaba mi espita, la otra mi agitador, otra mi flauta, otra mi tapón, mi colgante, mi taladro, mi ramito de coral, mi morcillita roja, mi tormento, mi colita. Es mía, decía una, para mi, replicaba otra. ¿Y para mí, preguntaba otra, no hay nada? Soy capaz de cortársela entonces. ¡Ah! decía otra, harías muy mal. ¿Cortarle la *cosa* á un niño? ¡Luego sería un señor sin cola!

Y para que jugase como los niños del país, le hicieron un molino de viento, con sus aspas y todo como los de Mirebalays.

CAPÍTULO XII

De los caballos hechos á placer para Gargantua.

Después, á fin de que toda su vida fuera gran jinete, le hicieron un hermoso caballo de madera, al que él hacía manotear, saltar, voltigear, rodar y danzar, todo á la vez; andar al paso, al trote, al paso de andadura, al galope, al pasitrote, saltar obstáculos, andar como los albanos y como los camellos; le hacía cambiar de pelo, como hacen

los monjes de corta dalmática (1), según las fies-tas, de bayo oscuro á alazán, á gris aborregado, á pelo de rata ó de cerdo, ó de vaca ó de cebra, á rojo, á pardo ó á blanco.

El mismo, de una gruesa alfarjía se hizo un caballo para la caza, otro de una viga de prensa para todos los días y de un gran tronco una mula con gualdrapas para andar por casa. Así llegó á tener diez ó doce de parada ó montura y diez y siete de posta ó tiro; todos los acostaba con él.

Un día el señor de Peinensac visitó á su padre con gran tren y aparato; en aquel mismo día debían probablemente venir á verle el duque de Francrepas y el conde de Movillevent. A fe mía que el alojamiento era un poco estrecho para tanta gente y más los establos; el mayordomo y el caballerizo de dicho señor de Peinensac, para averiguar si en la casa había más establos vacíos, se acercaron á Gargantua, el gozoso muchachón y le preguntaron en secreto dónde estaban las cuabras de los grandes caballos, creyendo que voluntariamente lo dicen todos los niños.

Entonces él los condujo por las amplias habitaciones del castillo, pasando por la segunda sala á una galería muy ancha, por la que entraron en una gran torre y subieron á otras graderías; el caballerizo dijo al mayordomo: este niño nos engaña;

(1) Véase nuestro *Glosario*.

los establos no están nunca en las habitaciones altas de las casas. Estáis equivocado, contestó el mayordomo; yo he estado en sitios de Lión, Barmette, Chainon y de otras partes, en donde los establos están en lo más alto del alojamiento, y así puede ser que aquí ocurra; pero para mayor seguridad lo preguntaré de nuevo; y dijo á Gargantua: Oye, querido, ¿á dónde nos llevas?—Al establo de mis grandes caballos, dijo él. Allí estaremos en subiendo únicamente estos escalones.

Después, pasando por otra gran sala, los llevó á su cuarto, y abriendo la puerta, he aquí, les dijo, los establos porque me preguntáis. He aquí mi jinete, mi húngaro, mi lavedan, mi pasitrote y los de carga. Os regalo este frisón; lo he traído de Francfort, pero será vuestro; es buen caballito, pequeño y de gran alzada; me quedan además este ligero y bien cuidado, media docena de españoles y dos lebreros; vedlas allá; son los reyes de los perdigueros y de los lebreros en estos contornos. Por San Juan, dijeron ellos, que estamos aquí á estas horas en un juego de zuecos. Eso lo niego; hace tres días aún los tenía aquí, dijo él, pero ya no juego con zuecos; y los dos estaban indecisos entre callar por vergüenza ó reir para pasar el rato.

Salieron, y cuando bajaban cargados con el madero, todo confundido, les preguntó: ¿Queréis un ronzal? ¡Cómo! dijeron ellos. Y cinco ganchos

para hacer un bozal. Por hoy, le contestó el mayordomo, ya estamos socarrados; si hay fuego no nos saldrán ampollas, estamos mechados en punto, al menos por mi parte. ¡Ay niño! nos has dado heno en cuerno (1); yo te veré cualquier día, Papa. Así lo tengo entendido, dijo él; pero entonces tu serás mariposa y este gentil papagayo será un santurrón hecho y derecho.

A beber, á beber, dijo el caballero.

Adivinad, replicó Gargantua: ¿cuántas puntadas tiene la camisa de mi madre? Dieciséis, dijo el caballero. No dices el evangelio, objetó Gargantua, porque tiene *cien* delante y *cien* detrás (2); las contaste muy mal. ¿Cuándo? preguntó el aludido. Cuando, contestó Gargantua, se hizo de tu nariz una espita para sacar un modio de mierda y de tu garganta un embudo para echarla en otro vaso, porque el que la tenía estaba roto. ¡Corazón de Dios! exclamó el mayordomo, hemos encontrado un gracioso; señor burlón, Dios os libre de mal y os conserve la boca tan fresca.

Así bajaron al gran patio, en donde dejaron el leño con que les había cargado: y dijo Gargantua: ¡Qué diantre! Sois malos jinetes. Con poco cuidado tratais al colín. Podíais iros desde aquí á Camusac, si os agrada cabalgar sobre un oso ó cazar jabalíes por el rastro. Yo prefiero beber, dijo e

(1) Véase nuestro *Glosario*.

(2) Véase nuestro *Glosario*.

caballerizo; y diciendo esto, entraron en la sala baja, donde estaba toda la brigada, y contando lo sucedido les hicieron reir tanto, que parecía que se les iban á caer los bigotes.

CAPÍTULO XIII

De cómo Grandgousier conoció el espíritu maravilloso de Gargantua en la invención que hizo de un gran medio de limpiarse el culo.

Al final del quinto año Grandgousier, de vuelta de la revolución de los canarrienses (I), visitó á su hijo Gargantua. Fué recibido como debía serlo un padre de tal hijo, y besándolo y abrazándolo, le interrogó vanalmente sobre pueriles y diversas cosas. Bebió delante de él y de sus ayas, á las cuales con gran cuidado preguntó si le habían tenido siempre blanco y limpio. A esto respondió Gargantua que él había puesto tanto cuidado, que en todo el país había un muchacho más limpio.

—¿Cómo es eso?—preguntó Grandgousier.—Yo—replicó Gargantua—por larga y curiosa experiencia, he inventado un gran medio de limpiarme el culo, el más señorial, el más excelente, el más expeditivo.—¿Cuál?—volvió á preguntar Grandgousier.—Ahora os lo diré—contestó Gargantua.

(1) Véase nuestro *Glosario*.

Me limpié una vez con un lazo de terciopelo de una señorita y lo encontré muy bien, porque la blandura de la seda me produjo en el culo cierta voluptuosidad.

Otra vez con una caperuza de la misma y me ocurrió igual.

Otra vez con una pañoleta, otra con unas orejeras (1) de satén de carmesí; pero la dureza de unos bordados de mierda que tenían me desolló el trasero. ¡Que en el fuego de San Antonio (2) ardan la morcilla cular del orfebre que los hizo y la de la señorita que los llevó!

Este mal pasó limpiándome con un gorro de paje bien emplumado á la suiza.

Después, paseando por el bosque, encontré un cachorro de marta y con él me limpié; pero sus uñas me ulceraron todo el periné; de esto me curé al día siguiente, limpiándome con los guantes de mi madre, bien perfumados con benjuí.

Después me limpié con sauce, hinojo, aneta, mejorana, rosas, hojas de col, trozos de ladrillo, pámpanos, altea, verdasco, que es la escarlata del culo, lactuario y espinacas; con todo esto me gustaba restregarme las posaderas; hierba mercurial, persicaria, ortigas, consuelda... pero nada como la suavidad de la lombarda; muchas veces me la metía en la bragueta.

(1) Véase nuestro *Glosario*.

(2) Véase nuestro *Glosario*.

Me limpié también con sábanas, colchas, cortinas, con un cojín, un tapiz, un mantel, una servilleta, un moquero, un paño de peines, y en todo encontraba tanto gusto como el que da en los riñones cuando uno se los restrega.

—Veamos, pues — dijo Grandgousier — ¿cuál limpiaculos encuentras tú mejor?—En ello estoy — repuso Gargantua — y convendrás conmigo. Además me limpié con heno, con paja, con alfalfa, con borra de lana, de papel, pero

Siempre se deja mierda en los testículos
quien el culo se limpia con papel.

—¡Qué dices, niño!—exclamó Grandgousier.—
¡Estás borracho! ¡Veo que ya haces versos!

—¡Sí, ya los hago, mi rey—replicó Gargantua—
y rimando *sé peder*, escucha lo que dice nuestro
retretel (1)

Chiart.

Foyrart.

Pedart.

Brenous.

Tou lard.

Chappart.

Sespart.

Sus nous.

Hordous.

(1) Véase en el tomo VI nuestro *Glosario*.

Merdous.

Ergous.

Le feu de Saint Antoine tard.

Si tous.

Tes trous.

Esclous.

Tu ne torche avant ton depart.

—¿Queréis más todavía? ¡Venga!—respondió
Grandgousier.—Oye—dijo Gargantua.

RONDO

En chiant laultre hier senty
la guabelle qua mon cul dobiz.
Lodeur feut altre que cuydoys
en feus du tout empnanty.

¡Oh! si quelqunug eust consenty
mamener une quattendoys
en chiant!

Car je luy eusse assimenty
son trou durine á mon lourdoys
cependent queust avec ses doigz
mon trou de merde guarenty
en chiant.

Luego dirás que no sé nada; pero, por la mierda, que no los he hecho; los oí recitar á una gran dama de estas que aquí ves y los recogí en el bolsón de mi memoria.

—Volvamos—objetó Grandgousier—á nuestra conversación.

—¿Cuál?—preguntó Gargantua.—¿Cagar?—No

—replicó Grandgousier—, limpiarse el culo. ¿Te apuestas media pipa de vino de Bretaña á que no aciertas mi invención?—Con mucho gusto, contestó el padre.

—Pues—añadió Gargantua—no es preciso limpiarse el culo más que cuando en él hay porquería; no puede haberla sino cuando se ha cagado; cagar, pues, es lo primero para limpiarse el culo, y para limpiárselo bien, tener en él mucha mierda.

—¡Oh, muchachote—repuso el padre—, qué buen sentido tienes! Dentro de unos días te haré graduar doctor de la Sorbona. ¡Por Dios, que tienes más entendimiento que edad!

Conocido tu invento limpiaculativo, yo te admiro, y por mi barba, que en vez de media pipa, tendrás sesenta toneles y no de este buen vino bretón, que acaso en toda la Bretaña no podrían reunirse, sino del que hay en el gran país de Verona.

—Después me limpié—continuó Gargantua—con un gorro, un corbatín, una zapatilla, un bolsón, un cuchillo, ¡desagradable limpiaculos! Luego con un sombrero; notarás que los sombreros son unos lisos, otros con pelo, otros de veludillo, otros de tafetán, otros de satén; los mejores de todos son los de pelo, porque el pelo hace muy bien la abstensión de la materia fecal.

Luego con una gallina, con un gallo, con un

pollo, con la piel de una vaca, con una liebre, con un pichón, con un cuervo marino, con una toga de abogado, con un dominó, con una cofia, con un señuelo...

Para concluir, digo y sostengo que no hay limpiaculos como una cría de oca muy plumuda, porque mientras se usa se tiene su cabeza entre las piernas, y creedme por mi honor, se siente en el ojo del culo una voluptuosidad mirífica, tanto por la suavidad de su plumón como por la elevada temperatura del pájaro, que fácilmente se comunica á la morcilla cular y á los otros intestinos, hasta llegar á la región del corazón y el cerebro.

Y no creais que la dicha de los héroes y los semidioses que viven en los Campos Elíseos, está en su asphodelo, ambrosía ó néctar, como dicen las viejas de aquí. Está en que, según mi opinión, se limpian el culo con una oca. Tal opinión es también del maestro Juan de Escocia.

CAPÍTULO XIV

De como Gargantua fué Instruido por un sophista en letras latinas.

Después de lo referido, Grandgousier quedó admirado del alto sentido y maravilloso entendimiento de su hijo Gargantua, y dijo á su servidumbre:

Filipo, rey de Macedonia, conoció el buen sentido de su hijo Alejandro en que éste manejaba diestramente un caballo, porque el caballo era tan furioso y desenfrenado que ninguno se atrevía á montarlo; había lanzado á todos los jinetes, á uno dislocándole el cuello, á otro rompiéndole las piernas, á otro el cráneo y á otro las mandíbulas. Alejandro en el hipódromo (que era el lugar en donde paseaban y saltaban los caballos), advirtió que el furor de aquél provenía del miedo que le causaba su propia sombra; lo montó y le hizo correr frente al sol, de modo que la sombra cayera detrás, y por este medio hizo al caballo tan dócil como quiso.

En esto conoció su padre el divino entendimiento que tenía y lo hizo educar muy bien por Aristóteles, que por entonces estaba muy en estima entre los filósofos griegos.

Os aseguro que sólo en esta conversación que ahora delante de vosotros he tenido con mi hijo, conozco que su entendimiento participa de alguna divinidad; lo encuentro agudo, sutil, profundo y sereno, y puede llegar á soberano grado de sabiduría si se educa bien; por lo tanto, voy á entregárselo á un sabio para que lo vaya adoctrinando según su capacidad; no me repliquéis.

De hecho comenzó á enseñarle un gran doctor *sophista* llamado Thubal Holofernes, que le hizo aprender la cartilla, si bien la decía tergiversada,

antes de que tuviera cinco años y tres meses. Después le hizo estudiar el Donato, el Faceto, el Teodoro y el *Alanus in parabolis*; cuando supo esto contaba trece años, seis meses y dos semanas.

Es de notar que mientras tanto, aprendía á escribir con letra gótica y se escribía todos sus libros, porque aún no había imprentas.

Llevaba ordinariamente un gran cartapacio que pesaba 7.000 quintales; su pluma era grande y gruesa como las columnas de Enay, y el tintero, ceñido por fuertes aros de hierro, tenía tanta capacidad como un tonel de embalajes.

Después le enseñó el *De modis significandi* con los principios de Hurtebise, Fasquin, Tropditeux, Gualéhault, Iehan Le Veau, Billonio, Brelinguandus y otros muchos. Así pasó hasta cumplir dieciocho años y once meses.

Los aprendió tan bien que en los exámenes los decía de cabo á rabo y probó palmariamente á su madre que *De modis significandi non erat scientia*.

Luego le enseñó el *Cómputo*, y cuando tenía diecinueve años y dos meses, murió su preceptor.

En mil cuatrocientos veinte murió
del mal venéreo que le entró.

Después, otro viejo asmático llamado maestro Jobelin Bridé, le enseñó el Hugutio, el Hebrart, el Doctrinal, el *Quis est?* el *Supplementum*, el Mamotreto de *móribus in mensa servandis*, Séneca de

quatuor virtutibus cardinalibus, Pasavantus cum comento y Dormi secure para las fiestas; y muchas otras materias parecidas, con la lectura de las cuales quedó tan sabio como era antes de estudiarlas (1).

CAPÍTULO XV

De cómo fué entregado Gargantua á otros pedagogos.

En tanto su padre se apercibía de que, verdaderamente, estudiaba mucho y al estudio dedicaba todo su tiempo; pero nada aprovechaba, y probablemente se volvería loco, pues se mostraba siempre infatuado y vano. Se quejó á D. Felipe de Marays, virrey de Papeligosia, y éste dijo que más le valdría no aprender nada que aprender con tales libros y tales profesores, porque su saber no era más que necedad, y su ciencia, tonterías abastardadoras de los buenos y nobles espíritus y corruptoras de toda la flor de la juventud; para probar que tengo razón—decía—buscad cualquiera de los jóvenes de hoy que solo haya estudiado dos años; en caso de que no tenga más juicio, mejores palabras y más inteligencia que vuestro hijo, más mundo y mayor corrección, reputadme para siempre como un despreciable cerdo de Brenna.

(1) Véase nuestro *Glosario*.

Parecióle bien esto á Grandgousier y mandó que se efectuara la indicada prueba.

Por la noche, á la hora de cenar, el de Marays llegó con un paje suyo jovencito, natural de Villa Gongis, llamado Eudemón, tan peinado, tan vestido, tan alhajado, tan discreto, que más bien parecía un angelito que un hombre. Dirigiéndose á Grandgousier, le dijo:

—¿Véis este joven? Aun no tiene más que doce años; veamos si os parece que hay diferencia entre el saber de vuestros sesudos *mateólogos* del tiempo antiguo y el de los adolescentes de ahora.

Su presencia fué grata á Grandgousier y le mandó que hablase. Eudemón pidió permiso al virrey, su amo, y con el gorro en la mano, el rostro erguido, la boca roja y la mirada serena, se acercó á Gargantua; con modestia juvenil se arrojó á sus pies y comenzó á celebrar y alabar, lo primero, sus virtudes y buenas costumbres; lo segundo, su saber; lo tercero, su nobleza; lo cuarto, su belleza corporal, y después le exhortó dulcemente á reverenciar á su padre, que tanto se desvivía por educarle; por último, le rogó que se dignase recibirlo como el último de sus servidores, porque en aquel momento no pedía otro don á los cielos, sino la gracia de complacerle en cualquier servicio.

Sus palabras iban acompañadas por gestos tan adecuados, pronunciación tan clara, voz tan clo-

cuenta y lenguaje tan adornado y tan excelente latín, que mejor parecía un Graco, un Cicerón ó un Emilio de la antigüedad que un jovenzuelo del siglo aquél.

Toda la correspondencia de Gargantua fué ponerse á llorar como un ternero y taparse la cara con el gorro; tan posible fué arrancarle una palabra como sería arrancar un pedo á un asno muerto. Su padre se mostró tan encolerizado, que quiso matar al maestro Jobelin; pero el de Marays le rogó que por bien parecer no lo hiciera; y así moderó sus iras. Después encargó que le pagasen sus gajes, le dieran de beber teologalmente, y hecho esto, que se fuera con todos los diablos.

—Al menos—decía—ya no comerá más á mi costa, y si se muere, que su muerte sea como la del inglés (1).

Cuando Jobelin marchó de la casa, Grandgousier consultó al virrey qué preceptor recibiría; el virrey propuso á Ponócrates, que había sido el pedagogo de Eudemón, y determinaron marchar á París para ver á qué clase de estudios se dedicaban por entonces los jovenzuelos de Francia.

(1) Véase nuestro *Glosario*.

CAPÍTULO XVI

De cómo Gargantua fué enviado á París, del enorme jumento que le llevó y cómo se espantaba las moscas bovinas en la Beauce.

Por aquel tiempo, Fayoles cuarto, rey de Numidia, envió desde Africa á Grandgousier, una burra, la más grande, la más enorme que se vió por entonces y la más monstruosa (sabido es que el Africa produce continuamente cosas nuevas), porque era del tamaño de seis elefantes y tenía las pezuñas hendidas y divididas en dos como el caballo de Julio César, las orejas colgantes como las cebras del Languedoc y un cuernecillo en el cogote. Tenía el pelo de alazán tostado, entreverado de crenchas grises; su cola era horrible por su tamaño, pues era de gruesa como la torre de San Marcos de Langis. Su cuerpo se encuadraba sobre las patas como las cubas celladas de hierro sobre los muros.

Si de esto os maravillais, maravillaos más todavía de la cola de las ovejas de Scytia, que pesaba más de treinta libras y de los carneros de Syria, á los que fué preciso (si Tenaud no miente) ajustarles al culo una carreta para llevarla; tal era de larga y pesada. Seguramente no habréis visto una cola así, vosotros libidinosuelos rústicos.

La transportaron tres galeras y un bergantín hasta el puerto de Olona, en Thalmondys. Cuan-

do Grandgousier la vió, he aquí—dijo—lo más á propósito para llevar á París mi niño; montado en ella irá divinamente, y con seguridad que de allí volverá hecho un gran clérigo. ¡Si no fuera por las señoras bestias, todos viviríamos como curas! (1)

A los dos días, después de beber, como comprenderéis, tomaron el camino Gargantua, su preceptor Ponócrates y su acompañamiento; junto á ellos iba Eudemón el pajecillo; como el tiempo estaba templado y sereno, su padre le hizo calzarse botas blancas de vaca, de las que Babín llama brodequines.

Así, gozosamente, recorrieron largo camino, siempre de buen humor, hasta más abajo de Orleans, en donde había un extenso bosque de treinta y cinco leguas de largo y diez y siete de ancho, que era muy fértil y abundante en moscas bovinas y abejones, que fueron una verdadera desazón para las pobres burras, asnos y caballos; pero la borrica de Gargantua vengó bien todos los ultrajes perpetrados en ella y en todas las bestias de su especie por un medio contra el que no pudieron precaverse; tan pronto como entraron en el bosque y las moscas y abejones les libraron el asalto, enarboló su cola y los aplastó derribando y abatiendo todo el bosque: por derecho, á través, aquí, allá, acullá, á lo largo, á lo ancho, arriba y abajo,

(1) Véase nuestro *Glosario*.

tiraba los árboles como un segador las hierbas, de suerte que al final ya no hubo bosque ni abejones; todo quedó reducido á campo raso.

Gargantua tuvo con esto gran placer, y cuando concluyó dijo á su gente: Yo encuentro hermoso esto (*beau ce*). Desde entonces el país se llamó Beauce; más tarde se desayunaron con un bostezo y en memoria de esto, ahora todavía se desayunan bostezando los gentiles hombres del país, con lo cual se encuentran muy bien y escupen mucho.

Por fin, llegaron á París, en donde descansó dos ó tres días con su gente, echando sotabarba; después se bienquistó con algunos sabios y se acomodó para largo tiempo en la villa cuyo vino bebía.

CAPÍTULO XVII

Gargantua paga su bienvenida á los parisienses y roba las campanas de la Iglesia de Nuestra Señora.

Algunos días después, cuando ya hubieron descansado, visitó Gargantua la villa, y por todo el mundo fué visto con gran admiración, porque el pueblo de París es tan necio, tan bobo, tan idiota, que un tirititero, un santero, una mula con campanillas, un viejo en un carricoche, reúnen más gente que reuniría un buen predicador de los Evangelios. Tan moleestamente le perseguían que se vió obligado á refugiarse en las torres de la

iglesia de Nuestra Señora, y viéndoles desde allí á su alrededor, dijo á sus acompañantes:

—Creo que esos bribones quieren que les pague aquí mi bienvenida y mi *proficiat*. Es de razón y les voy á dar de beber, pero sólo para reirme de ellos.

Sonriendo, desató su hermosa bragueta, y sacando al aire su miembro viril, meó con tal fuerza y en tal cantidad, que ahogó á 260.418, sin contar las mujeres ni los niños.

Un buen número evadió la riada, gracias á la ligereza de sus piernas, y cuando estuvieron en el alto de la Universidad, sudando, tosiendo, gargajeando, comenzaron á renegar y á jurar los unos con verdadera rabia, los otros muertos de risa. ¡Caramba, camaradas!—decían.—¡Por mi santo que nos han bañado *para risa* (1). Desde entonces la villa se llamó París, pues antes, como dice Strabón (libro IV), se llamaba Lutecia, que en griego significa blancura, por los blancos muslos de las mujeres de dicho lugar.

Después siguieron jurando cada uno por el santo de su parroquia.—Los parisienses, que son hechura de todos los pueblos, son por naturaleza buenos juradores, buenos juristas y un tanto descreídos—de donde deduce Juan de Barranco, (*Libro de copiositate reverentiarum*) que se llaman

(1) Véase nuestro *Glosario*.

parisienses, en griego *Parrhesiens*, esto es *fieros en hablar*.

Gargantua, luego de estas cosas, reparó en las enormes campanas que había en dichas torres, y las hizo sonar armoniosamente, por lo que le vino á la imaginación que servirían muy bien de campanillas colgadas al cuello de su borrica, pues trataba de devolvérsela á su padre cargada de quesos de Brye y de arenques frescos. Resuelto á ello, se las llevó á su casa.

Encontró allí al demandadero de San Antonio que había llegado haciendo su acostumbrada requisa de jamones, y para darse á conocer de lejos y hacer temblar el lomo de los cerdos y los carneros, quiso encargarse de transportarlas furtivamente; pero por vergüenza las dejó, no porque fueran pesadas, aunque sí un poco difíciles de conducir. Este demandadero no era el de Bourg, que es muy amigo mío.

Toda la villa se levantó en sedición; ya sabéis que esto es aquí tan fácil, que las naciones extranjeras se admiran de la paciencia de los reyes de Francia, quienes por compasión no refrenan ni castigan, y de aquí las algaradas que todos los días surgen. Si Dios quisiera darme á conocer el sitio en donde se traman estos cismas y conspiraciones, yo metería en ciudadano á los cofrades de tal parroquia. El lugar en donde se reunió el pueblo impaciente y furioso fué Nesle, en donde en-

tonces—hoy ya no—estaba el oráculo de Lutecia, y allí trataron el caso y mostraron su disgusto por el robo de las campanas.

Después de haber argüido bien *pro et contra* concluyeron en *baralipton*, que el más viejo y capaz de la Sorbona visitara á Gargantua para convencerle de que había obrado muy mal, apoderándose de las campanas, y no obstante la resistencia de algunos doctores, quienes alegaban que esta comisión competía más bien á un orador que á un sophista, fué elegido para desempeñarla nuestro maestro Iannotus de Bragmardo.

CAPÍTULO XVIII

Cómo Iannotus de Bragmardo fué enviado para recobrar de Gargantua las campanas.

El maestro Iannotus, rapado á la cesarina y cubierto con su chaperón á la antigua, bien confortado su estómago con carne de membrillo y agua bendita fresca, se trasladó á casa de Gargantua llevando delante tres bedeles con rojas dalmáticas y detrás cinco ó seis doctores rígidos, elegidos á propósito para el caso. Viólos Ponócrates y tuvo miedo al contemplar su facha, pues pensó que eran ó máscaras ó locos.

Un poco repuesto, se acercó á uno de los rígidos doctores y le dijo: ¿Qué buscáis en esta mora-

da? A lo que le contestaron que pedían las campanas.

Enterado Ponócrates, trasladó la petición á Gargantua para que la contestara y resolviera lo que se debía hacer; éste, advertido ya de lo que sucedía, llamó aparte á Ponócrates, su preceptor; á Filotimo, su mayordomo; á Gimnasta, su escudero, y á Eudemon, su paje, y sumariamente conferenció con ellos sobre lo que debían hacer y contestar.

Por unanimidad dispusieron que se les llevase á la bodega y se les hiciera beber rústicamente; mientras tanto, para que el asmático maestro no se vanagloriara por haber recobrado las campanas, se requeriría al preboste de la villa, al rector de la facultad y al vicario de la iglesia, á quienes después de que el sophista hiciera su petición, entregaría las campanas, haciendo al efecto una hermosa arenga.

Cuando los mencionados llegaron y todo estuvo dispuesto, hicieron entrar á la comitiva, y Bragmardo pronunció el discurso que á continuación se transcribe.

CAPÍTULO XIX

La arenga que el maestro lanotus Bragmardo dirigió à Gargantua para recobrar las campanas.

¡Ejeeem, ejem, ejem! *Bona dies*, señor, *bona dies* y *bobis*, señores. No haríais más que lo debido con devolvernos las campanas, porque nos son muy necesarias. ¡Ejem, ejem, aaschiss! En muchas ocasiones hemos rehusado muy buen dinero de los de Londres y Burdeos que querían comprarlas por la substantífica cualidad de la complexión elementaria que está introducida en la terestridad de su materia esenciativa, para extrañarizar los halos y las trombas que nos sobrevengan, que aunque no caigan verdaderamente sobre nosotros, así se dice, porque si perdiéramos el vino, lo perdiéramos todo; el sentido y la ley.

Si por mi palabra nos devolvéis nuestras campanas, yo ganaré con ello diez palmos de salchicha y un buen par de calzas que les vendrán muy bien á mis piernas. ¡Ay, por Dios *Dómine*, un par de calzas es cosa buena, *et vir sapiens non abhorrebit eam*! Pero sospecho que no hay par de calzas que valga, aun cuando estoy haciendo todo lo que puedo. Atenedme, *Dómine*: hace dieciocho días que estoy matagrobelizando (1) esta hermosa

(1) Véase nuestro *Glosario*.

arenga. *Reddite que sunt Césaris Cesari et que sunt Dei, Deo. Ibi iacet lepus.* Dignaos. *Domine, cenar conmigo in cámara, por el corazón de Dios, charitatis, nos faciemus bonum cherubin. Ego occidi unum porcum et ego abeo bonum vino;* pero de buen vino nadie puede hacer mal latín. Ahora, pues, *de parte Dei date nobis campanas nostras.* Tomad; yo os regalo en nombre de la Facultad estos sermones de Utino, que *utinam* vos nos daréis nuestras campanas. *¿Vultis etiam dárnoslas? Per Deo vos habebitis et nihil payabitis.*

¡Oh señor! *Domine campanedonaminor nobis.* ¡Diosa! *Est bonnum urbis.* Todos se sirven de ellas. Si vuestra borrica se encuentra bien, lo mismo sucede á nuestra Facultad, *que comparata est iumentis insipientibus, et similis facta est eis.* *Psalmo nescio quo,* si no me equivoqué al tomar nota. ¡Ejem, ejem, ejem!

Ahora os probaré que debeis devolvérmelas. *Ego sic argumentor. Omnis campana campanabilis, in campanario campanando, campanam campanatio, campanare, facit campanabiliter campanantes. Parisius habet campanas. Ergo gluc.* ¡Ajá, ajá, ejem! Esto está dicho; está dicho *in tertio prime*, en *Darii* ó en otros sitios. Por mi vida que en otros tiempos hacía yo argumentos como diablos; pero ahora no hago más que resudar y no me agrada más que el buen vino, sentarme á la mesa, acercar la espalda al fuego, tener buena cama y la escudilla

muy grande. ¡Ah, *Domine*, yo os ruego *in nomine Patris et Fili et Spiritus Sancti*, Amén, que nos devolvais nuestras campanas y Dios os guarde de mal y Nuestra Señora de salud, *qui vivit regnat per omnia saecula saeculorum*, Amén. ¡Ejem, hasch, haschaas, gorramejem!

Verum enim vero, quando quidem, dubio procul, Edepol quoniam, ita, certe, meus deus fidius, un pueblo sin campanas es como un ciego sin bastón, un burro sin cabezadas ó una vaca sin cencerro. Hasta que nos las devolvais, no cesaremos de gritar en vuestra presencia, como un ciego que ha perdida su báculo, de rebuznar como un burro sin cabezadas, y de bramar como una vaca sin cencerro. Cierta latinizador, que vivía junto al Hospital, dijo una vez, apoyándose en la autoridad de Taponus (yo sé que era Pontanus), poeta secular, que deseaba que fueran de pluma y tuvieran por badajo una cola de zorro, porque ellas mismas le sugirieron *La crónica á las tripas del ciervo*, cuando componía sus versos carminiformes; pero patatín, patatán, marcha, torna, vuelve, fué declarado hereje; nosotros las haríamos de cera.

Y nada más dijo el deponente. *Valete et plaudite Calepinus recensui.*

CAPÍTULO XX

Cómo llevó el sophista su paño y el pleito que tuvo con los otros maestros.

No bien hubo concluído el sophista, cuando Ponócrates y Eudemón se desclavijaron de risa, hasta el extremo de ponerse á punto de entregar su alma á Dios, ni más ni menos que Craso, viendo un burro gualdrapado, que comía cardos, y como Filemón, que murió de risa por ver á un asno que se comía los higos preparados para su postre en una bandeja de plata. Junto á ellos comenzó también á reir el propio Ianotus, para disimular las lágrimas que anegaban sus ojos por efecto de la ruda compresión hecha en su masa cerebral, de la que fueron exprimidas estas humedades lagrimales y trasvasadas á los nervios ópticos. En tal situación era Demócrito, heraclitizando á Heráclito democritizando.

Cuando se fueron aplacando estas risas, consultó Gargantua con los suyos lo que procedía hacer y dijo Ponócrates que lo primero, dar más vino al gran orador, y visto que les había proporcionado un gran pasatiempo, y hécholes reir más que Son-

ge Creux (1), regalarle después los diez palmos de salchicha, mencionados en el delicioso discurso, el par de calzas, trescientos leños, veinticinco azumbres de vino, una cama con tres colchones de pluma de ánsar y una escudilla muy grande, todo lo cual, á su entender, le era muy necesario para poder ir conllevando su vejez.

Todo se hizo como dijo el preceptor, excepto lo de las calzas; Gargantua, dudando de encontrarlas hechas á la medida y dudando asimismo cómo le vendrían mejor al orador ilustre, si á la martingala, que tienen un puente levadizo sobre el culo para defecar cómodamente, á la marinera, para mejor arropar los riñones, ó á la suiza, para tener caliente la barriga, le regaló siete varas de paño negro y tres de blanco, para los dobladillos. Los ganapanes llevaron la leña, los doctores la salchicha y la escudilla; el maestro Ianotus quiso llevar el paño; pero uno de los doctores llamado José Baudouille, le advirtió que aquello no convenía ni era decente á su condición, por lo que debía entregarlo á uno de sus acompañantes. ¡Ah—exclamó Ianotus—tontito, tontito! Tú no arguyes *in modo et figura*. He aquí de lo que sirven las proposiciones *parva logicalia*: *Ponnus pro quo supponit? Confuse*—replicó Baudouille—*et distributive*.—No te pregunto, tonto, volvió á decir el primero, *quo*

(1) Véase nuestro *Glosario*.

modo supponit, sino *pro quo*, esto es, necio, *por tibiis meis*, y por esto he de llevarlo yo, *egomet sicut suppositum portat adpositum*. Y lo llevó oculto, como Patelín (1).

Lo más notable ocurrió cuando el asmático se presentó triunfante al Claustro, constituido en sesión plena, para pedir sus calzas y sus salchichas, que en el acto le fueron denegadas, por haberlas obtenido de Gargantua según información que hubo de practicarse. Replicó él que aquello lo había obtenido á título gratuito y de su liberalidad, por cuyo motivo no les absolvía de sus promesas. No obstante, determinaron que se conformara con tener razón, ya que de allí no habría de alcanzar otra recompensa. ¡Razón!—exclamó Ianotus.—Eso entre nosotros nunca se usa. ¡Infelices desgraciados! No valéis para nada. En la tierra no hay hombres más malvados que vosotros; bien dice el refrán: no busques mendrugos en cama de galgos; y donde hay tunos no campan pillos; pero yo he sido más pícaro que vosotros. Por mi nombre, que he de dar cuenta al rey de los enormes abusos que aquí se forjan y se manejan, y, que me vuelva ladrón, si no os hace quemar como á judaizantes. ¡Trastos heréticos y corruptores! ¡Enemigos de Dios y de la virtud!

Contestando á estas palabras, pronunciaron ar-

(1) Véase nuestro *Glosario*.

tículos contra él: él les replicó, y el proceso fué remitido al Tribunal en donde todavía está. Los Magistrados hicieron voto de no ocuparse del asunto; el maestro Ianotus lo hizo con sus compañeros de no mosquearse hasta que se pronunciara la sentencia definitiva. Como estos votos duran aún, el proceso sigue archivado y el Tribunal no ha podido examinar sus folios. La sentencia se dictará en las próximas calendas griegas, que, como sabéis, son después del fin del mundo y contra las constituciones de la naturaleza; las constituciones de París, cantan que sólo Dios puede hacer cosas infinitas; la Naturaleza nada puede crear inmortal porque ella misma pone fin á cuanto produce. *Omnia orta cadunt*, etc.

Estos devoradores de futesas, entablan y sostienen los pleitos infinitos é inmortales; ellos, sin duda, dieron lugar al dicho tan verdadero de Chilon de Lacedemonia, consagrado en el templo de Delphos: «La miseria es compañera de los pleitos, y los pleitistas son unos miserables.» Casi siempre alcanzan éstos antes el fin de su vida que el derecho pretendido.

CAPÍTULO XXI

El estudio de Gargantua según la disciplina de sus preceptores sofistas.

Pasados los primeros días y devueltas á su sitio las campanas, agradecidos los vecinos de París, ofrecieron mantener la borrica dándole de comer todo lo que quisiera, y como Gargantua asintió gustoso, la enviaron al bosque de Biere de donde creo que no ha salido todavía.

Hecho esto, determinó estudiar con todos sus alientos bajo la dirección de Ponócrates; pero este le ordenó que al principio siguiera haciendo todo lo que tuviera costumbre, con el objeto de ver por qué medio en tan largo tiempo sus antiguos preceptores le habían hecho tan fatuo, necio é ignorante. Dispuso, pues, de su tiempo, en la forma ordinaria, comenzando por levantarse de ocho á nueve, fuese ó no de día porque así se lo habían dicho sus anteriores maestros, alegando que dijo David: *Vanum est vobis ante lucem surgere*.

Después se estiraba, pataleaba y se revolvía en la cama para combatir su pereza animal; se vestía según el tiempo y las circunstancias; ordinariamente llevaba un ropón de lana gruesa forrado de piel de zorro; se peinaba con el peine de Alemania, que consta de cuatro dedos y el pulgar, por-

que sus preceptores le dijeron que peinarse de otro modo, lavarse y acicalarse, era perder el tiempo. Defecaba, meaba, hacía gárgaras, regoldaba, pedía, bostezaba, gargajeaba, tosía, suspiraba y estornudaba; se desmocaba ruidosamente, esto es, á lo archidiácono, y se desayunaba para combatir el reseco y el flato con hermosas morcillas fritas, chuletas asadas, jamón, aves y succulentas sopas monjiles. Ponócrates le aconsejó que no hiciera comidas tan fuertes al levantarse de la cama y le recomendó que antes practicara algún ejercicio.—¿Qué más ejercicio—contestaba Gargantua—si ya he dado seis ó siete vueltas en el lecho antes de levantarme? ¿No es esto bastante? El Papa Alejandro hacía lo mismo por consejo de su médico judío y vivió hasta el día de su muerte, á despecho de los envidiosos. Mis primeros maestros me acostumbraron así; porque según ellos, el desayuno cría buena memoria, y empezaban el día bebiendo; yo me encuentro fuerte y bien, aunque como mucho, y así he de seguir. Además, me dijo el maestro Thubal, que se licenció en París, que no está toda la ventaja en correr mucho, sino en partir temprano; así, no radica la salud total de la humanidad en beber mucho como los perros, sino en beber de mañana, *unde versus*.

Si bien el madrugar no es conveniente
el beber de mañana es excelente.

Después del desayuno se marchaba á la iglesia

con un breviario encuadrado, que pesaba poco más ó menos once mil quintales y seis libras. Allí oía veinte ó treinta misas, hasta que llegaba su maestro de ceremonias, muy bien empaletocado y perfumado el aliento con jarabe de uvas.

Aunque revolvía todos sus kiries, tan curiosamente los manejaba que ni uno dejaba caer en tierra. Al salir de la iglesia, una carreta de vacas le conducía al convento de los padres de San Claudio, todos ellos lucios y gordos, y allí se paseaba por los claustros, las galerías y el jardín en donde había nada menos que diez y seis ermitas.

Después estudiaba media hora escasa, y aunque sus ojos estaban sobre el libro, como decía el cómico, su alma estaba en la cocina.

Meando antes, según prescripción oficial se sentaba á la mesa, y como por naturaleza era flemático, empezaba su comida con algunas docenas de jamones, lenguas de vaca ahumadas, botargas, morcillas y varios cueros de vino; mientras tanto, cuatro de sus criados le echaban en la boca uno tras otro continuamente, paladas de mostaza; bebía luego un enorme vaso de vino blanco para preparar el estómago y empezaba su comida, que variaba según el tiempo, y cesaba cuando ya no podía con el vientre. Para beber no tenía punto, fin, ni canon; decía que para una persona el límite de la bebida llega cuando la liga de las pantuflas se afloja en la mitad del pie.

CAPÍTULO XXII

Los juegos de Gargantua.

Después, mascullando pesadamente la última tajada, enorme como todas, se lavaba las manos en vino puro, se escarbaba los dientes con un pie de cerdo y platicaba gozoso con su servidumbre para marchar luego á solazarse en la pradera ó á entretenerse con las cartas, los dados ó los tableros, pues sabía jugar:

A la flor.—Al tute.—Al pim pim.—Al ton ton.—Al triunfo.—A los alfileres.—Al debajo debajo.—Al escondite.—Al descontento.—Al engañado.—A los diez pasos.—A la treinta y una.—A los pares.—Al trescientos.—A la desgraciada.—A la condenada.—A la carta vuelta.—A la descontenta.—Al sacanete.—Al coco.—Al tran, tran, quién.—Al corre que te pillo.—A los novios.—Al ¡ay, ay, ay!—A la opinión.—A la venga.—Al hoyuelo.—Al tarot.—Al ganapierte.—Al repelón.—A los triúqueles.—A la ronda.—A la broma.—A los soldados.—A la morra.—A las cuatro esquinas.—Al zorro.—A las marcas.—A las vacas.—A la lotería.—Al tric trac.—Al ñiqui ñaque.—A los tres dedos.—A la garza.—A la rayuela.—Al tres en raya.—A las damas.—A la carta forzada.—Al abejorro. A primeros y segundos.—A la llave.—

A paticojuelo.—A pares ó nones.—A cruz ó cara.—A las caras.—A las prendas.—A la pelota.—A la sabatina.—A los caballitos.—A los bolos.—Al borriquito de San Vicente.—A la una andaba la mula.—Al rebaño.—A las comidillas.—A tripa con tripa.—Al Santo encuentro.—Al truco.—A la comba.—A la gresca.—Al esconde cucas.—Al palo.—Al Santo Macarro,—Al burro muerto.—A las papirotadas (1).

Después de haber jugado, saltado y triscado bastante, era necesario beber un poco, esto es, un jarro por cabeza, y después *banquetear*; es decir, sobre un hermoso banco, sestear y dormir dos ó tres horas sin pensar mal ni maldecir. Cuando despertaba, se escarbaba un poco las orejas mientras le traían vino puro, y entonces bebía más que en ninguna otra ocasión.

Ponócrates le advirtió que era muy malo beber enseguida de dormir, y le replicó Gargantua: —Esta es la verdadera vida de los Padres, y así he conseguido tener mucha grasa en la espalda y echar buenos jamones.

Luego estudiaba un poco y se iba á rezar; para hacerlo mejor, montaba en una mula vieja que había servido á nueve reyes, y así, rezungando y meneando la cabeza, se marchaba á cazar conejos femeninos.

(1) Véase nuestro *Glosario*.

A la vuelta iba derecho á la cocina para enterarse de la cena que le preparaban.

Y á fe mía que cenaba bien; muchas veces convidaba á algunos vecinos suyos buenos bebedores, y bebiendo de sobremesa, se contaban viejas historias y recientes noticias.

Entre otros, tenía por contertulios á los señores de Fou, Gourville, Grignault y Marigny.

Después de cenar salían á plaza los evangelios de madera, esto es, los juegos de damas y aquellos bolsas-flojas, jugando, y entre colaciones y colaciones, le acompañaban un rato. Luego dormía sin despertar hasta el día siguiente á las ocho.

CAPÍTULO XXIII

Cómo Gargantua fué sometido por Ponócrates á una disciplina tal, que no perdía una hora en todo el día.

Cuando Ponócrates vió la viciosa manera de vivir de Gargantua, determinó educarlo bien: pero los primeros días fué tolerante, porque la Naturaleza no aguanta sin violencia los cambios repentinos.

Para comenzar mejor su obra, llamó á un sabio médico, el maestro Teodoro, á fin de que le dijera si era posible someter á Gargantua á nueva vida; el médico lo purgó canónicamente con eléboro de Anticyre, y con este medicamento le limpió el ce-

rebro de alteraciones y perversas costumbres; por este medio, también Ponócrates le hizo olvidar todo lo que había aprendido con sus antiguos profesores, como hacía Timoteo con los discípulos que, antes de llegar á él, se habían instruído con otros músicos.

Hecho esto, lo rodeó de algunos sabios que allí había, para por medio de la emulación, infundirle espíritu y deseo de estudiar de otra manera y hacerse valer.

Después lo sometió á tal plan de estudio que no perdía una hora en todo el día y empleaba en educarse todo su tiempo. Se levantaba poco más ó menos á las cuatro de la mañana; mientras se aviaba, le leían una página de la Sagrada Escritura, alta y claramente, con pronunciación y entonación adecuadas á la materia; de esto estaba encargado un pajecillo de Basché, llamado Anagnostes. Por efecto del sentido y argumento de la lección, muchas veces se arrodillaba á reverenciar, adorar y rogar al gran Dios, cuya majestad y maravilloso ingenio se revelaba en aquella lectura.

Luego iba al lugar secreto para hacer excreción de las materias fecales; allí su preceptor le repetía cuanto le habían leído y le explicaba los puntos oscuros y difíciles. Al volver miraban el estado del cielo, para ver si había cambiado desde la tarde antecedente, y observar en qué signos entraban el sol y la luna.

Hecho esto, se lavaba, se peinaba, se acicalaba y se perfumaba, mientras Ponócrates le repetía las lecciones del día anterior; él mismo las decía muchas veces de carrerilla y presentaba casos prácticos, sobre los que discutían con frecuencia dos y tres horas; pero la discusión cesaba de ordinario cuando estaba por completo ataviado. Luego lo sometían á nueva lectura por espacio de tres horas largas.

Después salían, y sin dejar de discutir, se iban á Bracque (1), y allí jugaban á la pelota, ejercitando así saludablemente el cuerpo como antes habían ejercitado el espíritu; dejaban la partida cuando lo creían conveniente: en general, cuando sudaban por todo el cuerpo ó se sentían fatigados; una vez que se hallaban enjugados y secos, cambiaban de camisa, y paseando despacio, se acercaban á ver si la comida estaba dispuesta, mientras tanto, se citaban con claridad y elocuencia los principios aprendidos de la lección.

En esto, llegaba nuestro señor el apetito, y haciéndole los debidos honores, se sentaban á la mesa, mientras empezaba la comida, se leía alguna historia agradable de añejas proezas, hasta que llegaba el vino; entonces unas veces seguían leyendo y otras conversaban regocijados acerca de las virtudes, propiedades, naturaleza y eficacia de

(1) Véase nuestro *Glosario*.

cuanto les iban sirviendo: pan, vino, agua, sal, carnes, pescados, frutas, hierbas, raíces, etc., aduciendo citas oportunas de Plinio, Atheneo, Dioscorides, Julius Pollux, Galeno, Porfirio, Opian, Polivio, Heliodoro, Aristóteles, Elian y otros. Después, para comprobar los pasajes citados, hacían traer los libros á la mesa, y tan bien retenía estas cosas en la memoria, que seguramente no había por entonces un médico que supiese de ellas la mitad que Gargantua. Después repasaba las lecciones de la mañana; terminaba la refacción con alguna confitura, se limpiaba los dientes con un trozo de lentisco y daba gracias á Dios en bellos cánticos hechos en alabanza de la munificencia y benignidad divinas.

A continuación se traían las cartas, no para jugar, sino para aprender pequeñas gentilezas y combinaciones, basadas todas sobre las matemáticas; así le iba entrando afición al estudio de la ciencia numeral y con la baraja y los dados pasaba, después de comer ó cenar, un rato muy agradable, llegando así á ser tan docto en teoría y práctica, que Tunstal, el inglés que tan extensamente había escrito de esto, confesó que al lado de Gargantua era niño de teta en aritmética, y no sólo en esto, sino en las demás ciencias matemáticas, como Geometría, Astronomía y Música; porque para hacer la digestión de la comida construían mil preciosos instrumentos y figuras geométricas

y platicaban sobre los principios y las leyes de la Astronomía. Se recreaban luego cantando, conforme á las reglas del arte, cuatro ó cinco piezas musicales ajustadas á la textitura de su garganta; á la vez aprendía á tocar el laúd, el arpa, la flauta alemana de nueve llaves, la viola y el trombón.

Pasado este tiempo, terminada la digestión y eliminados los naturales excrementos, se dedicaba á su estudio principal, durante tres horas seguidas, en las que repetía la lectura matinal ó escribía para ir aprendiendo á formar letras antiguas y romanas.

Luego se iban lejos de casa con un gentilhombre de Turena, el escudero Gimnasta, que le enseñaba el arte de cabalgar; cambiando antes de vestidos, montaba en un corcel, en un rocín, en una yegua, en un caballo tordo ó en un caballo ligero y le daba cien carreras, haciéndole voltigear en el aire, franquear fosos, saltar empalizadas y dar vueltas á un círculo á la derecha y á la izquierda. Allí, no rompía una lanza, porque es la mayor tontería del mundo decir: «He roto diez lanzas en el torneo ó en la batalla»; esto un carpintero lo haría bien; mejor gloria será siempre romper una ó diez lanzas de los enemigos. Con su lanza, pues, acerada, verde, pesada y dura, rompía un muro, atravesaba un arnés, acanalaba un árbol ó clavaba un carnero; todo esto lo hacía armado de punta en blanco.

Si se trataba de presumir y hacer monerías sobre un caballo, nadie lo hacía mejor que él; el voltigeador de Ferrara era un pavo en su comparación. Estaba aprendiendo á saltar vivamente de un caballo á otro sin tomar tierra—llamaba á éstos caballos de cambio;—montaba sin estribos por cualquier lado con la lanza en la mano y guiaba sin brida, á su gusto, porque todas estas cosas se hallan establecidas por la disciplina militar.

Otras veces se ejercitaba con el hacha, y tan bien la blandía en todos los sentidos, que fué reconocido como maestro en su manejo; luego cogía la pica, la espada de dos manos, la bastarda, la española, la daga ó el puñal; y armado ó desarmado, á cuerpo ó con capa, la esgrimía divinamente.

Corría jabalíes, ciervos, lobos, corzos, gamos, liebres, perdices, faisanes y avutardas.

Jugaba al balón y le hacía dar vueltas en el aire tan pronto con el pie como con la mano.

Luchaba, corría, saltaba, no á tres pasos, ni á paticojuelo, ni en terreno llano, porque decía Gimnasta que tales saltos son inútiles y no tienen aplicación á la guerra, sino que salvaba fosos, subía á la copa de las hayas, montaba en una muralla y gateaba á una ventana á la altura de una lanza.

Nadaba en agua profunda, por derecho, contra corriente, de costado, boca arriba, con sólo los pies, con sólo las manos; con una mano fuera sos-

teniendo un libro recorría toda la ribera del Sena sin mojarlo, y pasando sus hojas con los dientes, como hacía Julio César; después se asía fuertemente á un navío; desde cubierta se tiraba de cabeza y sondeaba el fondo, buceaba en las orillas y desaparecía en los abismos y en los remansos. Volvía al bajel, lo dirigía virando rápidamente ó con lentitud, á favor del agua ó contra corriente; con una mano guiaba el timón y con la otra manejaba un gran remo, tendía la vela, pasaba con precisión bajo los puentes, se adelantaba á las barcas, ajustaba la brújula, contrarrestaba las bolidas y prescindía del timón.

Al salir del agua subía rápidamente y sin fatiga á las montañas, ganaba los árboles como los gatos, saltaba de uno á otro como las ardillas y abatía las robustas ramas como un nuevo Milo. Con dos puñales acerados y dos punzones de buena punta corría por los tejados de las casas como un ratón; después bajaba con tal dominio de sus músculos que nunca resbalaba ni caía. Tiraba el dardo, la barra, la javelina, la piedra, la alabarda; manejaba el arco, doblaba las ballestas más fuertes, se echaba á la cara el arcabuz, enfilaba el cañón y tiraba al blanco ó á los papagayos de alto abajo, de bajo á alto, de frente, de costado y por detrás, como los Parthos.

Se le ataba un cable á una torre y al suelo y por él trepaba con las dos manos y luego bajaba rápi-

da y seguramente como podría pasear por un prado. Se le ponía un palo entre dos árboles y por él corría de modo que no se le veían los pies.

Para desarrollar el tórax y el pulmón, gritaba como todos los diablos; yo le oí una vez desde más allá de San Víctor, que llamaba á Eudemon desde Montmartre. Stentor no tuvo una voz tan fuerte en la batalla de Troya.

Para temperar los nervios tenía dos enormes pesas de plomo, de ocho mil setecientos quintales cada una, á las que llamaba «mis juguetes»; levantaba cada una en una mano hasta más arriba de su cabeza, y allí las tenía durante más de tres cuartos de hora, lo cual significaba una fuerza sin ejemplo.

Después de empleado así el tiempo, volvía á lavarse, peinarse y mudarse de ropa, y paseaba por prados ú otros lugares herbíferos, fijándose en los árboles y en las plantas y comprobando en ellos los escritos de Teofrasto, Diocórides, Marino, Plinio, Nicandro, Macer y Galeno. Las cogían á montones y se las llevaba á casa un paje llamado Rhizótomo, con las hoces, palas, azadones, hachas y otros instrumentos necesarios para herborizar bien.

Ya en casa, repetían pasajes de la lectura mientras se disponía la cena y se sentaban á la mesa. Es de notar que su comida era sobria y frugal, porque sólo comía para refrenar los ladridos del estómago; en cambio la cena era copiosa y larga,

porque en ella tomaba todo lo necesario para entretenimiento y nutrición de su organismo. Este es el verdadero régimen prescrito por la buena y seria medicina, aunque una porción de médicos badulaques, enloquecidos en la oficina de los sophistas aconsejan lo contrario.

Durante este yantar continuaba la lectura de por la mañana mientras les era grata; después hablaban de ciencia y cosas útiles. Dadas gracias á Dios se ponían á cantar y tocar, ó se entregaban á los indicados pasatiempos de las cartas; después pasaba el rato reposando ó divirtiéndose alegremente hasta la hora de dormir. Algunas veces asistían á las tertulias de los literatos ó de los personajes que acabaran de llegar del extranjero.

En plena noche, antes de acostarse, salían á cualquier lugar descubierto á ver el aspecto del cielo; miraban los cometas si alguno se divisaba, las figuras, las situaciones y las conjunciones y oposiciones de los astros.

Después recapitulaba brevemente con su preceptor todo lo que había leído, visto, aprendido, hecho y oído durante el día, según práctica de los pitagóricos.

Así, rogando al Dios Creador, adorándolo, rati ficándole su fe, glorificando su inmensa bondad, y dándole infinitas gracias, se encomendaban á su divina clemencia para el porvenir y se iban á buscar el reposo.

CAPÍTULO XXIV

**Como empleaba Gargantua sus horas en los días
lluviosos.**

Si venían días fríos ó lluviosos, antes de comer empleaban las horas en la forma ordinaria, salvo que encendían una gran hoguera para templar la atmósfera. Después de comer, en lugar de los ejercicios mencionados, permanecían en casa dedicados á recreos higiénicos (apoterapia), agavillaban heno, serraban madera ó segaban hierba en la granja. Después practicaban la pintura y la escultura, ó el antiguo juego del astragalo, tal como lo describió Leonicus y como hoy lo entiende, muy bien por cierto, nuestro buen amigo Lascaris. A la vez recordaban los pasajes antiguos en que de este juego se hace mención ó ideaban sobre él alguna metáfora.

Iban también con frecuencia á ver como se trabajaban los metales, ó cómo se fundían los cañones. Visitaban á los lapidarios, orfebres y talladores ó pulimentadores de piedras; á los alquimistas y monederos; á los tejedores de seda y terciopelo, á los relojeros, matizadores, impresores, constructores de órganos, tintoreros y otra clase de artesanos, á los que obsequiaban con vino, y ellos en

cambio les enseñaban las particularidades de su oficio.

Acudían después á oír las conferencias públicas, los actos solemnes, las recepciones de maestros y doctores, las declamaciones, los discursos de los buenos abogados y las prácticas de los predicadores.

Entraban en las salas de esgrima y tiraba á todas las armas contra los profesores, demostrándoles experimentalmente que sabía más que ellos.

En vez de herborizar, visitaban las tiendas de los drogueros, herbolarios y boticarios, y en ellas examinaban cuidadosamente los frutos, raíces; hojas, mucílagos, simientes y aceites esenciales y la forma y modo de hacer las preparaciones.

Iban á ver los tamborileros, malabaristas y juglares; y se fijaban en sus gestos, en sus astucias, en su desenvoltura y facilidad de hablar, especialmente los de Channy de Picardía, que son muy diestros y grandes decidores de cuchufletas.

Volvían á cenar y lo hacían más sobriamente que los demás días y con alimentos más secos y más digestibles, tanto para neutralizar la humedad que la atmósfera comunicaba á su cuerpo, como para no caer en indigestión por haber hecho menos ejercicio que de ordinario.

Sometido Gargantua á este régimen, que ya no se alteró, llegó á educarse como con él puede hacerlo un joven de edad competente y buen senti-

do. Al principio hubo inconvenientes y dificultades; pero después, lo encontró tan dulce, ligero y agradable, que más bien le parecía el pasatiempo de un rey que el estudio de un escolar.

Para no sostener continuamente esta tensión de espíritu, elegía Ponócrates todos los meses un día claro y sereno, en el cual salían de la villa muy de madrugada y se iban á Gentilli, Bolonia, Montrou-se, Charenton, Vannes ó Sant Cloud. Allí pasaban en completo recreo la jornada, después de haber escogido un sitio á propósito para divertirse, y bromeaban, se regocijaban, bebiendo de tiempo en tiempo, jugaban, cantaban, danzaban, voltigeaban en algún prado, tiraban piedras y pescaban anguilas y cangrejos.

Pero aunque pasaban el día lejos de las lecturas, no lo pasaban sin provecho, porque recordaban hermosas poesías bucólicas de Virgilio, Hesiodo y Rústico de Politian, componían graciosos epigramas en latín y después los traducían al francés.

Al comer separaban del vino aguada el agua, como enseñan Catón (*De re rustica*) y Plinio, con un cubilete de hiedra, y construían ingeniosos juguetes automáticos, esto es, de los que se mueven por sí mismos.

CAPÍTULO XXV

Como surgió entre los pasteleros de Lerné y los palsanos de Gargantua el gran debate que originó guerras enormes.

Era el tiempo de la vendimia, esto es, el comienzo del otoño; los campesinos de la comarca se dedicaban á guardar las viñas para evitar que los estorninos se comieran los racimos. Los pasteleros de Lerné pasaban por el gran carril conduciendo á París diez ó doce cargas de sus tortas. Los campesinos los llamaron cortésmente para tomarles por su dinero y á justo precio una parte de la mercancía, porque este manjar, comido en ayunas, con uvas de cualquier clase, es la mejor cosa para los que padecen enfriamientos del vientre. Por esto sus vendedores suelen ir ligeros y derechos como flechas á donde están los guardadores de viñas ó los vendimiadores.

Sin embargo, aquella vez no les hicieron caso, ó lo que es más probable, los ultrajaron grandemente llamándolos habladores, desdentados, negruchos, glotones, presumidos, holgazanes, cata-salsas, barrigudos, fanfarrones, cobardes, rústicos, chalanes, galopines, tragapanes, pelaires, monos, dormilones, haraposos, tramposos, tontos, pobres diablos, bocazas, borrachones, destrozones, guardadores de mierda y otros epítetos difamatorios,

añadiendo que no eran cosas tan delicadas para ellos, que no debían comer más que pan duro ó borona.

Ante aquel ultraje, un campesino, buen mozo, pundonoroso y apreciador de su persona, les replicó con dulzura: —¿Desde cuándo os han salido cuernos, para que os mostréis tan bravos? Otras veces nos ofrecéis vuestra mercancía con insistencia, y ahora rehusais nuestra solicitud. Esto no es propio de buenos vecinos, y nosotros no lo hacemos cuando vosotros venís á comprarnos nuestros frutos para hacer vuestros pasteles. En cuanto á nuestros racimos, podéis disponer de ellos; en cuanto á lo de la mierda, si lo repetís, habéis de acordaros del viaje.

Entonces Marquet, gran mayordomo de la cofradía de los pasteleros, le dijo:—En verdad que estás agrio esta mañana; seguramente anoche te hartaste de mijo. Acércate, acércate y te daré unos pasteles. Forgier se acercó con gran inocencia, sacando una onza de su faltriquera y creyendo que Marquet le iba á servir; pero cuando estuvo cerca, le pegó con el ramal en las piernas con tal fuerza, que les señaló los nudos; quiso luego enarbolar su fusta; Forgier se rehizo en un momento, y enarbolando el cayado que llevaba al brazo, le asestó un terrible golpe en la sien, que le hizo caer de su borrico, con más apariencia de estar muerto que de estar vivo.

Mientras tanto los campesinos, que desde lejos comprendieron que eran necesarios, acudieron con grandes garrotes, y como quien maneja almorta, golpearon sobre los pasteleros. Los guardadores de otras fincas acudieron también á los gritos de Forgier, armados de hondas, y tiraron tantas piedras, que aquello parecía una granizada; los acoquinaron y les cogieron hasta cuatro ó cinco docenas de tortas, que les pagaron al precio de costumbre, y además les regalaron un ciento de nueces y tres cestos de uvas blancas. Los pasteleros levantaron del suelo á Marquet, que estaba contundido y maltrecho, y regresaron á Lerné, desandando lo andado y maldiciendo á todos los campesinos y campesinas del mundo.

Los vendedores prepararon un buen refrigerio con las tortas y sus hermosos racimos y se regocijaron al son de la flauta, mofándose de los infelices pasteleros que habían tenido un mal encuentro por falta de tacto. Pusieron á Forgier cataplasmas de linaza en las piernas, le atendieron cuidadosamente y en breve estuvo curado.

CAPÍTULO XXVI

Cómo los habitantes de Lerné, por disposición de su rey Picrochole, asaltaron á los campesinos de Gargantua.

Cuando los pasteleros llegaron á Lerné, inmediatamente, sin pararse á beber ni á comer, se constituyeron en Capítulo, bajo la presidencia de su rey llamado Picrochole, tercero de este nombre y trataron del suceso, mostrando sus cestos rotos, sus bonetes aplastados, sus ropas desgarradas y sus pasteles deshechos, llamando la atención sobre Marquet, malherido por los campesinos y campesinas de Grandgousier, junto al carril de Sevellé.

El rey montó en cólera, y sin oír más, hizo publicar por todo el país bandos y llamamientos, para que sus súbditos acudieran sin excepción, bajo pena de horca, con armas, á mediodía á la gran plaza situada delante de su castillo. Para mejor realizar su empresa hizo que tocaran tambores alrededor de la villa; él mismo, que se disponía á comer, marchó á montar su artillería, desplegar su bandera y cargar abundantes municiones de boca y guerra.

Después de comer hizo los consiguientes nombramientos: al señor Trepelú le encomendó la vanguardia, compuesta de 16.014 arcabuceros y 30.011 reclutas. La artillería le fué encomendada

al gran escudero Toucquedillón y estaba compuesta de 914 piezas de bronce de grueso calibre entre cañones, doubles cañones, ballestas, serpentinas, culebrinas, bombardas, pasavolantes, espirales y otras piezas. Para mandar la retaguardia fué designado el duque Raquedenare. En el centro se colocaron el rey y los príncipes de su reino. Así, rápidamente organizados, antes de partir enviaron 300 ginetes ligeros bajo el mando del capitán Engoulevent para reconocer el país y descubrir las emboscadas que les preparara el enemigo. Después de haber registrado cuidadosamente todo el país, lo encontraron en paz y en silencio, sin ningún preparativo. Enterado de esto Picrochole, dispuso que cada uno se colocara en seguida bajo su bandera y se pusieron en marcha incendiando los campos, devastando y destrozando todo lo que encontraban á su paso, sin distinguir pobre ni rico, lugar sagrado ni profano; se apoderaban de los bueyes, vacas, toros, terneras, gallinas, capones, pollos, ocas, puercos, gansos, patos y asnos; derribaban los árboles, vendimiaban las viñas, demolían los sotos, apoderándose de todos los frutos del campo en medio de un desorden incomparable. No encontraban ninguna resistencia. Un pasajero se sometió á su gracia, suplicando les trataran más humanamente, en consideración á que en todo tiempo habían sido para ellos buenos y afables vecinos y nunca habían incurrido en

excesos ni ultrajes que justificaran tanta vejación y un trato tan cruel que en breve había Dios de castigar. Pero ellos, no reportándose lo más mínimo, sólo contestaban que querían enseñarles á comer pasteles.

CAPITULO XXVII

Cómo un monje de Sevilé salvó el claustro de la abadía del saqueo de los enemigos.

Rompiendo y tronchando, pilleando y ladro-neando llegaron á Sevilé y allí atropellaron hombres y mujeres y cargaron con cuanto pudieron; nada hubo que opusiera obstáculos á su paso. Aunque por entonces había peste en la mayor parte de las casas, entraron en todas, lo registraron todo, se llevaron de ellas lo que quisieron y ninguno se contagió, cosa maravillosa, porque los curas, vicarios, predicadores, médicos, cirujanos y boticarios que iban á visitar, curar, predicar y amonestar á los enfermos, habían muerto todos de infección, y en cambio aquellos diablos destroza-dores y ladrones salieron, como digo, ilesos. ¿A qué se debía esto? Yo os ruego que penséis en ello.

Saqueada la ciudad, se marcharon á la abadía en horrible tumulto; pero la encontraron cerrada y atrancada; entonces el grueso de la fuerza se



marchó á vadear el Vede, quedando sólo siete escuadras de infantería y 200 lanceros, que rompieron las murallas del claustro para hacer allí su vendimia.

Los pobres diablos de los monjes no sabían en qué sagrado lugar meterse. Por toda determinación hicieron tocar *ad capitulum capitulantes* y acordaron hacer una hermosa procesión, entonando hermosas preces, *contra hostiam insidiam* y hermosos responsos *pro pace*.

En el convento había por entonces un monje claustrado, el hermano Juan de los Entommeures, joven, gallardo, fresco, alto, ambidestro, sonriente, determinado, musculoso, con buena sotabarba, con buena nariz, gran rezador de horas, gran despachador de misas, gran descotezador de vigiliás, para decirlo pronto, verdadero monje, si esto puede ser después de que el mundo monjeando se monjeó de las monjerías; en cuanto á lo demás, era clérigo hasta los dientes, sobre todo manejando el *Breviario* (1).

Oyó el ruido que en el claustro hacían los enemigos y salió á enterarse; observando que saqueaban la despensa en donde tenían el vino para todo el año y las demás provisiones, volvió al coro de la Iglesia, en donde estaban sus compañeros embebidos como fundidores de campanas y oyéndo-

(1) Véase nuestro *Glosario*.

los cantar *im im pe, e, e, e, e, e, tuum, um, in i, ni, i. mi, co, o, o, o, o, o, rum um*, les dijo:—¡Bien, muy bien cantado! ¿A que no cantais así cuando sepais que han saqueado nuestra despensa? ¡Que me lleve el diablo si no han salido también á la viña y han cortado los racimos y las cepas, condenándonos á jarabe de ranas para más de cuatro años! ¡Por el vientre de San Jacobo que nos dejaron sin beber! ¡Señor Dios, *da mihi potum*!

Entonces dijo el prior claustral:—¿Qué hace aquí ese borracho? ¡Llevallo á un calabozo por haber interrumpido el servicio divinol—Yo—replicó el monje—no turbo con esto el servicio divino, porque vos mismo, señor prior, sois amante del vino como el primero; esto es, como todos los hombres de bien, según apotegma monacal; por eso digo que vuestros cánticos ahora están fuera de razón. ¿Por qué son nuestros rezos cortos en la siega y la vendimia, y en adviento y en invierno largos? Apelo al testimonio del hermano Pelose, verdadero guardador (ó el diablo me lleve) de nuestra religión que me señaló la razón de esto en que es justo que recojamos nuestro trigo y nuestro vino, cosa que en el invierno no tenemos que hacer.

—Escuchadme, señores, los que amais al vino, y de seguro que me ayudaréis. ¡Que me abraze súbitamente el fuego de San Antonio, si esos bandidos no nos han descegado la viñal ¡Vientre de Dios! ¡Los bienes de la iglesia! ¡No, no, diablo, no!

Santo Tomás el inglés quiso morir por ellos, y si yo muero así, seré santo como él. Pero no, no moriré: sabré defenderme.

Diciendo esto, arrojó sus hábitos y agarró el palo de la cruz que había en el testero del coro, largo como una lanza, redondo y liso por el puño y á lo largo labrado por flores de lis, de gran utilidad para el uso que de él iba á hacer. Salió casi en paños menores, dejó su escapulario colgado en un clavo, y con el palo enarbolado cayó bruscamente sobre los enemigos, que sin armas, insignias ni trompetas, se dedicaban al saqueo; los portaguiones y portaenseñas habían dejado sus guiones y enseñas junto al muro; los tamborileros habían dejado sus tambores en un rincón para mejor ejercitar las manos, y los trompetas habían imitado á los demás; todos estaban desprevenidos.

Cayó rápidamente sobre ellos sin decir una palabra, y los apaleó como cerdos, golpeando á diestro y siniestro según la vieja esgrima.

A los unos les rompía el cráneo, á los otros un brazo ó una pierna; á otros les desconyutaba el cuello, les molía los riñones, les aplastaba la nariz, les vaciaba los ojos, les hendía las mandíbulas, los hacía vomitar los dientes, les desencajaba los homoplatos ó les tronchaba las rodillas.

Si alguno se agachaba para ocultarse entre las cepas, le daba un palo de alto á bajo y lo deslomaba como á un perro.

Si alguno lo conocía le gritaba:—¡Hermano Juan, amigo mío, hermano Juan, yo me entrego.—¡La cabeza!—gritaba él muy fuerte—si no aquí entregarás el alma á todos los diablos.—Y seguía dándole golpes. Si algún temerario osaba hacerle frente, probaba la fuerza de sus músculos atravesándole el pecho; á otros, aplastándole las costillas, se las metía en el estómago y morían enseguida; á otros, les golpeaba tan furiosamente en el ombligo, que les hacía salir las tripas; á otros, por debajo de los testículos, les hacía arrastrar la morcilla cular. Podéis creerme, que aquél era el espectáculo más horrible que jamás se ha visto.

Los unos clamaban á Santa Bárbara; los otros á San Jorge; los otros á Santa Nituche; los otros á nuestra señora de Cunault, de Lausette, de la Buena Nueva, de Lennis y de Rivera. Unos votaban por San Jacobo; los otros por el santo Sudario de Chambery, pero él seguía golpeando á diestro y siniestro, como si tuviera propósito de que ni uno quedase sano. Otros invocaban á Cadovin, á San Juan del Angel, á San Eutropio de Xaintes, á San Lesmes de Chinon, á San Martín de Caudes, á San Clovaud del Sinay, á las reliquias de Iourezay y á mil otros simpáticos santitos. Unos morían sin hablar, otros hablaban sin morir; unos morían hablando, otros hablaban muriendo, y otros pedían en alta voz: ¡Confesión! ¡Confesión! ¡*Confiteor miserere in manus!*

Tan grandes eran los gritos de los heridos, que el Prior salió con todos los monjes, y cuando los vieron tendidos por medio de la viña y moribundos, se apresuraron á confesar á los que pudieron; pero mientras los presbíteros hacían esto, los legos y novicios corrieron al lugar en donde estaba el hermano Juan y le preguntaron en qué quería que le sirvieran.

El hermano Juan les mandó que *desgorguetasen* á los que estaban tendidos en tierra, y ellos, colgando en una parra sus largas capas, comenzaron á desgorguetear y acabar á los moribundos. ¿Queréis saber con qué instrumento? Con esos cuchillitos que llevan los niños en nuestro país para partir las nueces.

Después, sin abandonar su estaca, se dirigió á la brecha que el enemigo había abierto. Algunos novicios se llevaron las banderas para hacer escapularios; cuando los que se habían confesado quisieron salir, el monje los acogió á golpes diciendo:—Estos que se han confesado y arrepentido, han ganado el perdón y se van al cielo tan derechos como una hoz, como el camino de Faye. Así, por su proeza, sucumbieron todos los que habían entrado en el claustro, en número de trece mil seiscientos veintidós, sin contar las mujeres y niños, porque éstos mueren todos los días. El ermitaño Mangis no se portó tan bravamente con su bordón contra los sarracenos, cuyas hazañas se

describen en romances y cantares de Gesta, como el monje contra sus enemigos con el palo de la cruz.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo Picrochole tomó por asalto la Roche Clermaul, su regreso y las circunstancias que obligaron á Grandgousier á emprender la guerra.

Mientras el monje se batía como hemos dicho, contra los que habían entrado en el claustro, Picrochole, con gran actividad, pasó el vado del Vede al frente de su ejército y asaltó la Roche Clermault; en aquel lugar no encontró dificultades ni resistencias y determinó que allí se pasara la noche para descansar y templar su fiebre de castigo. Por la mañana tomó los baluartes y el castillo, que artilló muy bien, aprovisionándolo de municiones para la defensa si en él se veían atacados. El lugar era fuerte por su construcción y por su situación natural.

Por ahora dejémoslos allí, y volvamos á nuestro buen Gargantua que sigue en París, muy embebido en el estudio y en los ejercicios atléticos y al viejo Grandgousier, su padre, que después de cenar se calienta los testículos junto á una gran hoguera, meneando las castañas puestas á asar, escarba el rescoldo con un bastón chamuscado por un

extremo y refiere á su mujer y familia curiosas narraciones del tiempo viejo.

Uno de los campesinos que guardaban las viñas, llamado Pillot, compareció ante su presencia en aquella hora y le contó detalladamente los atropellos y pillajes que cometía Picrochole, rey de Lerne, en sus tierras y dominios, y cómo había robado, saqueado y devastado todo el país, excepto el convento de Seville, que el hermano Juan de los Entomeures había salvado con su denuedo, y que ahora dicho rey se encontraba en la Roche Clermaut fortificado con sus gentes.

—¡Caramba, caramba!—dijo Grandgousier.—¿Qué es esto, señor? ¿Estoy soñando ó es cierto lo que me dices? ¡Picrochole, mi buen amigo de todo tiempo, de toda raza, de toda alianza, me viene á asaltar en esta forma! ¿Quién le guía? ¿Quién le manda? ¿Quién le aconseja? ¡Ay! ¡ay! ¡Dios mío! ¡Salvador mío! ¡Ayúdame, inspírame, aconséjame lo que debo de hacer! Yo juro delante de ti, aun cuando puedas castigarme, que jamás le agravié ni insulté á los suyos, ni cometí pillerías en sus tierras; antes al contrario, yo le he socorrido con tropas, dinero, favor y consejo, cuando he comprendido que podía serle necesario. El que ahora me haya ultrajado, sólo puede ser por inducción del espíritu maligno. ¡Gran Dios! ¡Tú que conoces mi valor, porque para ti nada hay oculto, si acaso se hubiera vuelto loco y para rehabilitar su cere-

bro me lo envías, dame poder y saber para volverlo cuerdo y someterlo á tu santa voluntad y á la más saludable disciplina.

¡Oh! ¡Mis buenas gentes, amigos míos, fieles servidores! ¿Será preciso que demande vuestra ayuda? ¡Ay! Mi vejez solicita reposo y en toda mi vida no he hecho otra cosa que procurar la paz; pero hace falta que el arnés cargue mis espaldas, mis pobres espaldas lacias y débiles, y mi mano temblorosa empuñe la lanza ó la maza para socorrer y proteger á mis súbditos. Así lo impone la razón, porque de su trabajo vivo y de su ardor nos alimentamos yo, mis hijos y mi familia; sin embargo, no emprenderé la guerra, sin haber puesto antes todos los medios de conseguir la paz; esta es mi firme resolución.

Enseguida hizo convocar su consejo, y les explicó el asunto. Acordaron que se mandaría ante Picrochole un embajador prudente para que le preguntara por qué motivo había turbado repentinamente su reposo y había invadido tierras sobre las que ningún derecho tenía. Mientras tanto, se debía llamar á Gargantua y sus gentes para que vinieran en apoyo de la tranquilidad pública y defensa del país. El acuerdo satisfizo á Grandgousier y dispuso que puntualmente se cumpliese; desde allí mismo envió á un lacayo vasco á llamar á todo escape á Gargantua, con la siguiente carta:

CAPÍTULO XXIX

Contenido de la carta que Grandgousier escribió á Gargantua.

«El fervor de tus estudios exigía que durante largo tiempo no interrumpiera yo tu filosófico reposo, si el comportamiento de nuestros amigos y antiguos confederados no hubiera venido á frustrar la tranquilidad de mi vejez. Pero, puesto que tal es mi fatal destino y por ello me veo inquietado, aunque el hacerlo así me repugne, es fuerza que te llame para que vengas en compañía de los que por derecho natural te obedecen. Así como son débiles las armas por fuera cuando la cordura no las guía desde el cerebro, vano es también el estudio cuando no se practica en tiempo oportuno, no se hace con voluntad y no se dirige á su objeto verdadero.

»Mi determinación no es provocar, sino apaciguar; no es desafiar, sino defender; no es conquistar, sino guardar á mis fieles súbditos y mis tierras hereditarias, en las cuales ha entrado Picrochole hostilmente sin causa ni ocasión, y de día en día aumenta su furiosa guerra, con excesos no tolerables entre gente noble.

»Obligado á hacer lo posible para moderar su cólera tiránica, le he ofrecido todo lo que á mi entender pudiera serle grato; muchas veces le he en-

viado á preguntar afablemente en qué, por quién y en qué forma se sentía ultrajado; pero en respuesta no he obtenido más que provocaciones y la certeza de que en mi reino sólo pretende el derecho de botín. De aquí deduzco que el Dios eterno lo ha dejado de su mano, encomendado al timón de su propio arbitrio y su propio sentido, que no pueden sugerir más que perversidades cuando la gracia divina no los guía continuamente, y para reducirlo á la calma y devolverle su conocimiento, me lo envía en provocadora actitud.

»Por lo tanto, mi querido hijo, cuando recibas esta carta, y lo antes que puedas, vuelve diligente á socorrer, no tanto á mí, que, éste por la piedad filial es naturalmente tu deber, como á los tuyos, á quienes por derecho debes guardar y salvar. Realizaremos la hazaña procurando la menor efusión de sangre, y si posible es, por medio de ingeniosos expedientes, cautelosas prevenciones y ardides de guerra, salvaremos á todos nuestros soldados, y los enviaremos gloriosos á sus domicilios.

«Queridísimo hijo: La paz de Cristo nuestro Redentor sea contigo. Saluda á Ponócrates, Gimnasta y Eudemón en mi nombre. Veinte de Septiembre.

»Tu padre,

GRANDGOUSIER.»

CAPÍTULO XXX

Cómo Ulrich Guallet fué enviado ante Picrochole.

Escritas y firmadas las cartas, Grandgousier dispuso que Ulrich Guallet, jefe de su secretaría, hombre discreto y sabio, de quien en diversos y difíciles asuntos se había servido, probando así sus virtudes y su buen sentido, fué ante Picrochole para notificarle los acuerdos tomados. Enseguida partió el buen Guallet, y cuando hubo vadeado el río encontró un molinero del reino de Picrochole, quien le dijo que sus paisanos no habían dejado con vida ni gallina, ni gallo, y á la sazón estaban encerrados en la Roche Clermauld; que le aconsejaba no pasara adelante por miedo á las patrullas, cuyo furor era inaudito; todo lo creyó sin escrúpulos y pernoctó con el molinero.

De madrugada llegó con una trompeta á la puerta del castillo y pidió á los guardias que le guiasen á la presencia del rey, con quien tenía que hablar en provecho de todos.

No consiguió que le abrieran la puerta; pero Picrochole se asomó por entre las almenas, y dijo al embajador:—¿Qué hay de nuevo? ¿Qué queréis decirme?

Entonces Guallet habló como se transcribe en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXI

La arenga que Guallet dirigió á Picrochole.

«Nada hay que pueda ser para los hombres tan doloroso como recibir directamente de donde esperan gracia y benevolencia, enojos y agravios. Sin causa y sin razón, muchos caéis sobre nosotros, sometiéndonos á indignidades menos tolerables que la muerte, y sin apelar al ingenio, si algo teníais que corregir, sembráis por todas partes unas y otra.

»En atención á esto, no es maravilla que el rey Grandgousier, mi amo, se haya puesto furioso y resueltamente hostil contra ti, esté á estas horas lleno de disgusto y tenga perturbado su entendimiento. Maravilla sería el que no le hubieran soliviantado los excesos incomparables que en sus tierras y sus súbditos tú y los tuyos habéis cometido, en los cuales no habéis omitido ningún ejemplo de inhumanidad, pues ya sabes que él es por su natural tan afable y ha profesado á los suyos siempre tan cordial afecto, como de ello no hay ejemplo entre los mortales.

»Es para él mucho más desagradable el entuerto que tú y los tuyos habéis cometido, porque desde muy antiguo, desde tiempo inmemorial, tuvisteis tú y tus padres con él y sus antecesores

gran amistad y permanente alianza, que, hasta estos momentos, como sagrada los dos, habéis inviolablemente mantenido, defendido y sostenido, hasta el extremo de que no ya él ni los suyos, sino hasta las naciones bárbaras de Pitou, Bretaña, islas Canarienses é Isabelinas, hubieran considerado mucho más fácil demoler el firmamento que romper vuestra alianza, tan afirmada y reconocida en las guerras, que nadie hubiera osado provocar, irritar ni agraviar al uno por miedo al otro.

»Hay más: esta alianza sagrada tanto se ha extendido por la tierra, que hoy son contados los que gobiernan el continente y las islas del Océano, y no han aspirado ambiciosamente á ser recibidos en ella, sometiéndose á cuantas condiciones les impusiérais, pues estimaban más vuestra confederación que sus dominios; de modo que, desde los tiempos más remotos, no ha habido príncipe ni ejército que haya osado pisar sobre, no diré vuestras tierras, sino todas las de vuestros aliados. Y si con notoria imprevisión atentaron contra alguien y llegó á sus oídos el nombre de vuestra alianza, repentinamente desistieron de su intento. ¿Qué furor, pues, te impulsa ahora para romper toda amistad, conculcar toda alianza, transgredir todo derecho y allanar sus tierras hostilmente sin haber sido provocado, irritado ni agraviado por él ni los suyos en lo más mínimo? ¿Dónde está el Fuero? ¿Dónde está la ley? ¿Dónde está la razón?

¿Dónde está el temor de Dios? ¿Crees acaso que esos ultrajes puede perdonarlos á tu alma el Dios soberano, que es el más justo director de nuestras empresas? Si así lo crees, te engañas, porque todas las cosas han de ser sometidas á su recto juicio. ¿Son los fatales destinos ó la influencia de los astros quienes han querido poner fin á tus satisfacciones y á tu reposo? Así tiene todo en el mundo su fin y su término. Cuando las cosas llegan á su punto superlativo se vienen abajo en ruinas, porque en tal estado no pueden permanecer mucho tiempo. Este es el fin también de aquellos cuya fortuna y prosperidad no la moderan y sostienen la razón y la templanza.

»Pero si el sino lo había dispuesto así y determinó poner fin á tu tranquilidad, ¿debía de ser incomodando á mi rey, por quien tú estás sostenido? Si tu casa debía hundirse, ¿era preciso que cayera sobre las que estaban junto á ella y la habían adornado? La cosa está tan fuera de los dictados de la razón, es tan contraria al sentido común, que ningún entendimiento humano hubiera podido concebirla, y hasta á los extranjeros, cuyo salvajismo está probado y testimoniado, es fácil hacerles comprender que nada puede ser sagrado ni santo en aquellos que se han emancipado de Dios y de la razón para seguir sus instintos perversos.

»Si algún desafuero habíamos cometido en tus

súbditos ó dominios, si habíamos dado lugar á la expansión de tus iras, si en tus apuros no te habíamos socorrido, si habíamos ofendido tu honor ó tu nombre, ó por mejor decir, si el espíritu calumniador ha tenido por maligno deseo tentarte, y con falaces especies y fantasmas deslumbrantes ha hecho ver á tu entendimiento que alrededor de ti habíamos hecho cosa indigna de nuestra inveterada amistad, primero debías haber esclarecido la verdad y después dirigirnos tus amonestaciones. Entonces, nosotros te hubiéramos dado toda clase de satisfacciones hasta contentarte.

»Pero ¡oh Dios eterno! ¿Cuál es su propósito? ¿Quieres acaso como pérfido tirano, robar y devastar el reino de mi amo y señor? ¿Lo has juzgado tan ignaro y estúpido que no habría de oponerse? ¿Tan falto de hombres, dinero, razón y arte militar que no pudiera resistir tus inicuos asaltos?

»Sal de aquí ahora mismo y durante todo el día de mañana reingresa en tus tierras sin provocar tumulto ni hacer fuerza por el camino y paga mil onzas de oro por el daño que has hecho. La mitad pagarás mañana mismo; la otra mitad para los idus de Mayo próximo.

»Nosotros encomendamos esta pendencia al arbitraje de los duques de Tournemoule, Basdefesses y de Menuail, el príncipe de Gratelles y el vizconde de Morphiaille.

CAPÍTULO XXXII

Grandgousier, para procurar la paz, hace devolver las tortas.

Dicho lo que antecede, se calló el bueno de Guallet; pero Picrochole, á todas sus frases, sólo contestaba: ¡Venidlos á buscar! ¡Venidlos á buscar! Tienen hermosos y gordos testículos y os embraguetarán las tortas.

En vista de esto, volvió á casa de Grandgousier, al que encontró con la cabeza descubierta y de rodillas en su gabinete sobre un cojín, rogando á Dios que aplacase la cólera de Picrochole y le volviera á la razón sin tener que hacer uso de la fuerza. Cuando vió de vuelta al embajador, le preguntó:—¡Ay mi amigo! ¡Mi buen amigo! ¿Qué nuevas me traéis?

—No hay medio—dijo Guallet.—Ese hombre ha perdido el juicio y está abandonado de Dios.

—Veamos. ¿En qué funda sus excesos?

—Ninguna causa me ha expuesto; sólo entendí que en medio de su cólera hablaba de tortas. No sé si habrán recibido algún ultraje sus pasteleros.

—Quiero enterarme bien antes de disponer lo que ha de hacerse.

Y mandó indagar lo que de este asunto hubiera, llegando á saber que se les habían tomado por la fuerza á sus gentes algunas tortas y que Marquet

había recibido un garrotazo en la cabeza, si bien habían pagado religiosamente la mercancía y el mismo Marquet había herido antes á Forgier en las piernas. El consejo acordó que procedía ponerse sobre las armas.

—Sin embargo—dijo Grandgousier—puesto que sólo es cuestión de unas tortas, probaré á contentarle, porque me desagrada mucho emprender la guerra.

Preguntó cuántas tortas habían cogido y le dijeron que cuatro ó cinco docenas; entonces mandó que aquella noche se hiciesen cinco carretas de ellas, una con buena manteca de vacas, almendras dulces, azafrán y especias para Marquet; de su bolsillo particular le enviaba también setecientos mil y tres Filipos de oro para indemnizarle y además le concedía el aprovechamiento de la Pomardiere á perpetuidad y libre de cargas para él y los suyos.

Para conducirlo todo, fué designado Guallet, quien por el camino, antes de llegar á la Saucera, hizo cortar muchos ramos de hiedra y olivo que se colocaron sobre las carretas y en manos de los carreteros; él mismo tomó uno, para dar á entender por este medio que no querían más que paz y que iban á tratar de ella.

Llegados á la puerta, manifestaron que querían hablar á Picrochole de parte de Grandgousier. Picrochole no quiso dejarles entrar, ni salir á ha-

blar con ellos y les mandó á decir que se entendieran con el capitán Toucquedillon, que estaba ajustando un cañón sobre las murallas. Guallet le dijo:

—Señor: para evitar esta contienda y para que vencida toda excusa volvamos á nuestra inveterada alianza, os traemos aquí las tortas que son objeto del disgusto. Cinco docenas tomaron nuestras gentes y las pagaron bien; nosotros deseamos tanto la paz, que os traemos cinco carretas, de las cuales ésta será para Marquet, el más ofendido. Además, para satisfacerle por completo, he aquí setecientos mil y otros Filipos de oro que le regalamos; y por si algo más deseara, yo le entrego el aprovechamiento de la Pomardiére á la perpetuidad y libre de cargas, para él y los suyos, según la escritura de donación que aquí traigo. Vivamos, por Dios, en paz en lo sucesivo, retiraos tranquilamente á vuestras tierras, cedednos esta plaza sobre la que, como comprenderéis no tenéis ningún derecho, y tan amigos como antes.

Toucquedillon dió cuenta de la embajada á Piccrochole, y éste se enfureció más todavía.

—Estos rústicos—dijo el capitán—tienen mucho miedo. Grandgousier, el pobre bebedor, se asusta; no es su arte el de la guerra, sino el de vaciar botellas. Soy de opinión de que tomemos el dinero y las tortas; en cuanto á lo demás, nos sostendremos aquí y proseguiremos nuestra fortuna.

¿Piensan acaso engañarnos con la pasta de sus tortas? El buen trato y la buena amistad que siempre les hemos dispensado nos los quieren pagar con un obsequio tan despreciable. Acariciad al villano, y os pegará; pegadle, y os acariciará.

—Eso, eso es—dijo Picrochole.—¡Por San Jacobo, que han hecho lo que vos decís!

—De una cosa debo advertiros: estamos muy escasos de provisiones de boca; si Grandgousier nos sitiara, me haría arrancar todos los dientes excepto tres, y lo mismo debíais hacer vos y todos los nuestros, porque con ellos tendríamos bastante para comer lo que nos queda.

—Tenemos demasiado; ¿estamos aquí para comer ó para batallar?

—Para batallar, ciertamente; pero de la panza sale la danza, y en donde el bambre reina, la fuerza huye.

—Tanto mejor para tomar lo que han traído.

Dicho esto, tomaron el dinero, las tortas, los bueyes y las carretas, y los despidieron, sin decirles otra cosa sino que se retirasen y otro día les enterarían de su resolución.

Entonces, sin protestar, el embajador y sus acompañantes volvieron á Grandgousier y le contaron lo ocurrido, añadiendo que no los veían inclinados á la paz, sino, por el contrario, á una guerra viva y fuerte.

CAPÍTULO XXXIII

Cómo algunos gobernadores de Picrochole, por consejo precipitado, le pusieron en gran peligro.

Cuando se hubieron comido las tortas, aparecieron ante Picrochole el duque de Menuail, el conde Espadachín y el capitán Merdaille, y le dijeron:

—*Ciro*, desde hoy os tenemos por el más feliz y el más caballeroso príncipe que ha nacido después de la muerte de Alejandro Macedónico.

—Cubríos, cubríos—dijo Picrochole.

—¡Gran honor! Cumplimos con nuestro deber, *Ciro*. Debemos permanecer cubiertos. Dejaréis aquí á cualquier capitán con unos pocos hombres para guardar la plaza, que nos parece bastante fuerte, tanto por su situación natural, como por las obras que bajo vuestra dirección se han hecho. Dividiremos en dos partes vuestra fuerza. Una irá á rodar sobre Grandgousier y sus gentes, que serán arrollados á la primera acometida. La cargaréis de plata, porque el villano en ella cifra todo su consento. Villano decimos, porque un noble nunca tiene un sólo sueldo. Atesorar es tarea de villanos.

La otra parte marchará hacia Gascuña, Onay, Angomois, Sainetonge, junto á Perigord, Medoc y

Eslannes. Sin resistencia, tomarán villas, castillos y fortalezas. En Bayona, San Juan de Luz y Fuenterrabía, se apoderarán de todos los navíos, y costeando Galicia y Portugal, saquearán todos los lugares marítimos, hasta Lisboa, en donde se proveerán de todo el equipaje necesario á un conquistador. La España se rendirá enseguida, porque allí no hay más que moros. Pasaréis por el estrecho de Sevilla, y allí erigiréis dos columnas más magníficas que las de Hércules para perpétua memoria de vuestro nombre, y se llamará el Estrecho del mar Picrocholino.

Pasado el mar Picrocholino, encontraréis á Barbarroja, que se rendirá vuestro esclavo.

—Lo tendré á gran honra.

—Perdonadle la vida si se deja bautizar. Después atacaréis los reinos de Túnez, Argelia, Cirena, Hippos y Bone: á continuación toda la Berbería, y luego ya tendréis en vuestra mano Mallorca, Menorca, Cerdeña, Córcega y otras islas, Lingusticas y Baleares. Avanzando así, dominaréis toda la Galia Narbónica, la Provenza, Allabrogues, Genes, Florencia, Luca, y con Dios quede Roma. El *pobre señor* Papa se morirá de miedo.

— Por mi te que no he de tocarle ni una zapatilla.

— Ya en Italia, he aquí Nápoles, Calabria y Sicilia, todas saqueadas, así como Malta. Quisiera que los simpáticos caballeros llamados Rodienses os rechistasen, para beber de sus orinas.

—Yo iría de buena gana á Loreto.

—Nada, nada; eso á la vuelta. Antes tomaremos Gandía, Chipre, Rodhas y las islas Cyclades, y caeremos sobre la Morea y la haremos nuestra. Dios guarde á Jerusalén, porque el Soldán no es nadie ante vuestro poderío.

—Entonces, podré fortificar el templo de Salomón.

—No; esperad un poco; nunca seáis precipitado en ninguna de vuestras empresas. ¿Sabéis lo que decía Octavio Augusto? *Festina lente*. Os conviene primero tomar el Asia Menor, Carya, Lidia, Persia y demás pueblos, hasta el Eufrates.

—¿Veremos Babilonia y el monte Sinay?

—No, ¿qué necesidad hay por ahora? ¿No estais cansado después de atravesar el mar Hircano, las dos Armenias y las tres Arabias, Petrea, Feliz y Desierta?

—A fe mía que estamos fastidiados. ¡Ay pobres gentes!

—¿Por qué?

—¿Qué vamos á beber en el desierto? Porque Juliano Augusto y su ejército murieron allí de sed, según cuentan.

—Lo hemos previsto todo: en el mar de Siria tenéis nueve mil catorce grandes navíos, cargados de los mejores vinos del mundo, que llegarán á Japhes; allí hay veintidoscientosmil camellos y mil seiscientos elefantes, cogidos en una cacería alre-

dedor de Sigeilmes. Hasta que entréis en Lybia, parando la caravana de la Meca, ¿os proveerán del vino suficiente?

—Claro que sí; pero no lo beberemos fresco.

—Nada más que por virtud del más pequeño pescado, un valiente, un conquistador, un aspirante al imperio del universo, puede no disfrutar de todas sus comodidades. Alabado sea Dios, que, sanos y salvos, ha consentido que lleguéis vos y vuestras gentes hasta las riberas del Tigris.

—¿Y qué hace mientras tanto la parte de nuestro ejército que marchó contra ese villano borracho de Grandgousier?

—No huelgan todavía; los encontraremos á la vuelta. Os han conquistado la Bretaña, Normandía, Flandes, Brabante, Artois, Holanda y Zelanda. Han pasado el Rhin sobre el vientre de suizos; han tomado Luxemburgo, Lorena, Champagne y Saboya hasta Lión, en cuyo lugar han encontrado á vuestras guarniciones que volvían de las conquistas navales del Mediterráneo y se han detenido en Bohemia luego de haber saqueado Soneve, Wirtemberg, Vannieres, Austriche, Morange y Stirge. Después han caído fieramente juntos sobre Lubek, Noruega, Suecia, Rich, Dace, Gotthie y Groenlandia. Hecho esto, conquistaron las islas Orchades, Escocia, Inglaterra é Irlanda. Luego Prusia, Polonia, Lituania, Rusia, Valachia, Transilvania, Hungría, Valgaria, Turquía, y están en Constantinopla.

—Entonces, vamos á escape con ellos, porque quiero ser emperador de Trebizonde.

—¿No mataremos todos esos perros turcos y mahometanos? ¿Qué diablo haríamos entonces? Es preciso matarlos y dar sus tierras á los que os han servido fielmente.

—Esa es la razón, así lo quiero, esa es la equidad. Os doy la Cerdeña, Siria y toda la Palestina.

—¡Ah, *Cirol*! Sois muy bueno, esa es una gran merced. Dios os hará prosperar continuamente.

Allí estaba con ellos un viejo gentilhombre, gran guerrero, de valor probado en diversas hazañas, llamado Echephron, el cual, oyendo lo que hablaban, dijo:—Yo tengo gran temor de que con esta empresa suceda lo que con el cacharro de leche, con el cual un zapatero se iba á hacer rico en poco tiempo; en el momento se le rompió el cacharro y aquel día no tuvo qué almorzar. ¿Cómo hemos de hacer esas conquistas? ¿Cuál será el resultado de tantos viajes y travesías?

—Será—dijo Picrochole—que volveremos y reposaremos sobre nuestra gloria.

—¿Y si no volviéramos? Porque el viaje es largo y peligroso. ¿No sería mejor que descansáramos ahora sin meternos en esos azares?

—¡Oh!—dijo Espadachín.—He aquí un ser despreciable. Por su voto nos acostaríamos á la orilla de un camino y allí pasaríamos con las damas nuestra vida y nuestro tiempo, ensartando perlas

ó hilando, como Sardanápalo. Quien no se aventura, no tendrá caballo ni mula, como dijo Salomón.

—Pero «quien á mucho se aventura—le interrumpió Echephrón—pierde caballo y mula», como le contestó Malón al Sabio.

—Basta—objetó Picrochole;—pasemos á otra cosa: yo no pienso más que en esas endiabladas legiones de Grandgousier. ¿Y si mientras estamos en Mesopotamia nos derrotan, qué hacemos?

—Muy bien—contestó Merdaille;—una hermosa y pequeña comisión que enviaréis á los moscovitas pondrá en un momento á vuestras órdenes cuatrocientos cincuenta mil combatientes, y si me hacéis para con ellos vuestro lugarteniente, mataré cuanto encuentre á mi paso. Para matar, pinchar, golpear, atrapar, confundir y reinar, yo.

—Bien, bien—exclamó Picrochole—á quien todo le parecía de perlas;—el que me quiera, que me siga.

CAPÍTULO XXXVI

Cómo Gargantua dejó la villa de París para socorrer á los suyos, y cómo Gimnasta encontró á los enemigos.

Gargantua salió de París en el mismo momento en que leyó la carta de su padre; había pasado ya el puente de Nonnain, montado en su enorme borrica y acompañado de Ponócrates, Gimnasta y

Eudemón, que habían tomado caballos de posta; el resto de su tren venía en jornadas ligeras, trayendo sus libros y sus instrumentos filósofos. Cuando llegó á Parille, le advirtió el arrendatario de Guouguet, que Picrochole había tomado la Roche Clermault y había enviado al capitán Tripet á asaltar el bosque de Vede y á Vaugaudri; que ellos habían corrido la pólvora hasta el lagar de Billard y su situación era muy difícil; pues los excesos que cometían en el país les infundían tal miedo, que no sabían qué hacer ni qué decir.

Ponócrates les aconsejó que acudieran al señor de la Vauguyon, que siempre había sido su amigo y aliado y les socorrería seguramente en todos sus azares. Hiciéronlo así, y lo encontraron con muy buenos deseos y dispuesto á todo. Ordenó en seguida que algunas de sus gentes recorrieran el país á fin de ver la situación del enemigo y proceder como fuera más conveniente. Gimnasta se ofreció á ir, pero se acordó para mejor resultado que llevara á su lado prácticos que conocieran los bosques, revueltas y riberas de la comarca.

Al punto marcharon él y Prelinguand, escudero de Vauguyon, y sin peligro espionaron por todas partes. Mientras tanto Gargantua se repanchigó y descansó un poco con su gente, haciendo que dieran á su borrica un piensecillo de avena, esto es, setenta y cuatro moyos y tres fanegas.

Tanto cabalgaron Gimnasta y su acompañante,

que encontraron á los enemigos esparcidos, en desorden y devastando y saqueando todo lo que podían; tan pronto como los vieron cayeron sobre ellos á la desbandada para destrozarlos, y Gimnasta les gritó compungido: ¡Señores, yo soy un pobre diablo y os suplico tengáis compasión de mí; todavía tengo un escudo y nos los beberemos, porque es *aurum potabile*; además venderemos mi caballo para pagaros mi bienvenida; hecho esto, retenedme entre vosotros, pues no hay quien sepa prender, robar, quemar, apresar, desmembrar y zurrar mejor que yo, y para mi *proficiat*, bebo á la salud de todos los buenos compañeros. Entonces se levantó la celada hasta la nariz y bebió tranquilamente. Los bobalicones le miraban con más de un pie de boca abierta, y sacando la lengua como los lebreles en ojeo. En aquel momento llegó el capitán Tripet á ver lo que ocurría; Gimnasta le ofreció la botella diciendo: Tomad, capitán; bebed largamente; yo lo he probado en ayunas; es vino de la Faye Moniau.—¡Cómo!—exclamó el capitán.—¡Este borracho se burla de nosotros! ¿Quién eres tú?

—Yo, señor, soy un pobre diablo.

—¡Hola! Puesto que eres un pobre diablo, es de razón que pases adelante, porque los pobres diablos pasan por todas partes sin gabelas ni peajes; pero no es costumbre que vayan también montados, por tanto, señor diablo, bajad de vuestra ca-

balgadura, que me pertenece, y si ella no me lleva, vos, señor diablo, me llevaréis, porque tengo mucho deseo de que un diablo como vos me lleve.

CAPÍTULO XXXV

Cómo Gimnasta, astutamente, mató al capitán Tripet y á otros guerreros de Picrochole.

Después de lo referido, algunos empezaron á tener miedo y se santiguaban con las dos manos, pensando que fuese efectivamente un diablo disfrazado. Uno de ellos, capitán de los Topinos, que se llamaba Buen Juan, sacó de sus bragas el libro de Horas y gritó muy fuerte: *Hagios ho theos*: Si tú eres Dios, habla; si eres el otro, vete de aquí.

Pero no se marchaba; visto lo cual por algunos del bando, huyeron temerosos de Gimnasta. Por fin éste simuló bajarse del caballo, y cuando había levantado una pierna, se revolvió ágilmente sobre el estribo, y con su espada bastarda bajo el brazo se lanzó al aire, poniéndose de pie sobre la montura, con el culo frente á la cabeza del caballo, y dijo: Mi persona está á contrapelo; después dió un salto con un pie solo, y volviéndose hacia la izquierda, cayó montado como estaba al principio.

—¡Hola!—exclamó Tripet.—No haría yo eso por todo lo que hay en el mundo.

—Pues no es nada — replicó Gimnasta. — Ahora verás. Y con gran fuerza y agilidad dió una

pernada á la derecha, puso el dedo pulgar de la misma mano sobre el arzón de la silla y levantó en el aire todo el cuerpo, sosteniéndose sobre el dedo, y repitiendo hasta tres veces el ejercicio. A la cuarta, volviéndose sin tocar en ninguna parte, se izó entre las dos orejas del caballo, sosteniéndose en el aire sobre el pulgar de la izquierda, y dando vueltas de molinete; después golpeó con la palma de la mano derecha sobre la silla, y de un salto se sentó á dos piernas sobre la grupa como las mujeres; en seguida pasó la pierna derecha por encima de la silla, y quedó como si fuera á cabalgar sobre la grupa, diciendo—es mejor que no monte sobre los arzones—apoyóse sobre los dos pulgares, dió una voltereta en el aire, y quedó montado en la forma ordinaria; por último, de un salto se puso en pie sobre la silla, y allí dió más de cien vueltas con los brazos extendidos en cruz; hecho esto comenzó á gritar furiosamente:—¡Que rabio! ¡Diablos! ¡Que rabio! ¡Atendedme, diablos! ¡Que rabio! ¡Diablos, sujetadme!

Mientras voltigeaba, los aldeanos embobados se decían unos á otros:—Por la mierda que es un duende ó un diablo disparado. *Abhoste maligno libera nos Domine*. Y huyeron á la desbandada, mirando atrás como perro que lleva un pájaro.

Entonces Gimnasta, aprovechando su ventaja, descendió del caballo, desenvainó su espada y cargó sobre ellos apaleando, tajando, cortando y ma-

tando, sin que nadie le hiciera frente, porque pensaban que era un diablo afamado, á juzgar por las maravillosas volteretas y por la conversación que había tenido con Tripet, cuando éste le llamó pobre diablo. Tripet, á traición, quiso herirle en la cabeza con su espada de Lansquenet; pero estaba bien armado y sólo sufrió un ligero golpe; de pronto se volvió, lanzó contra el capitán una estocada volante, y mientras se cubría por alto, le partió de un tajo el estómago, el recto y la mitad del hígado, con lo cual cayó á tierra y devolvió una gran cantidad de sopas y unos cuantos nísperos en medio de las sopas.

Hecho esto, Gimnasta se retiró considerando que al azar no se le debe seguir hasta el fin, y que conviene á todos los caballeros tratar á la fortuna con mucha reverencia y no abusar de ella ni molestarla.

Montó en su caballo, le araño con las espuelas, y derecho, y seguido de Prelinguand, marchó hacia la Vauguyon.

CAPÍTULO XXXVI

Cómo Gargantua demolió el castillo de Vede y cómo pasaron el vado.

Cuando Gimnasta hubo llegado, contó la forma en que había encontrado á los enemigos y la estrategia de que se había servido para luchar

él sólo contra toda la caterva, afirmando que no eran sino malhechores, ladrones, pilletes y vagabundos, ignorantes de toda disciplina militar, y que, poniéndose en camino con un poco de cautela, les sería muy fácil ahuyentarlos como á las bestias.

Montó Gargantua en su descomunal borrica y marchó acompañado como antes. En el camino encontró un árbol muy alto y muy grueso, comunmente llamado el árbol de San Martín, porque había crecido de un bordón que dicho santo dejó allí, y dijo: He aquí lo que me faltaba. Este árbol me servirá de bastón y de lanza. Y lo arrancó fácilmente de la tierra, lo limpió de ramas y lo dispuso á su gusto. Mientras tanto, la borrica meó para aligerar el peso de su vientre, y lo hizo en tal abundancia, que produjo un diluvio en siete leguas de terreno; toda la orina derivó hacia el vado de Vede, y tanto hizo subir el nivel del agua que á todo el bando enemigo lo ahogó horriblemente, excepto á algunos que caminaban por la orilla izquierda.

Cuando llegaron al bosque, Eudemon avisó á Gargantua que alrededor del castillo había tropas enemigas; al oirlo éste gritó con todos sus pulmones:—¿Estáis ahí ó no estáis? Si estáis, vais á concluir, si no nada tengo que deciros. Un bribonazo artillero que estaba junto á su máquina le hizo un disparo que vino á darle fuertemente en la sien

derecha; pero le hizo tanto daño como si le hubieran tirado un grano de uva.—¿Qué es eso?—volvió á preguntar Gargantua:—¿Nos tiráis las uvas así? ¡La vendimia os costará caral! Y siguió creyendo con toda certeza que el balazo había sido con una uva. Los que estaban saqueando los alrededores del castillo, al oír el ruido acudieron todos á la fortaleza y le hicieron más de 9.025 disparos de escopeta y arcabuz, enfilados todos á su cabeza. Cuando más tiraban dijo:—Ponócrates, amigo mío, estas moscas me agobian. Dadme un ramo de sauce para espantarlas; pensando que las balas y las piedras de la artillería eran moscas bovinas. Ponócrates le advirtió que allí no había tales moscas, sino los disparos que hacían desde el castillo. Entonces marchó con su gran árbol y á grandes golpes tiró al suelo torres y fortalezas, quedando aplastados y cortados en pedazos todos los que estaban allí.

Marcharon al molino, en donde encontraron todo el vado cubierto de cadáveres, hasta el extremo de que el brocal del molino se había obstruído. Estos cadáveres eran de los que habían perecido ahogados por la meada de la burra. Se detuvieron á pensar cómo podrían pasar el vado con el impedimento de los cadáveres, y dijo Eudemon:—Los que han pasado han sido los diablos para llevarse las almas de todos estos; á lo que Gimnasta repuso:—Si los diablos han pasado por

aquí, yo también pasaré.—¡San Treignan—exclamó Ponócrates—vaya una consecucional Y Gimnasta, metiendo las espuelas á su caballo, sin que éste tuviera miedo de los muertos, pasó francamente á la otra orilla, pues lo había acostumbrado, según la doctrina de Elian, á no temer las almas ni los cuerpos muertos, no ya matando gente como Diomedes mató á los tracios, ni metiendo, como Ulises, á sus enemigos, entre los pies de sus caballos, según cuenta Homero, sino colocándole un fantasma entre el heno y haciéndole pasar por encima de él cuando le llevaba á tomar el pienso.

Los demás le siguieron sin vacilar, excepto Eudemon, cuyo caballo metió la pata hasta la rodilla en la panza de un villano grande y grueso que había muerto boca arriba, y no la pudo sacar, permaneciendo así hasta que Gargantua, con la punta de su robusto bastón hizo caer al agua las tripas del cadáver, y el caballo levantó el pie. Y, lo que es cosa verdaderamente extraña, desde entonces tuvo un sobrehueso en aquella extremidad por la compresión que en ella hicieron las morcillas del enorme aldeano.

CAPÍTULO XXXVII

Cómo Gargantua, Peinándose, sacó de entre sus cabellos las balas de cañón.

Poco después de haber pasado el río llegaron al castillo de Grandgousier, quien anhelante les esperaba. Cuando se reunieron se abrazaron con tanto entusiasmo y con tanto gozo como nunca se ha visto, porque el *Supplementum, supplementi chroniconum*, dice que Gargamella murió de alegría: yo, por mi parte, nada sé, y tanto me importa de ella como de otra cualquiera.

Gargantua se aligeró de ropa, y arreglándose la cabeza con su peine, que tenía cien varas de largo y estaba formado por colmillos de elefante enteros, hizo caer á cada golpe más de siete balas de cañón, que durante la lucha se habían enredado entre sus cabellos. Viendo esto Grandgousier, pensó que eran piojos, y le dijo:—¿Qué es esto, querido mío? ¿Nos traes hasta aquí los coraceros de Montagú? (1). Yo no creí que hubieras estado en tal sitio. Entonces Ponócrates respondió:—Señor, no penséis que yo lo he llevado á ese colegio de piojería que se llama Montagú; mejor hubiera querido meterlo entre los andrajosos de San Inocente que no entre tanta crueldad y villanía, por-

(1) Véase nuestro *Glosario*.

que mucho mejor trato reciben los forzados entre los moros y los tártaros, los asesinos en sus prisiones, y muchísimo mejor los perros en vuestra casa que los desastrados estudiantes de dicho colegio. Si yo fuera rey de París, que me lleve el diablo si no le prendía fuego y con él hacía arder al principal y á sus regentes, que cometen á la luz del día tantas inhumanidades.

Luego, tomando una de las balas, añadió:—Estos son cañonazos que ha recibido vuestro hijo al pasar por el bosque de Vede, por la traición de vuestros enemigos; pero han tenido su justa recompensa, porque han perecido todos entre las ruinas del castillo, como los filisteos á manos de Sansón y aquellos otros á quienes aplastó la torre de Siloé. Soy de opinión de que sigamos contra ellos, porque parece que la suerte nos ayuda y la ocasión tiene todos sus cabellos en la frente; cuando ha pasado, ya no la podéis agarrar porque es calva por detrás de la cabeza, y jamás vuelve sobre sus pasos.

—Pero eso—replicó Grandgousier—no ha de ser ahora, porque quiero festejaros esta tarde y celebrar vuestra bienvenida.

Dicho esto, prepararon la comida, para la que, como extraordinario, fueron asados 16 bueyes, tres terneras, 32 terneros, 63 cabritos domésticos, 398 cochinitos de leche, 220 perdices, 700 becas, 400 capones de Loudonois y Cornauaille,

6.000 pollos y otros tantos pichones, 600 gallinetas, 1.400 liebres y 303 avutardas. Además tuvieron 11 jabalíes que les envió el abad de Turpenay, 17 ciervos que les regaló el señor de Grandmon, 140 faisanes del señor de Essars y algunas docenas de palomas zoritas, cercetas, alondras, chorlitos, zorzales, ánades, avefrías, ocas, garzas, cigüeñas, aguiluchos, patos, pollos de la India y otros pájaros, abundantes guisados y la mar de verduras. Todo ello fué muy bien dispuesto por Frippesaulce, Hoschepot y Pilluerius, cocineros de Grandgousier; Ianot, Micquel y Verrenet, sirvieron de beber con abundancia.

CAPÍTULO XXXVIII

Gargantua se come seis peregrinos en ensalada.

Es preciso que contemos aquí lo que les sucedió á seis peregrinos que venían de San Sebastián, más allá de Nantes, y para albergarse aquella noche, por miedo á los enemigos, se ocultaron en el jardín, debajo de los troncos, entre las coles y las lechugas.

Gargantua se hallaba un poco alterado y preguntó si podían traerle unas lechugas para hacer ensalada. Sabiendo que allí las había mucho más hermosas que en todo el país, porque eran grandes como ciruelos y nogueras, quiso ir él mismo

buscarlas; trajo en su mano las que mejor le parecieron, y con ellas á los peregrinos, que, ocultos entre sus hojas, tenían tanto miedo, que no se atrevían ni á toser ni á hablar. Al lavarlas primero en la fuente, los peregrinos se dijeron en voz baja: —¿Qué es esto? ¡Parece que nadamos entre estas lechugas! ¿Queréis que llamemos? Pero si gritamos nos matarán como á espías. Como acordaron callar, Gargantua los echó con las lechugas en una cazuela de la casa, grande como la tina de Cisteaux, y con aceite, vinagre y sal se los comió, para refrescar antes de la cena. Ya se había engullido cinco, y el sexto estaba oculto tras de una hoja, asomando únicamente su bordón; Grandgousier lo vió y dijo á Gargantua:—Me parece que hay ahí un cuerno de limaco, no te lo comas.—¿Por qué? —repuso éste.—Todo es bueno. Y cargando con todo, hasta con el bordón, se comió lindamente al peregrino. Después bebió un larguísimo trago de vino seco para que le abriera el apetito.

Los peregrinos así devorados, se tendieron debajo de las encías lo mejor que pudieron, y pensaron que los habían encerrado en algún sótano. Cuando Gargantua bebió el gran trago, procuraron nadar en su boca, porque el torrente de vino los arrastraba hasta la boca del estómago, y saltando con sus bordones como hacen los Micquelots (1), se pusieron en salvo metiéndose entre sus

(1) Véase nuestro *Glosario*.

dientes; pero por desgracia uno de ellos, tanteando el terreno para ver si estaban seguros, golpeó rudamente con su palo en el hueco de una muela cariada, hiriéndole el nervio de la mandíbula, con lo que ocasionó á Gargantua fortísimo dolor y comenzó á gritar rabiosamente. Para buscar algún alivio hízose traer su limpiadientes, y escarbándose con el grueso nogal, sacó de su boca á los señores peregrinos.

A uno lo atrapó por las piernas, á otro por las espaldas, á otro por la alforja, á otro por la bolsa, á otro por los pies, y al que le había herido lo agarró por la bragueta; por cierto que le hizo un gran favor, pues le reventó un bubón chancroso que le martirizaba desde que pasaron por Ancenys. Los peregrinos salieron al trote largo y el dolor desapareció.

En aquel momento, Eudemón le llamó á cenar, pues todo estaba ya dispuesto.—Voy antes—dijo—á mear mis malos humores. Y meó tan copiosamente, que la orina alcanzó á los peregrinos y se vieron obligados á refugiarse en el bosque; pero allí cayeron todos, excepto Fournillier, en una trampa que habían hecho para cazar lobos, de la que pudieron escapar gracias á la industria del que se había salvado, que rompió todos los lazos y cuerdas. Salieron y pudieron acabar de pasar la noche en una casa cerca de Couldray.

Allí se consolaron de sus desgracias con las bue-

nas palabras de uno de ellos, llamado Lasdaller, quien demostró que esta aventura había sido profetizada por David. Salmo... *Cum exurgerent homines in nos forte vinos deglutissent nos*, cuando nosotros fuímos comidos con aquella ensalada con tanta sal. *Cum irasceretur furor eorum in nos, forsitam agua absorbisset nos*, cuando él bebió su gran trago. *Torrentem pertransivit ánima nostra*, cuando pasamos la gran riada.

Forsitem pertransisset ánima nostra aquam intolerabilem de su orina, que estuvo á punto de ahogarnos en el camino. *Benedictus Dominus qui non dedit nos in captionem dentibus eorum. Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo vennatium*, cuando caímos en la trampa. *Laqueos contritus est* por Fournillier *et nos liberati sumus. Adiutorium nostrum*, etc.

CAPÍTULO XXXIX

Cómo fué el monje festejado por Gargantua y la grata conversación que de sobremesa tuvieron.

Cuando Gargantua fué á la mesa y empezaron á servir los platos, Grandgousier comenzó á contar el origen y la marcha de la guerra que sostenía con Picrochole; llegó al punto de narrar cómo el hermano Juan de los Entomeures había triun-

fado en la defensa del claustro de la Abadía y colocó su proeza por encima de las de Camilo, Escipión, Pompeyo, César y Themistocles.

Gargantua dispuso que al punto se le llamara para consultar con él lo que debían hacer. Se ofreció á buscarlo el mayordomo y lo guió gozoso con su palo de la cruz á la presencia de Grandgousier y á caballo en la mula que éste le enviara. Cuando lo vió le hizo mil caricias y le dió mil abrazos y parabienes. —¡Ay, hermano Juan! ¡Amigo mío! ¡Hermano Juan, mi gran amigo! ¡Hermano Juan, por vida del Diablo, abrázame, apriétame el cuello, deja, *cuillons*, que te desriñone á fuerza de abrazarte! ¡Valeroso hermano Juan, no hay hombre más gracioso ni más cortesano que tú!

—¡A ver!—dijo Gargantua—un escabel aquí, á mi lado.

—Lo acepto—repuso el monje—puesto que así lo mandáis. Agua, paje, agua para refrescarme la boca, para gargarizar.

—*Depositata capa*—intervino Gimnasta;—colguemos ese escapulario.

—No, no, por Dios—protestó el monje—mi gentil hombre: hay un capítulo en mi Orden, *in statutis ordinis*, que lo prohíbe.

—¡Mierda!—exclamó Gimnasta.—¡Mierda para vuestro capítulo! Ese escapulario os rompe las espaldas, tiradlo al suelo.

—Dejádmelo, amigo mío, porque con él bebo

mejor; me lleno el cuerpo de júbilo, y si lo dejo harán con él los pajes escarapelas, como me sucedió una vez en Coulaines. Ahora no tengo apetito; pero si con él puesto me siento á la mesa, beberé por Dios, por tí y por tu caballo, y á todo esto, que Dios libre de mal á la compañía.

Yo ya he cenado, pero por esto no comeré un punto menos; tengo el estómago cubierto de tachuelas como las botas de San Benito y siempre abierto como la bolsa de un abogado.

De los pescados, la tenca; de las perdices, las alas; de las beatas, los muslos. ¿No es ridículo morir cuando todavía se endereza el miembro viril? A nuestro prior le gusta con exceso lo blanco de los capones.

—En eso—intervino Gimnasta—no se parece á los zorros, porque de los capones, pollos y gallinas que cogen, jamás se comen lo blanco.

—¿Por qué?

—Porque no tienen cocineros que se los tuesten, y si no están bien asados, permanecen rojos y no se ponen blancos. El rojo en las carnes es indicio de que no están bien asadas ó cocidas, excepto á las langostas y cangrejos, que los cardenaliza el fuego.

—¡Gran Dios! Entonces Bayard, el enfermero de nuestra abadía, no tiene aún bien cocida la cabeza, porque tiene los ojos encarnados como escudillas de aliso... Este muslo de liebre es cosa

buena para los gotosos. Y, á propósito: ¿por qué están siempre frescos los muslos de una dama?

—Ese problema—dijo Gargantua—no está en Aristóteles, ni en Alejandro Afrodisio, ni en Plutarco.

—Por tres causas—explicó el monje—en virtud de las cuales puede un lugar estar fresco siempre: *Primo*, porque el agua lo recorre de arriba abajo; *secundo*, porque es un lugar sombrío, obscuro y tenebroso, en el cual no entra el sol ni la luz, y *tertio*, porque está continuamente recibiendo vientos del culo, de la camisa y con frecuencia de la bragueta. He dicho.

— ¡Paje! ¡Bebida! Crac, crac, crac. ¡Qué bueno es Dios que nos da este vino tan rico! ¡Voto á Dios, que si yo hubiera vivido en tiempos de Jesucristo, habría evitado que los judíos lo prendieran en el huerto! El diablo me lleve si no les hubiera cortado las garras á los señores apóstoles que huyeron tan cobardemente después de haber cenado bien, dejando á su buen Maestro en peligro. ¡Mal veneno para los hombres que huyen cuando llega la hora de sacar los cuchillos! ¡Por qué no habré sido yo rey de Francia hace ochenta ó cien años! ¡Qué bien hubiera metido en calzas prietas á los fugitivos de Pavía! ¡La fiebre cuartana! ¡Por qué no morirían antes que abandonar al buen príncipe! ¡No es mejor y más honrado morir virtuosamente batallando que vivir huyendo villanamente?

Ya no comeremos más ocas este año. ¡Ay amigo míol Dame de ese cochinillo. ¡Diablo! ¿No hay más mosto? *Germinabit radix Iesse*. Yo entrego mi vida. Muero de sed. Este vino no es de los peores. ¿Qué vino bebáis en París? ¿Que me lleve el diablo si no tengo al año más de seis meses mi bodega abierta para todos los que vengan! ¿Conocéis al hermano Claudio de los altos Barroys? ¡Oh, qué buen compañero es! ¿Pero, qué mosca le habrá picado? No hace más que estudiar desde yo no sé cuándo. Yo por mi parte nunca estudio. En nuestra abadía nunca estudiamos por miedo á los zumbidos de oídos. Nuestro loco abad dijo que es cosa monstruosa ver á un monje sabio. Por Dios, señor, amigo mío, *magis magnos clericos non sunt magis magnos sapientes*.

Jamás habéis visto tanto libro como hay allí este año. Nunca he podido cazar un buitre ni un alcotán. El señor de la Belloniere me había prometido un alcotán; pero después me ha escrito que le ha salido pelón (1). Las perdices este año nos comerán las orejas. No me gusta cazar con red, porque me enredo en ella. Si no corro ni salto no estoy en mis cabales. Saltando á las hayas y á los robles, á mi escapulario se le cae el pelo. He encontrado un gran lebre. Me doy al diablo si se le escapa una liebre. Un lacayo ame-

(1) Véase nuestro *Glosario*.

nazó al señor de Maulevier y yo lo destrocé. ¿Hice mal?

—No, hermano Juan; de ningún modo—dijo Gimnasta.

—Duro contra esos diablos mientras vivan. ¡Por el corazón de Dios que me proporciona gran placer el ponerles los cuernos!

—Cuánto juráis—objetó Ponócrates.

—No lo hago más que para adornar mi lenguaje; son estos floreos y colores de la retórica ciceroniana.

CAPÍTULO XL

Por qué los monjes han huído del mundo y por qué unos tienen la nariz más grande que otros.

—A fe de cristiano—dijo Eudomon—que me pone en cuidado el considerar la sabiduría de este fraile, que aquí nos ha deslumbrado á todos. ¿Por qué se rechaza á los monjes de todas las buenas compañías, llamándolos turbafiestas, como las abejas rechazan á los moscones de alrededor de sus panales? *Ignanum fucus pecus*—escribió Maron—á *presepius arcent*.

Y contestó Gargantua:—La verdad es que el escapulario y la cogulla atraen los oprobios, juramentos y maldiciones, como el viento llamado

Cecias (1) atrae las nubes. La razón de esto se encuentra en que se comen la mierda del mundo, es decir, los pecados, y como á tragamierdas, se les encierra en los retretes, que son los conventos y abadías, separados de la cortesía, como los retretes de las casas.

Si sabéis por qué los ratones se ven siempre perseguidos á muerte, os explicaréis el que los frailes sean siempre rechazados por viejos y jóvenes; el ratón no guarda la casa como el perro, no tira del arado como el buey, no produce leche ni lana como la oveja, no lleva carga como el caballo; no hace más que robar, destruir y devastar, y por esto se le recibe con persecuciones y apaleamientos.

Asimismo un fraile—y hablo de los frailes ociosos—no trabaja como el campesino, no guarda el país como el soldado, no combate las enfermedades como el médico, no predica ni educa al mundo como el buen doctor evangélico y el pedagogo, no proporciona las comodidades ni las cosas necesarias á la república como el mercader. Esta es la causa de que todos huyan de él y todos le aborrezcan.

—Ten en cuenta—interrumpió Grandgousier—que ruegan á Dios por nosotros.

—Nada menos que eso—replicó vivamente

(1) Véase nuestro *Glosario*.

Gargantua.—Verdad es que molestan á todo el vecindario repicando continuamente sus campanas.

—¡Ah!—exclamó el monje.—Una misa, unos maitines, unas vísperas, que se han repicados bien, están ya medio dichas.

—Ellos—prosiguió Gargantua—rezan muchas leyendas y salmos que no entienden. Ensartan gran número de Padrenuestros entremezclados de Avemarías, sin pensar en lo que hacen, y á esto le llamo yo engañar á Dios, no rezar. Así les ayude Dios como ruegan por nosotros, y no por sus migas y sus sopas grasientas. Sólo los verdaderos cristianos de todos los Estados y todos los lugares y en todo tiempo ruegan á Dios; el Espíritu Santo intercede y ruega también por ellos, y Dios los acoge en su gracia. No he querido aludir á nuestro buen hermano Juan, que aunque vive bajo sus hábitos como todos, no es santurrón, ni antipático, sino discreto, alegre, avisado y buen compañero. Trabaja, se afana, protege á los oprimidos, socorre á los menesterosos y guarda la abadía.

—Hago mucho más que eso: en acabando los maitines y aniversarios, con el jarro al lado, tuerzo cuerdas de ballesta, hago flechas y billardas y redes de cazar conejos; jamás estoy ocioso. Pero... bebamos, bebamos. ¡Venga mosto! Estas son castañas del monte de Estrocs; con el vino nuevo, la mejor compostura para los pies. Vosotros no estáis todavía amostillados. Por Cristo que yo bebo

á todo gazzate como el caballo de un promotor.

—Hermano Juan—dijo Gimnasta—comeos esa cereza que os cuelga de la nariz.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Me veré en peligro de nadar? Veo que estáis con el agua hasta la nariz; no, no. ¿*Quare?* ¿*Quia?* ¡Oh, el agua!

Puede salir bien; de que entre no hay cuidado,
que con fuertes pámpanos estoy pertrechado.

¡Ay, querido amigo! Quien llevara botas de invierno, de cuero muy fuerte, difícilmente podría pescar ostras, porque unas botas así jamás toman agua.

—¿Por qué—preguntó Gargantua—tiene tan hermosa nariz el hermano Juan?

—Dios lo ha querido así—replicó Grandgousier—porque nos hace según su divino arbitrio, como el alfarero sus cazuelas.

—No—añadió Ponócrates—es porque llegó de los primeros al reparto de narices y pudo tomar la más hermosa y la más grande.

—Tampoco aciertas—concluyó el monje.—Según la verdadera filosofía monástica es porque mi nodriza tenía las tetas gordas y blandas, y al mamar las hundía allí como en manteca, y así se expansionaban y crecían como la pasta en la amasadera. Las tetas duras de las nodrizas hacen los niños chatos. Pero, ¡ay! ¡ay! ¡ay! *ad forman nasi*,

cognoscitur ad te levani. Yo no como confituras.
¡Paje! ¡Bebida! ¡Vengan también tostones!

CAPÍTULO XLI

Cómo el monje hizo dormir á Gargantua y de las horas de su breviario.

Concluída la cena, hablaron del negocio pendiente, y se acordó que alrededor de la media noche saldrían de escaramuza para ver en qué se ocupaba el enemigo, y hasta la hora convenida reposarían un poco para estar mejor dispuestos.

Gargantua estaba tan impaciente que no podía conciliar el sueño, y el fraile le dijo:—Yo no duermo sino cuando estoy en un sermón ó cuando me pongo á orar. Recemos los dos los siete salmos, para ver si con ellos nos quedamos dormidos. La proposición fué del agrado de Gargantua y comenzaron el primer salmo; al llegar al párrafo *beati quorum* se durmieron uno y otro; pero el monje, como estaba acostumbrado á los maitines claustrales, no dejó de despertar á media noche.

Ya levantado, despertó á los demás, cantando á todo pulmón:

¡Oh, Regnault, levántate y vela!
¡Oh, Regnault, levántate!

Cuando todos estuvieron de pie, dijo:

—Señores, sabido es que se empiezan las mañanas tosiendo y las cenas bebiendo; procedamos á contrapelo, comenzando nuestra mañana por beber, y á la hora de la cena ya toseremos á cual mejor.

—¿Cómo?—preguntó Gargantua.—¿Beber así al despertar? Esto no está admitido por la medicina. Es preciso antes limpiar el cuerpo de residuos y excrementos.

—Bien medicinado—repuso el monje;—pero cien mil diablos me salten en el estómago si no hay más borrachos viejos que viejos médicos. Yo tengo tan bien enseñado á mi apetito, que se acuesta conmigo y conmigo se levanta y me acompaña todo el día; limpiaos como queráis, que yo me vuelvo á mi *acompañante*.

—¿Qué acompañante tenéis?

—Mi breviario (1), porque así como los halconeros, mientras pastan sus pájaros, á veces les hacen traer algún muslo de gallina para limpiarse de flemas y abrirse el apetito, del mismo modo yo con mi breviario me curo muy bien el estómago y me preparo á beber.

—¿A qué usanza decís vuestras horas?

—A la de Fecan; tres salmos, tres lecciones ó lo que quiero; no me gusta sujetarme á las horas; las horas se han hecho para el hombre y no el

(1) Véase nuestro *Glosario*.

hombre para las horas, y así yo hago con las más lo que los herreros: las acorto ó las alargo, como mejor me parece.

*Brevis oratio penetrat celos
Longa potatio evacuat scyphos.*

Pero, *venite adpotemus.*

Después prepararon grandes tostadas de mante-
ca y succulentas sopas de *prima*, (1) y el monje
bebió á su gusto; unos le acompañaron y otros no.
Después comenzaron á armarse y pertrecharse,
haciéndolo también con el fraile, contra su volun-
tad, pues no quería más armas que su escapulario
delante del estómago y su palo de la cruz en la
mano; fué, sin embargo, cubierto de acero de
pies á cabeza, montado sobre un buen corcel de
la tierra y provisto de una espada corta y ancha.

Con él marcharon Gargantua, Ponócrates, Gim-
nasta, Eudemón y veinticinco de los más valientes
soldados de Grandgousier, todos muy bien arma-
dos, lanza en ristre, y montados como San Jorge,
cada uno con un arcabucero á la grupa.

(1) Véase nuestro *Glosario*.

CAPÍTULO XLII

Cómo el monje infundió valor á sus compañeros
y cómo se colgó de un árbol.

Sin ninguna precaución van los nobles campeones á sus aventuras, bien ajenos de pararse á pensar qué encuentro han de provocar y de cuál han de guardarse cuando llegue la hora de la terrible batalla. El fraile les infunde valor, gritando:—¡Hijos míos! No tengais temores ni dudas; yo os guío seguramente. Dios y San Benito vienen con nosotros. Si yo tuviera tanta fuerza como valor, yo sólo los desplumaba como á los patos. No temo á nada más que á la artillería; pero sé una oración que nos ha enseñado el subsecretario de nuestro convento, que preserva contra todas las bocas de fuego; pero no me servirá para nada, porque no tengo fe. Sin embargo, mi palo de la cruz hará diablos y lo emplearé también contra aquellos de vosotros que huyan. Que me lleven los demonios si no he de hacerle monje en mi puesto y encastrarlo con mi escapulario. Es el mejor médico para la cobardía de las gentes.

¿No habéis oído hablar del lebel del señor de Meurles, que no ladrará más por estos campos? Pues este mismo le metió un escapulario por el culo; por el corazón de Dios, que no se le escapaba liebre ni zorro y corría á todos los perros del

país; pero para en adelante ya está curado *de frigidis et maleficiatis*.

Cuando el monje decía colérico estas palabras, pasó por debajo de un nogal junto á la saucera, y en una de sus ramas se enganchó la visera de su yelmo, metió las espuelas á su caballo, y como para desenredarse había soltado la brida de la mano y se había cogido al árbol, el caballo siguió corriendo y él quedó colgado, clamando á lo vivo y á lo muerto y protestando de traición.

Eudemón fué el primero que lo vió, y llamando á Gargantua, le dijo: ¡Ciro! ¡Venid y veréis á Absalón colgado!

Cuando llegó Gargantua y vió la situación del fraile y la forma en que pendía, contestó á Eudemón:—Le habéis comparado mal, porque Absalón se colgó de los cabellos; pero el monje, rapado como está, se ha colgado de las orejas.

—¡Ayudadme, por todos los diablos!—gritaba el monje.—¿Es este momento de burlas? Os parecéis á los predicadores decretalistas cuando dicen que el que vea á otro en peligro de muerte, debe, bajo pena de excomunión, *trissulce*, amonestarlo á confesarse y ponerse en estado de gracia, antes que ayudarle. Como yo los viera en el río ó colgados de este nogal, en lugar de socorrerlos y darles la mano, les haría un hermoso y largo sermón *de contempto mundi et fuga sæculi*, y cuando ya estuvieran á punto de morir, acudiría á salvarlos.

—No te quejes, querido—dijo Gimnasta—que ya voy á descolgarte, puesto que eres un gentil y agradable frailecillo.

*Monachus in claustrò
non valet ova duo,
sed quando est extra
bene valet triginta.*

He visto colgados á más de quinientos; pero no vi ninguno que tuviera tan buena gracia; si yo la tuviera así, querría estar colgado toda mi vida.

—¿Habéis predicado bastante? Ayudadme, por Dios, ya que por todos los diablos no queréis hacerlo. Por el hábito que llevo, que de ello os arrepentiréis: *tempore el loco prelibatis*.

Bajó Gimnasta de su caballo, y subiendo al nogal, con una mano levantó al monje por la garganta, y con la otra le desenredó la visera y bajaron los dos. El fraile entonces se desnudó de su arnés y pieza por pieza lo fué tirando por el campo. Después requirió su garrote, montó en su caballo, que Eudemón había logrado atajar, y contentos ya todos, tomaron el camino de la saucera.

CAPÍTULO XLIII

Gargantua encuentra las avanzadas de Picrochole, mata el monje al capitán Tiravant y cae prisionero de los enemigos.

Picrochole, al oír la relación de la derrota en la que Tripet fué destripado, tuvo un gran ataque de ira que aumentó al saber que los suyos habían sido acometidos por los diablos. Pasó en Consejo toda la noche; Hastiveau y Toucquedillon afirmaron que su poder era tal que bien podían desafiar á todos los diablos y derrotarlos si vinieran. Picrochole no lo creyó del todo y comenzó á tomar precauciones.

Dirigidos por el conde Tiravant, para que reconocieran el país, envió mil seiscientos caballeros como avanzada montados en ligeros corceles, bien «aspergeados» de agua bendita, y con una estola cada uno por corbata, para que si encontraban á los diablos, tanto por virtud del agua Gregoriana como de las estolas, les hicieran huir y desvanecerse.

Corrieron hasta los alrededores de Vauguyon y Maladerye; pero no encontraron ni personas con quienes hablar; se dirigieron hacia abajo, y en la casa y tugurio pastoral de Couldray encontraron á cinco de los seis peregrinos y los apalearon y

ataron como si fueran espías, no obstante sus exclamaciones, juramentos y protestas.

Bajando hacia Sevilé, fueron vistos por Gargantua, quien dijo á sus gentes:—Compañeros: aquí hay encuentro y vienen en número diez veces mayor que el nuestro. ¿Les acometeremos?

—¿Qué diablo hemos de hacer, sino acometerles?—exclamó el monje.—¿Contáis los hombres por el número ó por el valor y la destreza? ¡Pelee-mos, diablos, peleemos!

Oyeron esto los enemigos y pensaron que efectivamente eran diablos, con lo que comenzaron á huir á rienda suelta todos, excepto Tiravant, que puso su lanza en ristre y cayó sobre el monje, hiriéndole en medio del pecho; pero al tropezar con el escapulario horrorífico rebotó el hierro como una bolita de cera tirada contra un yunque. Entonces el fraile, con su palo de la cruz le golpeó tan rudamente entre cogote y cuello, que le hizo perder todo sentido y movimiento y caer á los pies del caballo.

Al ver la estola que llevaba dijo á Gargantua:—Estos no son más que presbíteros, que es el principio de los monjes; por San Juan, que como soy monje perfecto he de matarlos como moscas.

Luego salió á galope en persecución de los que huían, y logrando encontrar á los últimos los molió como á sal, golpeando á tuerto y derecho.

Gimnasta preguntó á Gargantua si debían imi-

tarle, á lo que Gargantua contestó:—De ninguna manera. Según la verdadera disciplina militar, no es justo ni conveniente poner al enemigo en punto de desesperación, porque entonces se multiplica su fuerza y acrece su valor, que ya estaba decaído y desfallecido. No hay mejor camino de salvación para los vencidos y abatidos que el no esperarla de ninguna parte. ¡Cuántas victorias han arrancado los vencidos de las manos de los vencedores, por no haberse detenido en el punto de la verdadera razón, y haberlos querido matar y destruir á todos sin dejar uno sólo para que llevara la noticia! Abrid siempre á vuestros enemigos todas las puertas y caminos y para que huyan ponedles un puente de plata.

—Así es; pero ellos tienen allí al monje.

—¿Tienen ellos al monje? Sobre mi honor, que será para su daño. Pero á fin de precavernos contra todos los azares, no vayamos más allá y espere-
remos aquí en silencio, porque ya creo conocer el sistema de nuestros enemigos; se guían por la suerte, no por la reflexión.

Y allí quedaron ocultos bajo las nogueras mientras el monje perseguía y apaleaba á diestro y siniestro sin tener compasión de nadie, hasta que encontró á un jinete que llevaba á la grupa uno de los pobres peregrinos, y cuando comenzaba contra ellos el ataque, gritó:—¡Señor prior, amigo mío, salvadme, yo os lo ruego! Al oír esto, se

volvieron todos de repente y, viendo que allí no había nadie más que el monje y que él sólo les causaba el descalabro, cayeron sobre él, y le dieron más palos que lleva el borrico de un leñador; pero tenía la piel tan dura que no le hacían ningún daño, como si descargaran sobre el escapulario todos los golpes. Después encargaron de su custodia á dos arqueros; volviendo riendas no vieron á nadie contra ellos y pensaron que Gargantua habría huído con su gente. Entonces volvieron hacia los nogales con gran rapidez, dejando atrás al fraile con los arqueros.

Cuando Gargantua oyó el ruido de los caballos y los arneses, dijo á los suyos:—Compañeros, oigo á nuestros enemigos y veo algunos de ellos que vienen como locos contra nosotros; quedémonos aquí y extendámonos por líneas á lo largo del camino; de esta manera los podremos tratar á nuestro gusto.

CAPÍTULO XLIV

Cómo el monje se desprendió de sus guardas y cómo la avanzada de Picrochole fué deshecha.

El monje al verlos marchar así en desorden conjeturó que iban á cargar sobre Gargantua y los suyos y se condolió amargamente de no poderlos socorrer. Al mismo tiempo admiró la con-

tinencia de los dos arqueros, que de buena gana hubieran ido con la tropa para pescar algo como botín y miraban recelosos el valle por donde con él descendían. Después, silogizando, se dijo:—Estas gentes no están ejercitadas en hechos de armas porque nada me han preguntado ni siquiera se han detenido á quitarme la espada. De pronto, tiró de ella, hiriendo al arquero que iba á su derecha; le cortó enteramente la yugular, el esófago y las dos glándulas. En otro golpe le abrió la médula espinal, entre la segunda y tercera vértebra y cayó al suelo muerto. Volviendo el caballo á la izquierda, se fué contra el otro, que viendo muerto á su compañero y comprendiendo su peligro, comenzó á gritar:—¡Señor prior! ¡Yo me entrego! ¡Señor prior, amigo mío, señor prior!—El monje le contestaba en el mismo tono:—¡Señor posterior, amigo mío, señor posterior, llegó vuestra hora postrera! El arquero seguía gimoteando:—¡Ay señor prior, querido mío, que Dios os haga abad!

—Por el hábito que llevo, he de haceros cardenal. ¿Os gustan las gentes de iglesia? Pues por mi mano tendréis ahora mismo un sombrero rojo.

—¡Señor prior, señor prior, señor abad futuro, señor cardenal, señor todo! ¡Ay! señor prior, buen señor prior, querido señor prior, me rindo, me rindo!

—Y yo te rindo á todos los diablos.

Entonces de un golpe le tajó la cabeza por entre los dos temporales, partiéndole por medio el cerebro y el cerebelo, que se abrieron cayendo como un bonete doctoral, negro por bajo y rojo por arriba, con lo cual cayó en tierra muerto también.

Hecho esto picó de espuelas á su caballo y siguió las huellas de los enemigos, los cuales habían encontrado á Gargantua y sus compañeros en el camino. Tanto habían disminuído en su número por las bajas que les habían causado Gargantua con su árbol, Gimnasta, Ponócrates, Eudemón y los otros, que comenzaban á retirarse con presteza, espantados y perturbados de sentido y entendimiento como si vieran en su propia especie y forma á la muerte delante de sus ojos. Así como habréis visto á un burro, que cuando tiene en el culo un tábano junónico (1) ó una mosca que le pica, corre acá y allá sin ruta ni camino, tirando por tierra su carga, rompiendo el freno y la cincha, sin pararse á respirar y sin saber lo que le pasa porque no ve á quien le hace daño, así huyen esas gentes faltas de sentido, sin saber la causa de su fuga, pues tan sólo les persigue el terror pánico que han concebido ante las armas.

Viendo el monje que todo su pensamiento lo tenían en los pies, bajó de su caballo y subió so-

(1) Véase nuestro *Glosario*.

bre una piedra que había en medio del camino y con su espada de plano, sin hender ni cortar, siguió golpeando á los fugitivos, tanto que el acero se le partió por medio.

Entonces, pensó en sí mismo, pues estaba molido y quebrantado y consideró que el resto debía vivir para llevar las noticias. Cogió un hacha de uno de los muertos y se sentó sobre su piedra para ver pasar tropezando con los cadáveres á sus enemigos, á quienes les hacía rendir sus picas, espadas, lanzas y arcabuces; cuando llegaron los que llevaban atados á los peregrinos, los puso á pie y les dió los caballos á los pobres hombres, reteniéndolos consigo provisionalmente. A Toucquedillon lo hizo prisionero.

CAPÍTULO XLV

Cómo trató el monje á los peregrinos y las buenas palabras que le dijo Grandgousier.

Una vez terminada la aventura, se retiró Gargantua con sus gentes, excepto el monje, y al despuntar el día se volvieron á casa de Grandgousier, quien en su lecho rogaba á Dios por la salud y la victoria. Viéndolos á todos sanos y salvos los abrazó cordialmente y les pidió noticias del fraile. Gargantua le contestó que sin duda lo tenían sus ene-

migos.—No tendrán nada bueno, replicó Grandgousier, porque para estos casos es la frase «regalar el monje á alguno».

En seguida dispuso que se les preparase un gran almuerzo para reconfortarlos. Cuando estaba todo dispuesto llamaron á Gargantua, pero éste, apenado por la desaparición de su amigo, no quiso beber ni comer.

En esto llegó, y desde la puerta del patio comenzó á gritar:—¡Vino fresco! ¡Gimnasta, amigo mío, vino fresco!

Salió Gimnasta y vió al hermano Juan que consigo traía los cinco peregrinos y á Toucquedillón prisioneros; avisado Gargantua salió y le hizo el mejor recibimiento imaginable. Guiado á la presencia de Grandgousier, éste le preguntó lo sucedido, y el monje lo contó todo: cómo le hicieron prisionero, cómo se deshizo de los arqueros, su nueva lucha en el camino, su descubrimiento de los peregrinos y la prisión del capitán.

Después se pusieron todos á banquetear alegremente. Grandgousier preguntó á las peregrinos de qué país eran, de dónde venían y á dónde iban. Lasdaller contestó por todos:—Señor, yo soy de San Genou de Berry, éste de Paluau, éste otro de Onzay, aquél de Argy y aquél otro de Villebrenin. Veníamos de San Sebastián, más allá de Nantes, en pequeñas jornadas.

—¿Qué íbais á hacer en San Sebastián?

—Ibamos á ofrecerle nuestros votos contra la peste.

—¡Oh, pobres gentes! ¿Pensáis que la peste viene de San Sebastián?

—Verdaderamente; nuestros predicadores lo afirman.

—¿De manera que los falsos profetas os dicen tal despropósito? ¿Blasfeman de este modo contra los justos y los santos hasta hacerlos iguales á los diablos, que son los que traen el mal á los hombres? Así como Homero escribió que la peste fué enviada por Apolo á la armada de los griegos, y los poetas fingen un gran pozo de divinidades malhechoras, así predicó un hipócrita en Sinays que San Antonio manda el fuego á las piernas, San Eutropio hace los hidrópicos, San Gildas los locos, San Genou los gotosos. Yo los castigaría tan ejemplarmente, aunque me llamasen herético, que después, ningún hipócrita habría de entrar en mis tierras. Me asombra que vuestro rey deje predicar en su reino tales escándalos, porque estas cosas son más punibles que los hechos de aquellos que por arte mágico ó por cualquier otro expediente introdujera la peste en el país, porque la peste no mata más que el cuerpo y los impostores envenenan las almas.

En este punto, entró el monje muy determinado, y les preguntó:—¿De dónde sois, desgraciados?

—De San Genou—dijo uno de ellos.

—¿Cómo marcha el abad Tranchilión, el gran bebedor? ¿Y los monjes, están gordos? ¡Corazón de Dios! ¡Bien se apañarán con vuestras mujeres mientras vais de romería!

—Yo por la mía—dijo Lasdaller—no tengo cuidado. El que la vea de día no se romperá la cabeza por visitarla de noche.

—Este es un zorro. Podrá ser tan fea y tan arisca como Proserpina; pero caerá, puesto que hay monjes alrededor, porque un buen artífice hace todas las piezas. Que me entre gálico si no las encontráis embarazadas á vuestro regreso. Sólo la sombra del campanario de una abadía las fecunda.

—Entonces—dijo Gargantua—es como el agua del Nilo en Egipto, si hemos de creer á Strabón y Plinio, lib. VII, cap. III.

—¡Idos! ¡Idos, pobres gentes!—intervino Grandgousier.

En nombre del Dios Creador que os tenga en guarda perpetua. Para en lo sucesivo, no os entreguéis á estos ociosos é inútiles viajes. Atended á vuestras familias, trabajad cada uno en vuestro oficio, educad á vuestros hijos y vivid como os manda el apóstol San Pablo.

Si así lo hacéis, tendréis con vosotros la ayuda de Dios, de los ángeles y de los santos, y no habrá peste ni mal que os haga daño.

Después Gargantua los condujo al comedor para que almorzaran; pero ellos no hacían más que sus-

pirar, y le dijeron:—¡Qué feliz es el país que tiene por señor un hombre así! Más nos hemos instruído y educado en esta conversación que con él hemos tenido, que en todos los sermones que nos han predicado en nuestro pueblo.

—Eso mismo—les contestó Gargantua—es lo que dice Platón, libro V *de repub.*: «Las repúblicas no serán felices hasta que los reyes filosofen ó los filósofos reinen.»

Después les hizo llenar sus alforjas de víveres y sus botellas de vino, y les dió un caballo á cada uno para que hicieran su camino, y algunos *carolus* para que bebieran.

CAPÍTULO XLVI

Cómo Grandgousier trató humanamente á su prisionero
Toucquedillón.

Llevado Toucquedillón á presencia de Grandgousier, éste le preguntó sobre la empresa y asunto de Picrochole y el fin que pretendía con tan tumultuaria batahola. El prisionero contestó que su propósito era conquistar, si podía, todo el país, por la injuria hecha á sus pasteleros.

—Eso—replicó Grandgousier—es pretender mucho, y quien mucho abarca, poco aprieta. El tiempo no es de conquistar reinos, y mucho me-

nos en los dominios de su cristiano aliado y amigo; esta imitación de los antiguos Hércules, Alejandro, Aníbal, Escipiones y Césares, es contraria á las prescripciones del Evangelio, que nos encomiendan guardar, regir, salvar y administrar cada uno sus tierras y no invadir hostilmente las de los demás. Eso que los mencionados sarracenos y bárbaros llamaban proezas, debemos nosotros llamar bandidajes y maldades. Mejor hubiera hecho en sostenerse en su casa gobernándola lealmente, que en insultar la mía y saquearla, porque gobernándola bien, la hubiera aumentado, y por saquear la mía, será destruído.

Idos en nombre de Dios; servid á buenas causas; señalad á vuestro rey los errores que conocáis y jamás le pongáis en riesgo por vuestro provecho personal, porque con lo común se pierde también lo propio.

En lo que tengáis razón, he de dárosela enteramente: os devolveré vuestras armas y vuestro caballo, porque así se debe hacer entre vecinos y buenos amigos, visto que ningún motivo hay para la guerra que sostenemos, que hablando con propiedad no debe llamarse guerra. Platón decía que cuando los griegos levantaban sus armas unos contra otros, no eran guerras, sino sediciones lo que sostenían. Puesto que así por desgracia sucede entre nosotros, conviene que se use de toda moderación. Si la llamáis guerra, no es más que su-

perficial, porque no sale del profundo gabinete de nuestro corazón.

Ninguno de nosotros ha sido ultrajado en su honor, y en suma, sólo se trata de rehabilitar cualquier falta cometida por nuestras gentes, es decir, por las vuestras y las nuestras, que puesto que la conocéis debíais dejarla á un lado: los que-rellantes están más obligados á contener que á impulsar, mucho más ofreciendo satisfacciones excesivas, como yo las he ofrecido.

Dios será justo apreciador de vuestra diferencia y le suplico me quite mi vida y mis bienes, antes de que por mí ó los míos seáis ofendidos.

Dichas estas palabras, llamó al monje, y delante de todos le preguntó:

—Hermano Juan, mi buen amigo, ¿sois vos quien ha preso al capitán Toucquedillón, aquí presente?

—*Ciro*: presente está; tiene discreción y edad y prefiero que lo sepáis por su confesión á que lo sepáis por mi palabra.

—Entonces—dijo Toucquedillón:—Señor: es él en verdad quien me hizo prisionero y á él me rindo francamente.

—¿Lo habéis puesto á rescate?—volvió á preguntar Grandgousier.

—De eso—contestó el monje—no me cuido.

—¿Cuánto queréis?

—Nada, nada; eso ya no me importa.

Entonces mandó Grandgousier que á presencia del prisionero se contaran 62.000 *saluts* (1) de oro y se entregaran al monje como indemnización; después preguntó á Toucquedillón si quería permanecer á su lado ó regresar junto á su rey; éste contestó;—Tomaré el partido que me aconsejéis; y Grandgousier le mandó que volviera con los suyos y le deseó que Dios les acompañara á todos.

Después le regaló una hermosa espada de Viena con la vaina de oro, adornada con preciosas viñetas de orfebrería y un collar que pesaba 702.000 marcos, de oro también, guarnecido de piedras finas y estimado en 160.000 ducados. Además le entregó en dinero 10.000 escudos.

Toucquedillón montó en su caballo; Gargantua, para que fuera seguro, le rodeó de 30 hombres armados y 120 arqueros,² al mando de Gimnasta, que le acompañaran hasta las puertas de la Roche Clermauld, si allí quería ir.

Cuando el prisionero partió, el monje devolvió á Grandgousier el dinero que había recibido, diciéndole:—*Ciro*, todavía no es hora de que hagáis estos dones. Esperad al fin de la guerra, porque no se sabe qué azares podrán sobrevenir. La guerra, hecha sin buena provisión de plata, no es más que hoguera de virutas. El nervio de las batallas es el dinero.

(1) Véase nuestro *Glosario*.

—Entonces—concluyó Grandgousier—al final os daré la merecida recompensa á vos y á todos los que me hayan servido bien.

CAPÍTULO XLVII

Cómo Grandgousier mandó reunir sus legiones y cómo Toucquedillon mató á Hastiveau y después fué muerto por disposición de Picrochole.

En aquellos mismos días, los de Besse, Marché, Saint Jaques de Traineau, Parillé, Riviere, Roches de San Paoul, Vaubreton, Pautillé, Brehemont, Bourder, Puente de Clain, Cravant, Grandmont, Villaumere, Huymes, Sergé, Husse, Saint Lovant, Panzoust, Coldreaux, Verron, Coulaines, Chose, Varennes, Bourgueil, isla de Bouchard, Croullay, Narsay, Caude, Montsoreau y otras villas vecinas enviaron embajadas á Grandgousier para decirle que estaban enterados de todas las demasías de Picrochole, y en atención á sus alianzas le ofrecían todo su poder, soldados, dinero y municiones de guerra.

El dinero que entre todos le enviaron sumaba ciento treinta y cuatro millones y dos escudos y medio de oro.

Los soldados eran 15.000 hombres de armas, 32.000 de caballería ligera, 89.000 arcabuceros, 140.000 aventureros (1), 11.200 cañones, doubles

(1) Véase nuestro *Glosario*.

cañones, basiliscos y espirales y 47.000 peones; todos con los sueldos pagados y provistos de municiones para seis meses y cuatro días. Gargantua ni aceptó ni rehusó del todo la oferta.

Agradecióselo mucho y les dijo que en aquella guerra él se las compondría de modo que no fuera necesario emplear tantos hombres de bien. Sólo dispuso que se ordenaran las legiones que tenía en las plazas de Chauviny, Gravot y Quinquenays, que sumaban 2.500 hombres de armas, 66.000 infantes, 26.000 arcabuceros, 200 piezas de artillería gruesa, 22.000 peatones y 6.000 de caballería ligera, todos bien equipados, aprovisionados, armados y asistidos de todos los servicios de guerra, tan bien instruidos en el arte militar, tan conocedores y obedientes de sus enseñas, tan prontos á seguir las órdenes de sus capitanes, tan ágiles para marchar, tan fuertes para chocar, tan prudentes para las aventuras, que parecían el aparato armónico de un órgano ó el mecanismo de un reloj más bien que un ejército.

Cuando llegó Toucquedillón se presentó á Picrochole y le contó todo lo que había oído y visto, aconsejando con sólidas razones que se hicieran las paces con Grandgousier, que le había demostrado ser el hombre más de bien que había en el mundo, añadiendo que no era preciso ni razonable molestar así á unos vecinos, de los cuales no habían recibido más que favores, y sobre todo, que

de aquella empresa no habían de obtener más que daños y desgracias, porque el poderío de Picrochole no era tan grande que Grandgousier no pudiera destruirlo á su gusto.

No bien había pronunciado estas palabras, cuando Hastiveau dijo en alta voz:—¡Qué desgraciado es el príncipe que se ve servido de gentes tan fácilmente corrompibles como Toucquedillón! Veo su valor tan cambiado, que seguramente se hubiera unido á nuestros enemigos para combatirnos y atrahillarnos si le hubieran querido admitir; pero como la virtud es apreciada por todos, amigos y enemigos, la maldad es por todos conocida y sospechada y puede ser que de ella se sirvan ahora nuestros enemigos por medio de traidores abominables.

Al oír esto Toucquedillón, impaciente, sacó su espada y atravesó á Hastiveau, por un poco más abajo de la tetilla izquierda, con lo cual murió en el acto. Al verle caer, dijo colérico:—¡Así perecen los que vituperan á los fieles servidores!

Picrochole se puso furioso, y viendo el acero ensangrentado fuera de su vaina, interrogó á Toucquedillón:—¿Te había yo dado esa espada para matar traídoramente en mi presencia á tan buen amigo mío como lo era Hastiveau? En seguida mandó á los arqueros que lo cortaran en pedazos, lo que hicieron tan cruelmente, que la estancia llegó á encharcarse de sangre. Hizo inhumar con

todos los honores el cuerpo de Hastiveau y los pedazos de Toucquedillón se arrojaron al foso del castillo.

La noticia de estas barbaridades comenzó á circular en seguida por todo el ejército, en donde muchos comenzaron á murmurar contra Picrochole, tanto que Grippepinault le dijo:—Señor, yo no sé cuál será el resultado de esta guerra; no veo á la gente muy valerosa; consideran que estamos muy mal aprovisionados de víveres, y en dos ó tres encuentros que hemos tenido, perecieron muchos. Además, nuestros enemigos están recibiendo muchos refuerzos, y si de una vez nos asaltan, llegará nuestra ruina total.

—¡Mierda, mierda! — dijo Picrochole.—Os parecéis á las anguilas de Melun: chilláis antes de que os cojan. ¡Dejadlos venir, dejadlos venir!

CAPÍTULO XLVIII

Gargantua combate á Picrochole frente á la Roche-Clermauld y deshace su ejército.

Gargantua llevaba el mando supremo de las tropas; su padre permaneció en su castillo, y al despedirlo le infundió valor con buenas palabras y prometió grandes favores á los que realizaran proezas.

Los expedicionarios ganaron el vado de Vede-

y con barcos y puentes diestramente contruídos pasaron rápidamente á la otra orilla. Después estudiaron la situación de la Roche; que era ventajosa por su altura, y durante la noche deliberaron acerca de lo que debían hacer, hasta que Gimnasta dijo:—Señor: tal es la naturaleza y complexión de los franceses, que no valen más que para el primer encuentro; después ya son peores que diablos, y si descansan, menos que mujeres. Opiño que ahora mismo, en cuanto hayan respirado un poco, demos el asalto.

Así se acordó y comenzaron á preparar la gente y dotarla de todo lo necesario; el monje tomó seis batallones de infantería y doscientos hombres armados; rápidamente atravesó los cenagales y ganó una colina junto al ancho camino de Loudun.

Mientras realizaban el asalto, la gente de Picrochole no sabía si sería mejor salir á recibirlos ó guardar la villa sin moverse. Por fin, salió furiosamente de su casa, seguido de algunos guerreros, y fué recibido y festejado con grandes cañonazos, que venían de las alturas en donde los gargantuitas habían situado la artillería, mientras las demás tropas estaban en el valle. Los atacados se defendían lo mejor que podían; pero sus proyectiles pasaban todos muy altos sin herir.

Algunos que se habían salvado de los cañonazos cayeron fieramente sobre nuestros soldados, que los recibieron con bravura y los hicieron ro-

dar por tierra; viendo esto, se quisieron retirar, pero el monje les había cortado el camino, por lo cual huyeron sin orden ni concierto. Algunos quisieron darles caza, pero el fraile los retuvo, advirtiéndoles que por seguir á los fugitivos podían perder sus posiciones, y, enterado el enemigo, caería sobre ellos con ventaja. Esperó un poco, y viendo que nadie le acometía, envió al duque Prontiste para que dijera á Gargantua que avanzase hasta ganar la altura del lado izquierdo, para impedir por allí la retirada de Picrochole. Gargantua lo hizo inmediatamente, enviando cuatro legiones de la división de Levante; pero no pudieron ganar del todo el alto, porque se encontraron en sus barbas con Picrochole y sus acompañantes.

Cargaron sobre ellos rudamente, pero rudamente también se vieron dañados por los disparos que hacían los que estaban en los muros; viéndolo así Gargantua, corrió á socorrerlos y comenzó su artillería á disparar sobre aquel cuartel de murallas; reunióse toda la fuerza de la villa, y el monje, dejando custodiada por guardas la posición que había conquistado, marchó hacia el fuerte con algunos de los suyos. Conocedor de que más daño y miedo causan los que provocan un conflicto que los que combaten por la fuerza, dejó atrás doscientos hombres para los azares que pudieran sobrevenir y avanzó silenciosamente hasta que todos hubieron ganado la muralla.

Después gritó horriblemente, y los suyos le imitaron; asustados los guardas de aquella puerta, se dejaron matar sin resistencia, la puerta se abrió y corrieron con ferocidad hacia la de Oriente, en donde se estaba verificando el choque y atacaron á la fuerza enemiga por retaguardia.

Viendo los sitiados que los gargantuistas habían entrado en la villa por todas partes, se rindieron al monje á discreción. Hízoles entregar las armas y los garrotes y los cerró en las iglesias (después de haber quitado todos los palos de las cruces), dejando guardias en las entradas para impedirles la salida.

Después, abriendo aquella puerta, salió en socorro de Gargantua. Picrochole pensó que de la villa venían refuerzos para él y se enardeció cobrando valor y fuerza, hasta que Gargantua, conociendo lo que pasaba, comenzó á gritar:—¡Hermano Juan, amigo mío! ¡Hermano Juan! ¡Con qué oportunidad llegas! Entonces conocieron Picrochole y los suyos que todo estaba perdido, y emprendieron la fuga. Gargantua los persiguió hasta cerca de Vaugauduy, matando y destrozando. Después mandó tocar retreta.

CAPÍTULO XLIX

Cómo Picrochole, huyendo, se vió sorprendido por la mala fortuna, y lo que hizo Gargantua después de la batalla.

Picrochole, desesperado, huyó hacia la isla de Bouchard, y en el camino de Riviere, su caballo cayó á tierra: indignado y desesperado lo mató con su acero; después, no encontrando nadie que le diera otro, quiso apoderarse de un asno en el molino que cerca de allí había; pero los molineros lo molieron á palos, le destrozaron todas sus ropas y le dieron para cubrirse un infamante casacón. Marchó de allí el pobre hombre rabioso y furibundo. Después, atravesando agua, llegó á Port Huaults, y una vieja hechicera le predijo que su reino le sería devuelto á la llegada de los *gallicisnegrullas* (1). Luego nadie sabe á dónde fué á parar, aunque á mí me han dicho que ahora está en Lión y allí no es más que un insignificante ganapán, tan colérico como de costumbre. Todos los días pregunta á los extranjeros noticias acerca de la llegada de los gallicisnegrullas, esperando, con toda seguridad, que cuando esto suceda, según la profecía de la vieja, ha de serle devuelto su reino.

(1) Véase nuestro *Glosario*.

Gargantua, mientras tanto, contó su gente y vió que eran muy pocos los que habían perecido en la batalla; tan sólo algunos de la compañía del capitán Tolmere y Ponócrates, que recibió un tiro de arcabuz en el jubón sin lamentables consecuencias. Después les hizo descansar, y ordenó á los tesoreros que pagaran la comida para todos, disponiendo que nadie hiciera daños en aquella villa, puesto que era suya. En concluyendo de comer, debían presentarse todos delante del castillo y allí se les pagaría el sueldo de seis meses.

Hecho esto, mandó comparecer ante su presencia en dicha plaza á todos los que allí quedaban del bando de Picrochole, y reunidos todos con sus príncipes y capitanes, les dijo lo que sigue.

CAPÍTULO L

El discurso que dirigió Gargantua á los vencidos.

«Nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros antepasados de tiempo inmemorial, han pensado siempre, que las batallas consumadas por ellos, tienen por mejores signos los monumentos levantados por la gracia en los corazones de los vencidos, que los levantados por la arquitectura en los territorios conquistados, porque estimaban mucho más la soberanía viva, conquistada por la liberalidad, que la muda inscripción de los arcos, co-

lumnas y pirámides, sujeta á las inclemencias del tiempo y á las envidias de los hombres.

Recordaréis la mansedumbre de que usaron con los bretones en la jornada de Saint Aulbin de Cormier y en la demolición de Parthenay. Habéis oído y admirado el buen trato que dispensaron á los bárbaros de Spagnola, que habían pillado, saqueado y devastado los confines marítimos de Olona y Talmondys. Todo este cielo está lleno de alabanzas y gratulaciones que vosotros mismos y vuestros padres pronunciasteis cuando Alpharbal, rey de Canarre, no contento con su fortuna, invadió furiosamente el país de Onys, ejerciendo la piratería en las islas Armónicas y regiones adyacentes. En justa batalla fué combatido, vencido y preso por mi padre, de quien Dios sea guarda y protector, y mientras los demás reyes y emperadores que se hacen llamar católicos le trataban miserablemente, duramente, lo aprisionaban y le vejaban con extrema crueldad, él lo trató cortésmente, amablemente; lo alojó en su palacio, y con bondad increíble lo envió á su país en salvo conducto, cargado de dones, cargado de gracias, cargado de presentes y testimonios de amistad.

¿Qué ocurrió con esto? Que cuando volvió á sus Estados hizo reunir en asamblea á todos los príncipes de su reino, les expuso la humanidad con que le habíamos tratado y les rogó hicieran entre todos algo que al mundo pudiera servir de ejem-

plo, y puesto que ya lo tenía de nuestra graciosa prudencia, lo tuviera también de su prudente gracia. Allí mismo se acordó por unanimidad que se nos ofrecerían por entero sus tierras, dominios y reino para disponer de ellos según nuestro arbitrio.

Alpharbal en persona vino en seguida con nueve mil treinta y ocho grandes buques de porte, trayendo no solamente los tesoros de su casa y real familia, sino de todo el país, porque cuando se estaba embarcando para hacer el viaje con viento nordeste, cada uno á su vez echaba en ellos oro, plata, sortijas, pendientes, tapicerías, drogas y ungüentos aromáticos, papagayos, pelicanos, monos, gatos de algalias, ginetas y puerco-espines. No hubo hijo por de buena madre reputado, que allí no llevara lo mejor que tenía.

Cuando llegó quiso besar los pies de mi padre; pero esto lo consideramos indigno, y no se lo consentimos, abrazándole en cambio amistosamente. Ofreció los regalos y no fueron aceptados, porque nos parecieron excesivos; se ofreció mancipe y siervo voluntario, él y todos los suyos, y no lo aceptamos porque no nos pareció equitativo; nos ofreció el documento de cesión de los estados y tierras de su reino, sellado, signado y ratificado por todos los que debían hacerlo, y para rehusarlo totalmente, arrojamos al fuego la escritura. El término de todo fué que mi padre se puso muy afectado y lloró copiosamente al ver el corazón

franco y la sencillez de los canarrienses. Con palabras exquisitas y razones congruentes restó importancia al favor que les había hecho, diciendo que no merecía de recompensa ni un botón, y puesto que en nada les había servido, nada tenían que agradecerle, y mucho menos tan pródigamente como quería hacerlo Alpharbal.

¿Cuál fué el resultado? En lugar de conseguir extremando las cosas tiránicamente, una indemnización de veinte veces cien mil escudos, reteniendo prisioneros en garantía á sus hijos primogénitos, voluntariamente se hicieron tributarios perpétuos, y se obligaron á pagarnos cada año dos millones de oro afinado á veinticuatro quilates; el primer año nos los pagaron exactos; el segundo, con sorprendente liberalidad, nos trajeron dos millones trescientos mil escudos; el tercero, trescientos mil escudos más; el cuarto, tres millones, y tanto iban de buen grado aumentando, que nos vimos obligados á prohibirles que nos pagaran más. Esta es la verdadera naturaleza de la gratitud; el tiempo, que cercena y disminuye todas las cosas, acrece y aumenta las relativas á los beneficios, porque un favor hecho liberalmente á un hombre razonable, crece con el pensamiento y el recuerdo generosos y nobles.

No queriendo yo degenerar en cuanto á la benevolencia hereditaria de los míos, os dispenso de toda carga y os autorizo para que os marchéis tan

francos y tan libres como os encontrabais antes de la guerra.

Además, á la salida por las puertas, se os pagarán tres meses de salario para que podáis vivir en vuestras casas con vuestras familias, á fin de que los campesinos no os ultrajen ni molesten, os acompañarán seiscientos hombres de armas y ocho mil de infantería, al mando de mi escudero Alejandro. Dios sea con vosotros. Lamento de todo corazón que no esté aquí vuestro rey Picrochole, porque le hubiera dado á entender que esta guerra se ha hecho sin mi consentimiento y sin que yo haya puesto en ella propósito ni esperanza de aumentar mis bienes ni mi nombre; pero como se ha desvanecido sin saber en dónde ni cómo, quiero que su reino pase á su hijo, quien por ser demasiado joven, pues todavía no ha cumplido cinco años, será dirigido é instruído por los viejos príncipes y hombres sabios de sus dominios. Considerando que un reino así gobernado sería con facilidad convertido en ruinas si no se refrenan la ambición y la avaricia de sus administradores, quiero y ordeno que Ponócrates ejerza autoridad sobre todos y permanezca asiduamente con el niño hasta que lo reconozca idóneo para poder regir y gobernar por sí solo.

Yo considero que el perdonar con facilidad y liberalmente á los malhechores da ocasión á sus desatinos, porque adquieren en la gracia una confianza perniciosa.

Yo considero que Moisés, el hombre más bondadoso que en su tiempo hubo sobre la tierra, castigó agriamente los motines y sediciones del pueblo israelita.

Yo considero que Julio César, emperador magnánimo, de quien dice Cicerón que tenía por la mejor fortuna imaginable, y por la mejor de todas sus virtudes, el salvar y perdonar á cualquiera, castigara cruelmente en algunos casos á los sediciosos y autores de rebeliones.

Atendiendo á estos ejemplos, quiero que me entreguéis antes de partir, primeramente al gran Marquet, que con su temeridad ha sido causa y origen de esta guerra. Después á sus colegas, los pasteleros, que no pusieron freno en el momento á su cabeza loca, y por último, á todos los consejeros, capitanes, oficiales y domésticos de Picrochole, pues ellos seguramente son los que le han incitado, inducido y excitado á salir de sus límites para inquietarnos.»

CAPITULO LI

**Cómo fueron recompensados los vencedores
gargantuistas después de la batalla.**

Cuando terminó Gargantua su discurso, le fueron entregados los sediciosos que había pedido, excepto Espadachín, Merdaille y Menuail, que se

habían escapado seis horas antes de la batalla, el uno hasta el collado de Laignel de una corrida, el otro hasta el valle de Vyre y el otro hasta Logroño, sin volver la vista atrás ni cazar perros por el camino y dos pasteleros que habían perecido en la jornada. No quiso hacerles daño; únicamente los dedicó á manejar las prensas de una imprenta que acababa de poner.

Después enterró los muertos con todos los honores en el valle de Noirettes y en el campo de Bruslevieille, hizo curar y cuidar á los heridos en su gran nosocomio (1), y enterado de los daños que la villa había sufrido, los hizo pagar todos de su dinero.

Por último, determinó levantar un gran castillo y dispuso guarnición y patrullas para defenderlo en lo sucesivo de los asaltos y asonadas que pudieran sobrevenir.

Antes de marchar recompensó largamente á todos los soldados de sus legiones que habían estado en aquel encuentro y los envió á sus cuarteles de invierno, excepto á los de la legión doudécima á quienes había visto realizar algunas proezas y á los capitanes de los bandos, pues á unos y á otros los llevó consigo á la presencia de Grandgousier.

A la vista y llegada de todos, el pobre hombre se puso tan gozoso como no sería posible descri-

(1) Véase nuestro *Glosario*.

bir. Organizó el festín más magnífico, más abundante, más delicioso que se ha visto desde los tiempos del rey Assuero. Al levantarse de la mesa, distribuyó entre todos el servicio de su comedor, que estaba valuado en un millón ochocientos mil y catorce marcos de oro, entre grandes vasos antiguos, grandes platos, grandes jarras, grandes tazas, copas, soperas, candelabros, gavetas, floreros, dulceras, timbales, ramilletteros y otras piezas de vajilla todas de oro macizo, con pedrería, esmaltes y orfebrería que duplicaban su valor.

Después abrió sus cofres, hizo contar á cada uno un millón doscientos mil escudos, y además les dió á perpetuidad —salvo en el caso de que murieran sin herederos— sus castillos y tierras vecinas, pudiendo elegir las que más le conviniesen.

A Ponócrates le dió la Roche Clermauld; á Gimnasta, Couldray; á Eudemón, Montpensier; á Tolmere, Le Rivau; á Ithivole, Montsoreau; á Acamas, Claude; á Chironacte, Varennes; á Sebaste, Grarrot; á Alejandro, Quinquenays; á Sophrone, Ligre, y así las demás plazas.

CAPÍTULO LII

Cómo Gargantua hizo preparar para el monje la abadía de Theleme.

Sólo faltaba que recompensar al monje, y Gargantua quiso hacerlo abad de Seville; pero él rehusó. Quiso luego darle la abadía de Bourgueil ó de Saint Florent, la que más le agradase de las dos; pero en seguida contestó que no quería carga ni gobierno de monjes, porque, como él decía: ¿Podría yo gobernar á otro cuando yo mismo no sabría gobernarme? Si os parece que os he hecho algún servicio y que en adelante podré hacéroslo, autorizadme para fundar una abadía á mi gusto.

La iniciativa fué del agrado de Gargantua y le ofreció todo su país de Theleme, junto á la ribera del Loire, á dos leguas del gran bosque de Port Huault; además le requirió á que instituyese su religión al contrario de todas las demás.

—Primeramente—decía Gargantua—no hará falta fortificar la abadía ni circundarla de murallas, como están las otras.

—Verdaderamente—replicó el monje—y donde hay muros hay murmullos, envidia y conspiración mútua.

Se dispuso que así como en ciertos conventos es costumbre cuando entra alguna mujer, es decir,

las prioras y púdicas, no limpiar los sitios por donde aquéllas hubieran pasado, si religioso ó religiosa entraran por caso fortuito, se limpiarían cuidadosamente todos los lugares que hubieran atravesado.

Puesto que en todas las religiones del mundo está todo acompasado, limitado y regulado por horas, se decretó que allí no habría relojes ni cuadrantes de ninguna clase, sino que las labores serían distribuídas según las oportunidades y ocasiones, porque, como decía Gargantua, la mayor pérdida de tiempo está en contar las horas, pues de ello no viene ningún bien, y la mayor desazón del mundo está en gobernarse al son de una campana y no por los dictados del entendimiento y del buen sentido.

Item: Puesto que en aquel tiempo no entraban en religión más mujeres que aquellas que se encontraban tuertas, borrachas, gibosas, feas, contrahechas, locas, insensatas, tocadas de maleficios y enviciadas, ni más hombres que los asmáticos, mal nacidos, inútiles y vagabundos, se dispuso que allí no se recibiría sino á las hermosas, bien nacidas y bien formadas y á los hermosos, bien formados y bien nacidos.

—A propósito—dijo el monje.—Una mujer que no es bella ni buena, ¿para qué vale?

—Para monja—repuso Gargantua.

—Y para hacer camisas.

Item: Como en los conventos de mujeres no entran hombres más que engañosa y clandestinamente, se decretó que allí no habría mujeres en el caso que no hubiera hombres, ni hombres si no había mujeres.

Item: Puesto que tanto unas como otros, una vez profesos después del año de noviciado estaban forzados y compelidos á permanecer allí toda su vida, se dispuso que entraran y salieran libremente cuando les pareciera oportuno.

Item: Como ordinariamente hacen tres votos, de obediencia, pobreza y castidad, se acordó que allí pudieran casarse honorablemente, que todos y cada uno pudieran ser ricos y viviesen en completa libertad.

En cuanto á la edad de ingreso para las hembras había de ser de diez á quince años, y para los varones de doce á diez y ocho.

CAPÍTULO LIII

**Cómo fué abastecida y dotada la abadía de los
Thelemitas.**

Para el abastecimiento y surtido de la abadía hizo entregar Gargantua 2.700.008 carneros de mucha lana, y por cada año hasta que todo estuviese dispuesto, 1.669.000 escudos al sol y otros tantos á la estrella pollera. Para la fundación y

entretenimiento dió á perpetuidad 2.369.514 nobles á la rosa (I) indemnes, amortizados y pagaderos cada año á la puerta de la abadía, y de todo ello extendió concluyentes contratos.

El edificio se hizo en figura exagonal, y en cada ángulo se levantó una torre gruesa y redonda, de capacidad de 60 pasos de diámetro, todas análogas en forma y construcción.

La ribera de Loyre estaba al lado septentrional, y á la torre de aquel ángulo se la llamó Artica, á la del lado de Oriente Calaer, á la siguiente Anatolia, á otra Mesembrina, á otra Hespeyria y á la última Criere. Entre cada dos torres había un espacio de 312 pasos. El edificio constaba de seis pisos, contando por uno las cuevas; el segundo estaba construído en la forma de una asa de cesta. El sexto aparecía revestido de yeso de Flandes, en caprichosos dibujos. El pavimento de pizarra fina, con abrazaderas de plomo en figura de muñecos y animales bien adecuados y dorados. Los canales que salían fuera de la muralla por entre las ventanas estaban pintados en líneas diagonales de oro y azul hasta llegar á la tierra, en donde penetraban sus grandes tubos para salir por debajo del edificio á la ribera.

La construcción era mucho más magnífica que Bonivet, Chambourg y Chantilly; tenía 9.332 habitaciones, cada una de ellas provista de antecá-

(1) Véase nuestro *Glosario*.

mara, retrete, guardarropa, capilla y salida á una gran sala. Entre cada torre y en medio del lienzo de pared correspondiente había una gran escalera de dos cuerpos, cuyos escalones eran de pórfido, piedra numídica y mármol serpentino, de 32 pies de largo y tres dedos de alto; entre cada descanso había 12, y en cada uno de estos descansillos dos arcos góticos daban paso á la claridad, pues comunicaban con una claraboya de la altura total de la escalera, que concluía sobre el tejado, extendiéndose en forma de pabellón. Por la escalera se entraba por uno de los lados en la gran sala y por el otro en las demás habitaciones.

Desde la torre Artica á la de Cryere estaban las hermosas librerías en griego, latín, hebreo, francés, toscano y español, colocadas en los diversos estantes, según los lenguajes.

En medio había una maravillosa escalera, que tenía la entrada por la parte baja del edificio en un arco magnífico. Tenía tal capacidad, que seis hombres de armas con la lanza en la cuja podrían de frente y juntos subir hasta el tejado.

Desde la torre Anatolia hasta la Mesembrina había grandes galerías, todas cubiertas de pinturas con antiguas proezas, historias y descripciones de la tierra; en medio estaba la gran puerta principal del lado de la ribera, y sobre ella escrito en gruesas letras antiguas lo que se expone en el capítulo siguiente.

CAPITULO LIV

Inscripción colocada sobre la gran puerta de Theleme.

Aquí jamás entréis, odiosos santurrones,
necios, hipocritones, crapulosos, beodos,
aborrecidas bestias, golosos, rezungones,
cabezas achatadas, bobos más que los godos
y que los ostrogodos, que en todas las naciones
lo fueron siempre todos. Miserables glotonas,
trapaceros, buscones, inmundos carcamales,
marchad lejos, muy lejos á vender vuestros males.

Vuestros males impíos
los dulces goces míos
turbarán.

Secarán
las plantas y los ríos
vuestros males impíos.

Aquí jamás entréis, clérigos ambiciosos,
gastrónomos odiosos, del pueblo azote rudo,
escribas, orinales, fariseos, leprosos;
á los curas piadosos los reprocháis biliosos,
coléricos, rabiosos, con gesto el más sañudo,
¿Quién fué el que poner pudo la ira en vuestro escudo?
¡Marchad! Que al veros sudo, y aquí no se hizo exceso
para que rebuznando nos mováis un proceso.

El proceso entablado
junto al sepulcro helado
nada es.

¿No lo ves
caer sobre tí pesado
el proceso entablado?

Aquí jamás entréis, malvados, usureros,
ladrones, cicateros, hediondos, lameplatos,
simiescos, holgazanes, iracundos, arteros,
poltrones, vagabundos, avinagrados, chatos,
dientones y beatos. Mil tesoros enteros
encerráis timoratos allá en vuestros calderos.
¡Quiera el cielo, mauleros, que la muerte implacable
os coja en esa obra tan sucia y miserable!

¡Oh, miserable faz,
antítesis de paz!

No abriré,
Marcha, ve.

¡No turbe mi solaz
tu miserable taz!

Aquí jamás entréis, mastines ladradores.
villanos ó señores, infames sediciosos,
del mal sois cortesanos, diablos enredadores,
cual lobos aulladores, inquietos, envidiosos,
orugas y raposos, alcotanes y azores.
¡Marchad, perturbadores! ¡jauría de ambiciosos.
¡Marchaos, galicosos, que me infundís pavor,
al veros recubiertos de sarna y deshonor!

Honor es la ilusión
de toda esta mansión;
oid bien,
que de quien
conserva el corazón
honor es la ilusión.

Entrad cuando queráis, sed siempre bienvenidos,
seréis bien recibidos los nobles caballeros
honrados y gentiles, gallardos, bien nacidos,
por la piedad traídos, ni aviesos ni groseros;
llegad, que son sinceros mis cortesés cumplidos.
Viviréis reunidos con hombres placenteros,
alegres, no dormidos, y ya desde este día
gozaréis para siempre su grata compañía.

Compañeros gentiles,
alegres y sutiles.

¡Sociedad!

¡Hermandad!

A eso ellos son hostiles,
compañeros gentiles.

Entrad cuando queráis, mi casa es fortaleza;
no mora la vileza y sí la fe profunda
que del santo evangelio recibe su firmeza;
guarde Él vuestra cabeza, que loca barahunda
impone ya el que cunda el cisma y la tibieza.
Mientras uno hosteiza, mientras el otro reza,
veréis cómo se empieza la gran labor que espanta
á todos los rebeldes á la palabra santa.

La palabra divina
aquí se coordina.

Venceréis,
ya veréis
que á todos nos fascina
la palabra divina.

Entrad cuando queráis damas encopetadas,
entrad, y, confiadas, venidnos á ayudar;
flores de la belleza, mejillas nacaradas,
gargantas torneadas, manos de acariciar;

venid á laborar, que son todas honradas,
las ideas guardadas por mis puertas blindadas,
con oro chapeadas, con oro que un señor
dió para dotar esta morada del honor.

El oro y el honor
de aquí son esplendor;
respetad,
venerad
al noble donador
del oro y el honor.

CAPITULO LV

El interior del edificio de los Thelemitas.

En medio del patio había una magnífica fuente de alabastro, sobre la que estaban las tres Gracias con cuernos de la abundancia, y arrojaban agua por las tetas, boca, orejas, ojos y demás aberturas del cuerpo. Alrededor del edificio, en el mismo patio, había una gran columnata con pilares de Calcedonia y pórfido, y junto á ellos galerías largas y anchas, adornadas de pinturas, cuernos de ciervo, unicornio, rinoceronte, hipopótamo, dientes de elefante y cosas por el estilo.

El alojamiento de las damas comprendía desde la torre Artica hasta la puerta Mesembrina. Los hombres ocupaban el resto. Y delante de la habitación de las damas estaban: el hipódromo, el teatro y los natatorios, con sus baños miríficos de

triple suelo, provistos de todos los aparatos y el sifón de agua de mirra.

Al lado de la ribera estaba el hermoso jardín de recreo, y en medio de él, el gran laberinto.

Entre las otras dos torres se habían establecido los juegos de palma y pelota.

Del lado de la torre Cryere estaba la huerta, llena de árboles frutales, muy bien ordenados, y á su extremo el parque, abundante de sauces.

En la tercera torre estaban los depósitos para los arcabuces, arcos y ballestas.

Las oficinas en la torre de Hesperia, á piso llano.

La servidumbre al lado de las oficinas, y junto á ella la halconería, gobernada por halconeros expertos y surtida anualmente por los canarrienses, venitienses y sármatas de toda clase de pájaros: águilas, gerifaltes, halcones, azores, alcotanes y otros, tan bien cuidados y domesticados, que cuando salían del castillo á esparcirse por el campo, cazaban todo lo que encontraban.

El cazadero estaba más lejos por el lado del parque.

Todas las salas, cámaras y gabinetes estaban tapizados de diversas maneras, según las estaciones del año; el pavimento cubierto de bayeta verde y los techos de brocado.

En cada antecámara había un espejo de cristal con marco de oro guarnecido de perlas alrede-

dor, de tal magnitud, que podía representar toda la persona.

A la salida de los aposentos de las damas estaban los perfumeros y peluqueros, por cuyas manos pasaban los hombres cuando iban á visitarlas y por las mañanas proveían los cuartos de las damas de agua de rosas, de napta y de los ángeles, colocando además en cada uno la preciosa cazoleta ó pebetero evaporante de todas las drogas aromáticas.

CAPITULO LVI

Cómo estaban vestidos los religiosos y religiosas de Theleme.

Las damas, al principio de la fundación, se vestían á su placer y arbitrio. Después, por propia voluntad, establecieron su indumentaria en la forma siguiente: calzas de escarlata ó de color de granada hasta debajo de la rodilla tres dedos justamente; en este extremo concluían con bellos bordados y volantes. Las ligas eran del color de los brazaletes y abarcaban la pierna por encima y por debajo de la rodilla. Los zapatos, escarpines y pantuflas de terciopelo carmesí, rojo ó violeta, desatacadas en barba de cangrejo. Sobre la camisa vestían la bella basquiña de seda; sobre

ella el jubón de tafetán blanco, rojo, gris, etc.; encima la cofia de tafetán plateado, con bordados de oro fino hechos con aguja ó tejidos, ó bien de satén, damasco, terciopelo, naranja, cuero, verde, citrón, azul, etc., según el tiempo y según las fiestas.

Las ropas, también según la estación, eran de diversos colores, tejidos y hechuras. En verano algunos días llevaban manteletas de la compostura indicada ó mantos á la morisca de terciopelo violeta con adornos azules, con bordados de canutillo de plata ó cordelillo de oro, guarnecidos en las costuras con pequeñas perlas índicas. Siempre el bonito penacho del color del manguito, adornado con mariposillas de oro. En invierno ropa de tafetán de los colores que conocemos, forradas de piel de lobo, ciervo, gineta negra, marta de Calabria, zibelina y otras pieles preciosas. Los dijes, amuletos y rosarios eran de rubíes, diamantes, zafiros, esmeraldas, turquesas, granates, ágatas, perlas y otras piedras preciosas. Se cubrían la cabeza de diversas maneras, según el tiempo; en invierno á la moda francesa, en primavera á la española, en verano á la turca, excepto las fiestas y domingos, que llevaban siempre gala francesa, porque es más seria y sienta mejor á su pudicia matronil.

Los hombres se vestían á su modo: calzas bajas de paño, sarga ó estameña; de escarlata, granada, blancas ó negras. Calzas altas de terciopelo de los

colores ya repetidos ó de otros aproximados á ellos, bordadas y acuchilladas según su invención. El jubón de paño de oro, plata, terciopelo, satén, damasco ó tafetán de los mismos colores y con los mismos adornos, los cordones de seda de los mismos colores y los broches de oro esmaltado. Los sayos y chamarretas de paño de oro, plata ó terciopelo, bordado á capricho. Las ropas eran tan preciosas como las de las damas. Los cinturones de seda del color del jubón; cada uno llevaba su espada al costado con el puño de oro; la vaina de terciopelo del color de las calzas y la contera de oro también y orfebrería; el puñal, lo mismo que la espada. El bonete de terciopelo negro guarnecido de frunces, lazos y botones de oro; la pluma blanca por encima, delicadamente partida con hilillos de oro, de cuyos extremos colgaban gargantillas de esmeraldas, rubíes, etc.

Pero no existía entre hombres y mujeres la suficiente simpatía para que siempre se vistiera en parecida forma, y para estos servicios había ciertos gentiles hombres encargados de decir á todos por la mañana el traje que las damas querían llevar aquel día; puesto que allí, según el arbitrio de las damas, se hacía todo.

Estos vestidos, tan propios, tan adaptados, tan adornados y tan ricos, no penséis que ninguno perdía el tiempo para atenderlos y cuidarlos; los encargados del guardarropa tenían siempre dis-

puesta la indumentaria correspondiente desde por la mañana, y las sirvientes de las damas, tan bien dispuestas y enseñadas estaban, que en un momento las vestían de pies á cabeza.

Para guardar todas estas galas en las mejores condiciones, había en el bosque de Theleme un gran cuerpo de edificio, de media legua de largo, muy claro y ventilado. Allí estaban los orfebres, lapidarios, bordadores, sastres, tiradores de oro, tejedores de terciopelo, tapiceros, etc., trabajando cada uno en su oficio para dichos religiosos y religiosas.

Estaban surtidos y aprovisionados de las primeras materias por el señor Nausiclete, que todos los años les enviaba de las islas de Perlas y Canibales siete navíos cargados de lingote de oro, seda cruda, perlas y pedrería.

Si algunas perlas tendían á la vetustez perdiendo su brillo argentado, las restauraban dándoselas á comer á los gallos ó metiéndolas entre los excrementos de los halcones.

CAPITULO LVII

Cómo tenían regulada los thelemitas su manera de vivir.

Tenían empleada su vida, no según leyes, estatutos ni reglas, sino según su franco arbitrio.

Se levantaban de la cama cuando buenamente

les parecía; bebían, comían, trabajaban, dormían cuando les venía en gana; nada les desvelaba y nadie les obligaba á comer, beber ni hacer cosa alguna; de esta manera lo había dispuesto Gargantua.

En su regla no había más que esta cláusula:

Haz lo que quieras.

Porque gentes bien nacidas, libres, instruídas y rodeadas de buenas compañías, tienen siempre un instinto y aguijón que les impulsa á seguir la virtud y apartarse del vicio; á este acicate le llaman honor. Cuando por vil sujeción y clausura, se ven constreñidos y obligados, pierden la noble afectación que francamente los inducía á la virtud y dirigen todos sus esfuerzos á infringir y quebrantar esta necia servidumbre, porque todos los días nos encaminamos hacia lo prohibido, y constantemente ambicionamos lo que se nos niega.

Por efecto de esta libertad, llegaron á la plausible emulación de hacer todos lo que á cada uno le fuera grato; si alguno ó alguna decía, bebamos, todos bebían; si decían, juguemos, todos jugaban; si decían, vamos á pasear por el campo, todos paseaban. Si decían vamos á cazar, las damas montadas en sus bellas hacaneas, con su palafrén y su guía, llevaban cada una en su mano enguantada delicadamente un esmerillón ó un alcotancillo; los demás pájaros los llevaban los hombres.

Tan noblemente estaban educados, que entre ellos no había uno sólo que no supiera leer, escribir, cantar, tocar instrumentos de música, hablar cinco ó seis idiomas y componer en prosa ó verso. Jamás se han visto caballeros tan discretos, tan galantes, tan ágiles, á pie y á caballo, tan fuertes para remar y para manejar todas las armas, como los que allí había.

Cuando para alguno, por llamamiento de sus deudos ó cualquiera otra causa, llegaba la hora de salir fuera, llevaba consigo una de las damas que de antemano le había escogido por suyo, y por consecuencia estaban ya juntos y casados; si en Théleme habían vivido en inclinación y amistad mutua, las continuaban con aumento en el matrimonio, tanto que llegaban hasta el fin de sus vidas, habiéndola pasado toda como el primer día de novios.

No quiero prescindir de describiros un enigma que se encontró en los cimientos de la abadía grabado en una gran lámina de bronce. Vedlo en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LVIII

Enigma en profecía.

Humanos: levantad los corazones
y escuchad, desgraciados, mis razones
si creéis que los astros estudiando
se puede adivinar el cómo y cuándo,
y por ende sin duda predecir
las cosas que nos guarda el porvenir.
A mí fué la divina inspiración
quién del futuro dióme la noción,
y así he de señalar en mi discurso
del tiempo venidero suerte y curso.
Hago saber sin farsa y sin engaño
que en el glacial invierno de este año
de esta mansión saldrá valientemente
robusto grupo de animosa gente
cansada del reposo y la alegría
que á voz en grito y en pleno día
conquistará hombres, grupos y facciones
aunque tengan diversas opiniones,
pues no ha de haber quien deje de escuchar
lo que en plazas y templos han de hablar.
Provocarán debates aparentes,
entre amigos y próximos parientes,
y el hijo no ha de hallar pena infamante
cuando contra su padre se levante.
Los nobles, de linajes estimados
serán por sus vasallos asaltados;
los deberes de honor y reverencia
perderán para largo su existencia,
pues se dirá que á todos ciertamente



les es dado subir por la pendiente
para luego bajar de un solo salto
cuando hayan alcanzado lo más alto.
Sobre esto han de entablarse tantas lides,
tantos choques de argucias y de ardides
que la historia, de fábulas henchida,
no consigna una cosa parecida.
Hombres habrá de brío y de valor
bajo presión de juvenil calor,
que en alas de su fe tirana y fuerte
volarán á los brazos de la muerte.
No dejará ninguno esta labor,
cuando en ella haya puesto su vigor,
sin conseguir llenar de ruido el cielo
y la tierra de sombra y desconsuelo.
No gozarán menor autoridad
hombres sin fe que gentes de verdad,
pues ha de ser su fuente, norma y guía
la multitud ignara, necia, impía,
que ha de hacer juez al menos virtuoso.
¡Oh diluvio dañino y doloroso!
Pues diluvio será que inunde todo
y que todo lo manche con su lodo,
hasta que haga venir el ciego acaso
quien les haga salir en raudo paso.
Y hasta aquellos que fueron más templados
se verán con la muerte castigados;
pues que su corazón endurecido
no hubiera remisiones concedido
á las hordas de bestias inocentes,
pues los nervios y tripas impudentes
se aplican de los hombres en servicio,
no para hacer á dioses sacrificio.
Ayudadme, queridos, á pensar
si este golpe se pudo desviar

y que ha de ser al cabo de la guerra
del rudo cuerpo de la fértil tierra.
Harán los que la tomen por su mano
mil bastardías, proceder insano!
desbordarán sin duelo la aflicción
para ellos sostener su posesión,
y la pobreza humana desolada
á servidumbre se verá lanzada:
en vez de luz, el sol en gran derroche
le arrojará las sombras de la noche
y del cielo, favor y claridad
perderá con su cara libertad.
Ya después de esta ruina dolorosa
en su pecho una cólera espantosa
por siempre guardará viva y latente
aunque no la demuestre exteriormente,
que la que el Ethna fiero le arrojaba
al hijo de Titán fué menos brava.
Ha de ser, pues, de pronto colocada
en tan horrible estado y tan cambiada,
y así la heredarán los descendientes
de aquellas que la sufren, pobres gentes;
pero al fin llegará el feliz momento
de que acabe tan hórrido tormento,
el agua iniciará su retirada
de la tierra que tuvo embarrancada;
pronto aparecerá por el Oriente
llama y calor de fuego incandescente,
que llegando por fin á tocar tierra
terminará las aguas y la guerra.
Y ya, estos accidentes concluídos,
tendrán ventura y paz los elegidos,
pues además de goces celestiales
no han de faltarles bienes materiales.

Desnudos quedarán á la sazón
los otros, que es derecho y es razón
tengan todos al fin de la jornada
la suerte que les fué predestinada.
Que conste así: Debéis reverenciar
al que pudo hasta el fin perseverar.

Terminada la lectura, Gargantua exhaló un profundo suspiro y dijo á los circunstantes:—No es de ahora el que las gentes que abrigán la creencia evangélica se vean perseguidas; pero dichoso el que no se deja seducir por el escándalo, porque alcanzará el fin á que Dios por su querido Hijo nos ha predestinado, si, como digo, no da rienda suelta á sus aficiones carnales para distraerse y divertirse.

Y repuso el monje:—¿Qué pensáis, con arreglo á vuestra inteligencia, que puede significar este enigma?

—El curso y vicisitudes de la verdad divina.

—¡Por San Goderan, que no opino lo mismo! El estilo es del profeta Merlín. Suponed todas las alegorías y pensamientos tan graves como queráis y vos y todo el mundo interpretad como tengáis por conveniente; por mi parte no creo que tenga otro sentido en sus obscuras palabras que la descripción de un partido de pelota.

Los sobornadores de las gentes son los arregladores de partidos, que son ordinariamente amigos. Como los dos han hecho su pacotilla, sale fuera el

que estaba dentro y entra el que estaba fuera. Las aguas son el sudor de los jugadores. Los nervios y las tripas en servicio de los hombres son las pelotas. Después del juego se secan delante de una llama y se cambian de camisa. Y luego banquean todos; pero más gozosamente los que han ganado.

Y pasarlo bien.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ADVERTENCIAS

Para la mejor interpretación de las obras de Rabelais publicaremos en el tomo VI un *Glosario* que contendrá la explicación de algunos pasajes á los que han atribuído los comentaristas curiosas interpretaciones y alusiones políticas. A continuación, y en el mismo tomo, insertaremos un vocabulario explicativo de los nombres emblemáticos que con frecuencia usa el autor.

Creemos que ha de ser más cómodo para nuestros lectores el manejo de estas claves en ejemplar separado, que el procedimiento seguido hasta hoy de interrumpir la lectura con acotaciones y notas.

* * *

En el tomo II comienza el relato interesante de la vida de Pantagruel, rey de los *dipsodas* (bebedores), hijo de Gargantua, que en compañía del ameno Panurgo realiza las más encantadoras aventuras. Los rancios filósofos sorbonistas, los jueces rutinarios, los gobernantes obtusos y los frailes sedentarios y marrulleros reciben del autor el sangriento palmetazo de sus burlas seculares.

Y en los tomos sucesivos Pantagruel realiza viajes fantásticos por mar y por tierra, estudiando los países interesantes de los glotones, de los hipócritas, de los beatos, etc., hasta llegar como tér-

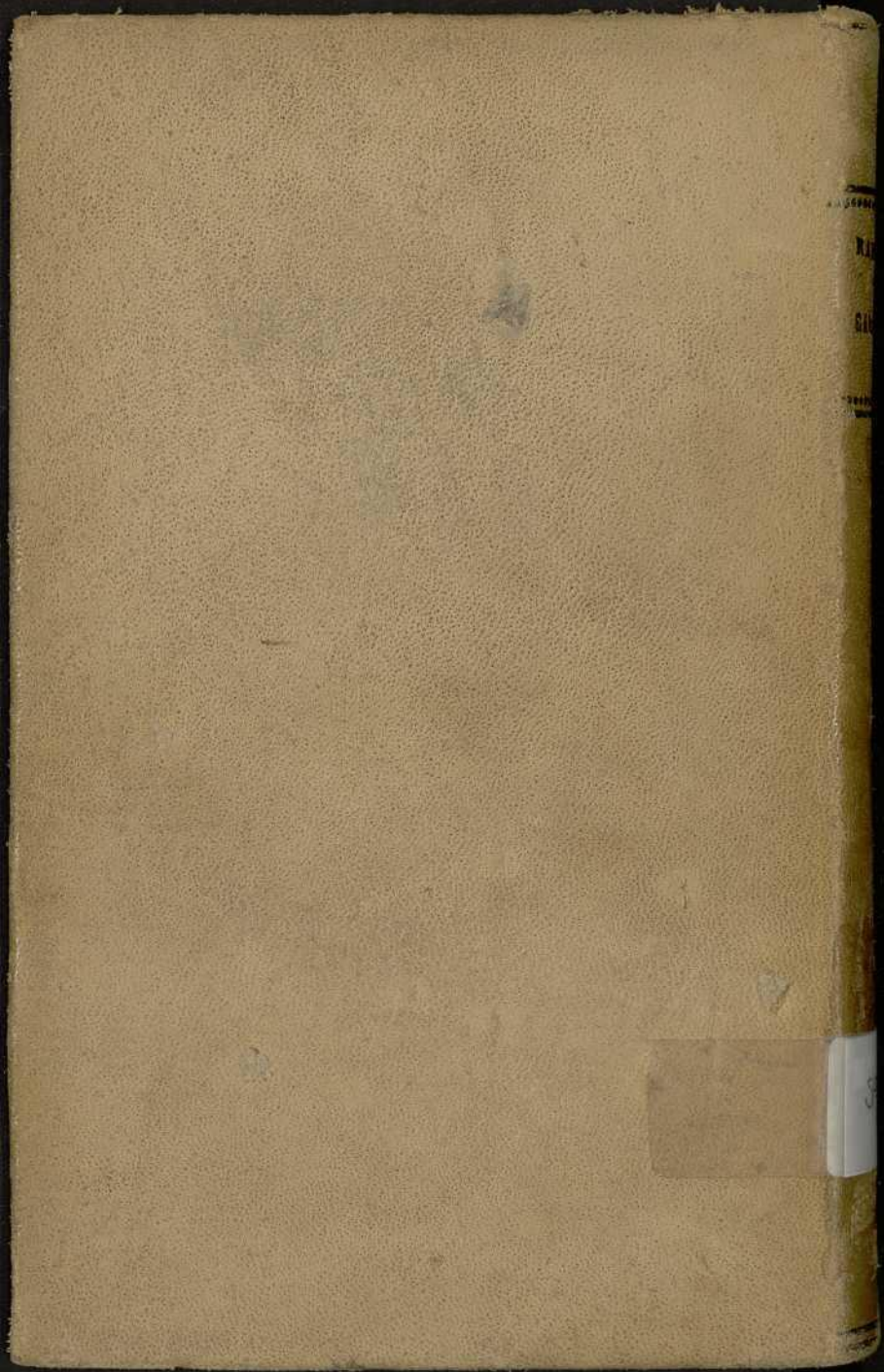
mino de su peregrinación al templo de la Divina Botella.

En el tomo dedicado á *Glosario* y *Vocabulario* han de encontrar nuestros lectores cuanto á su buen sentido hayan ocultado los giros originalísimos y las construcciones sintásicas caprichosas de Rabelais.

No hemos querido seguir el ejemplo de algunos editores franceses que han velado y envuelto entre las flores de la retórica moderna los vocablos y los giros pornográficos de Rabelais; el respeto que de todos merecen las obras de este sabio maestro será el mejor perdón para estas crudezas que el traductor no se cree con autoridad bastante para suprimir.



T-2236



RABELAIS

GARGANTUA

SP-1